

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES
DE SAN FERNANDO

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL

EXCELENTÍSIMO SEÑOR
DON ANTONIO BONET CORREA

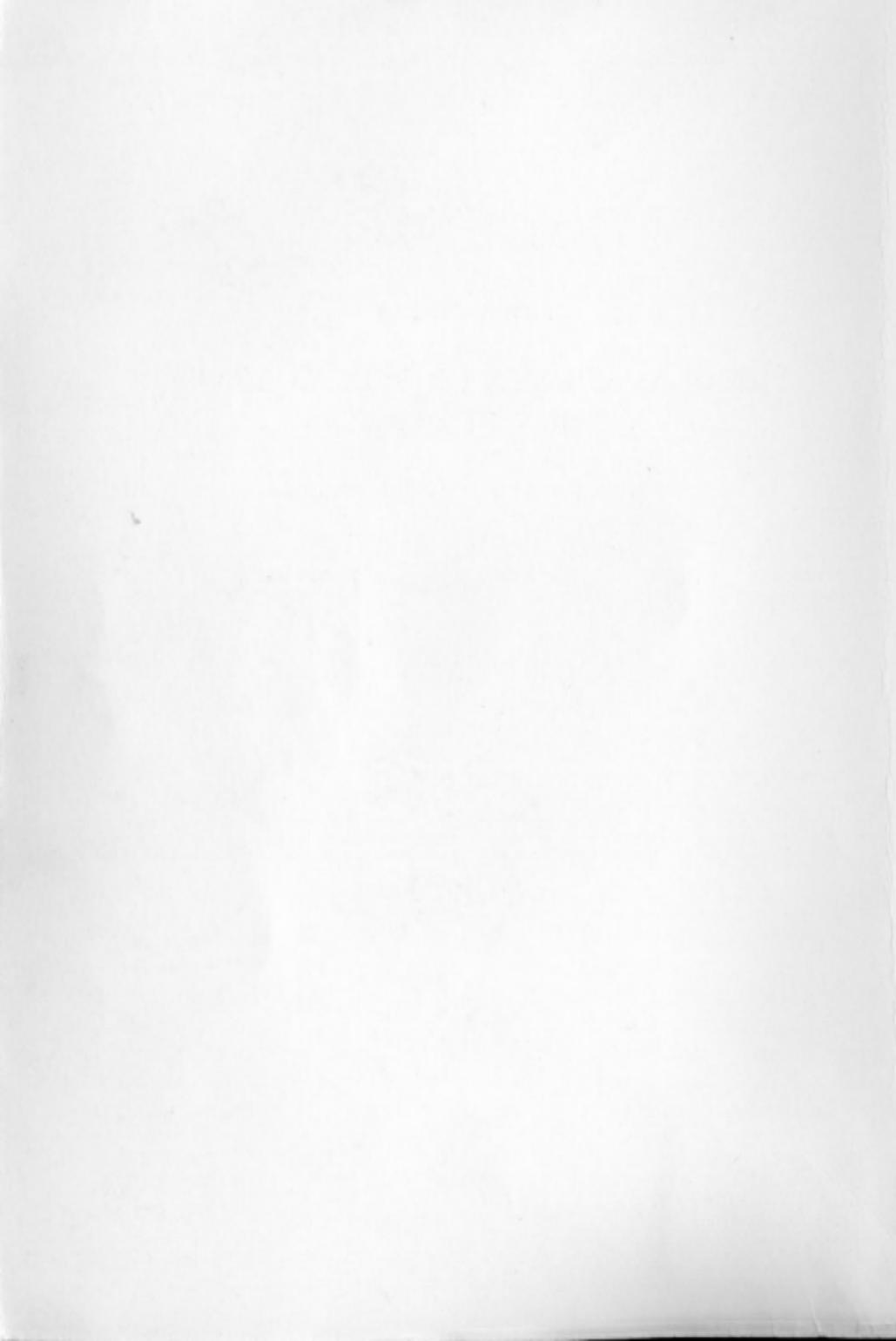
EL DÍA 13 DE DICIEMBRE



M A D R I D

1987

Dis
320



DISCURSO LEÍDO EN LA RECEPCIÓN
ACADÉMICA DEL ENCOMENDADO SEÑOR
DON ANTONIO BÉNIGNO CORREA

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

1. Madrid - Vida social - S. XIX-XX

I. Tit.: Cafés históricos

394 (464.1 M.) «18/19»

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES
DE SAN FERNANDO

DISCURSOS LEÍDOS EN LA RECEPCIÓN
ACADÉMICA DEL EXCMO. SEÑOR
DON ANTONIO BONET CORREA

POR ANTONIO BONET CORREA

EL DÍA 13 DE DICIEMBRE



Madrid - Vila novel - 2 v. 1878
T. I. - Cajas de libros
M. J. M. 1878

INSTITUTO DE ESTUDIOS
ACADEMIA DE BELAS ARTES
DE SAN FERNANDO

DISCURSOS LEIDOS EN LA RECEPCIÓN
ACADÉMICA DEL EXCMO. SEÑOR
DON ANTONIO BONET CORREA



DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES
DE SAN FERNANDO

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL

EXCELENTÍSIMO SEÑOR
DON ANTONIO BONET CORREA

EL DÍA 13 DE DICIEMBRE



MADRID

1987



R.11.784

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES
DE SAN FERNANDO

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL

EXCELENTÍSIMO SEÑOR
DON ANTONIO BONET CORREA

EL DÍA 13 DE DICIEMBRE



MADRID
Depósito Legal: M-41482-1987

Impreso en Gráficas Benzal, S. A. Virtudes, 7. 28010 Madrid

1887

DISCURSO
DEL EXCMO. SEÑOR
DON ANTONIO BONET CORREA

DISCURSO
DEL EXCMO. SEÑOR
DON ANTONIO BONET CORREA

Impreso en el Establecimiento de la Imprenta Nacional

Madrid, en la Imprenta Nacional, el día 2.º de Mayo de 1845.

SEÑORES ACADÉMICOS:

Pleno de entusiasmo y con el pensamiento en una academia activa y viva, capaz de insertar lo contemporáneo en la tradición, y con la firme voluntad de contribuir, en la medida de mis fuerzas, a la noble empresa de sus tareas, acudo a la recepción que me dispensa tan ilustre corporación. El momento es solemne y a la vez jubiloso. En mi biografía es un día memorable. Mi deseo más sincero es que mis palabras pueden reflejar el equilibrio en la expresión y la serenidad de ánimo que tal acto requiere, pero sin apagar la intensa emoción que entraña el encontrarse en este magnífico salón de sesiones en el cual tantos y tan grandes maestros han tenido y tienen su asiento. Su lucido aparato resulta impresionante. Escenario digno de los discursos y disertaciones de eminentes creadores y conocedores del arte, es hoy para mí un indeclinable honor el tomar la palabra para hacerme merecedor de la preciada medalla que generosamente se me va a imponer. Ante todo, el calor de mi agradecimiento a todos aquellos que han tenido a bien el elegirme para compartir sus trabajos y compañía. Distinción tan alta obliga sobremanera y espero no defraudar la confianza que han depositado en mi persona.

En todo quehacer intelectual compartido en común es condición indispensable tener idénticas aspiraciones. La Academia de San Fernando, con un pasado glorioso, vive en la actualidad un momento de apertura hacia el futuro. «Muy antigua y muy moderna» está acorde con la sociedad real de ahora. Incorporar el progreso y lo nuevo, saber conceder su categoría definitiva, en la medida de los tiempos y dentro de su auténtico valor, a la creación que surge en cada época, es el cometido de una verdadera academia. Consciente de su papel, la Academia de San Fernando ha sabido elevar a norma estos rigurosos y clarividentes presupuestos. Son éstas razones suficientes para que todos aquellos que hemos intentado comprender la historia desde el presente, a la vez que el presente desde el pasado, nos sintamos hoy complacidos, con legítimo orgullo, al ser llamados a participar en la misión de tan esclarecida Academia.

Tras la lectura de mi discurso se me impondrá la medalla número seis.

Hombres muy eminentes la distinguieron. El primero fue don Eugenio de la Cámara. Entre otros la ostentaron el novelista y crítico de arte Jacinto Octavio Picón y Ricardo de Orueta y Duarte, memorable director de Bellas Artes bajo la II República española. También fue la medalla de mi inolvidable y admirado amigo y compañero Xavier de Salas. Figura sin par, caballero como quedan pocos, sabio polígrafo y agudo escritor de arte, coleccionista y bibliófilo, museólogo, gran conversador y conocedor de lenguas, cosmopolita y auténtico *gentleman*, de porte elegante, siempre abierto a lo nuevo y curioso de todo lo que fuese arte y vida, generoso de su tiempo y de sus bienes. Gloria a su recuerdo. El último que llevó la medalla fue el catedrático de Arqueología y durante muchos años excelente director de Bellas Artes, Gratiniano Nieto. Trabajador incansable, de espíritu metódico y de gran capacidad organizativa, supo durante los años de su gestión del Patrimonio Artístico español dar impulso a las obras de restauración de monumentos, crear el Instituto de Restauración, para el que inició un edificio, al que popularmente se conoce como la «Corona de Espinas», obra del arquitecto Higuera. En un época en que los presupuestos eran modestos, Gratiniano Nieto supo incrementar los destinados a las Bellas Artes y luchar contra la vandálica acción de promotores inmobiliarios, haciendo que se dictasen decretos y normas para la protección de los conjuntos monumentales de los centros históricos, que frenaron algunas destrucciones. Como catedrático fue rector de la Universidad Autónoma de Madrid.

A Gratiniano Nieto lo conocí hace ya muchos años. En el otoño de 1949, recién licenciado en Historia, por consejo del director de tesis doctoral, mi maestro, José María de Azcárate Ristori, hice un viaje de estudios por Castilla la Vieja. El objetivo era conocer la arquitectura clasicista posterior a Herrera, con el fin de conocer los antecedentes de un estilo arquitectónico que fue determinante en la arquitectura de Galicia del siglo xvii. Como fin de itinerario llegué a Valladolid. Era entonces rector magnífico de la Universidad Cayetano de Mergelina, catedrático de Arqueología, y Ángel Apraiz, catedrático de Historia del Arte. El director del Colegio Santa Cruz, en donde me alojé, era Gratiniano Nieto Gallo, que, por su juventud, era todavía profesor ayudante. Discípulo y yerno de Mergelina, Gratiniano mostraba ya entonces su sentido de la administración. No podía en aquel momento sospechar que yo sucedería hoy a Gratiniano en la Academia, de la misma manera que en 1965, a don Cayetano de Mergelina en su cátedra de Murcia. En el seminario de Arte y Arqueología de la Universidad de Valladolid, con sede entonces en el hermosísimo edificio renacentista fundado por el Cardenal Mendoza, pasé

horas inolvidables, en ese momento de nuestra juventud en el que ávidos de formarnos en una disciplina, somos todo receptividad, Allí había abundancia de fotos, libros y separatas y se editaba el famoso boletín, del que todavía es esperado cada nuevo número. Allí tuve la suerte de conocer a un joven profesor, que acababa de publicar un importante libro sobre la arquitectura doméstica de Valladolid. Era Juan José Martín González, que me sirvió de mentor en la ciudad y me dio luces sobre el periodo artístico en el que comenzaba a introducirme. La novedad de sus puntos de vista científicos y la cordialidad de su personalidad humana, hicieron que desde entonces le admirase y quisiese como un verdadero compañero y colega. A Valladolid volví por aquellos años varias veces más. Una la recuerdo en especial. Fue cuando desde París, a fines del año 1956, llevé el texto de mi tesis doctoral a mi maestro Azcárate. Gratiniano Nieto estaba entonces a punto de irse a la Universidad de Madrid. Tras haber vivido varios años en Francia, yo regresé a España. Como profesor ayudante de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid conviví con Gratiniano Nieto, al cual sucedí como adjunto de Arte medieval árabe y cristiano cuando ganó la cátedra de Arqueología de la Universidad de Murcia. Pocos años después, me llegaba a mí el turno. Al ganar la cátedra de Murcia sucedí a Cayetano de Mergelina. Gratiniano ya era director general y residía en Madrid. Recuerdo ahora el estrecho despacho del antiguo Seminario de Arte en el viejo edificio del murciano convento de la Merced. La sala de lectura, más amplia, tenía alguna reproducción en escayola de esculturas antiguas, viejas fotografías de monumentos y algunos libros de arte. En una mesa trabajaba la diligente y siempre atenta Virginia Mergelina, que continuaba y aún continúa en Murcia el espíritu estudioso de su familia. A Gratiniano lo volví a encontrar en Madrid, tras mi etapa en la Universidad de Sevilla, él de catedrático de la Universidad Autónoma y yo de catedrático de la Complutense. Nuestro trato era con motivo de una tesis doctoral u otros actos académicos. Siempre grave, aunque de talante amable, lo recuerdo en un último encuentro al azar en una cafetería de la plaza de Cristo Rey.

LOS CAFÉS HISTÓRICOS

Y puesto que mencionamos encuentros, aprovecho la ocasión para comenzar mi disertación sobre ese lugar de encuentro que son los cafés. El tema siempre me interesó en grado sumo, aunque los de mi generación, quizá por urgencias de la vida, apenas hemos frecuentado los cafés con la intensidad que lo hicieran nuestros padres y abuelos o lo hacen los jóvenes de hoy. Sin embargo, he de confesar la importancia que tuvieron los cafés en mi formación durante mis años de estudiante en la Universidad de Santiago de Compostela. No iba entonces a los cafés para tener un lugar caliente en donde estudiar como hacían la mayoría de mis compañeros que vivían en incómodas fondas, pues era un privilegiado que tenía una comfortable casa. Si iba al café era para participar en la tertulia de Ramón Otero Pedrayo, primero en El Español y después en el Derby. Allí aprendí muchas cosas, tantas o más que en las aulas universitarias. Los contertulios habituales eran Ramón Piñeiro, Domingo García Sabell y Carlos Maside, además de algún médico ilustre como Ramón Báltar y Ramón Rodríguez Somoza. También acudían todos los escritores gallegos de paso y los jóvenes poetas que venían a saludar al patriarca de las letras. Brillante conversador, don Ramón derrochaba un caudal de anécdotas y citas literarias. Su cátedra se prolongaba a diario alrededor del velador del café. Años inolvidables. Con la llegada a Santiago de Raimundo García Domínguez, «Borobó», comenzó mi colaboración en el periódico *La Noche*. Borobó fue también quien me presentó al profesor Azcárate, que acababa de ganar la cátedra de arte en Santiago. De aquellos años también recuerdo cuando conocí a Gonzalo Torrente Ballester en el desaparecido café Suevia, en la plaza compostelana del Toral. Torrente, que durante poco tiempo había sido profesor en Santiago, antes de que yo llegase a la ciudad, dio asiento en el Suevia a una tertulia que luego mantuvo su malogrado hermano Jaime, estudiante de la Facultad de Derecho.

Cafés históricos, llenos de resonancias del pasado. Históricos por haber adquirido con el tiempo tal categoría. También históricos por haber desaparecido en su casi, por no decir completa, totalidad. El español, que

Sagrada Cejita
Madrid.

Este Sábado = 17
de Abril de
19.



Esto, amigo Ramón, pudiera
titularse "Pombo en soliloquio"

en principio puede ser retardatario, nunca es conservador. De los primitivos y antiguos cafés sólo se guarda el nostálgico recuerdo literario y alguna que otra rara imagen gráfica, un cuadro al óleo, un grabado o una fotografía amarillenta. Para el estudioso de los cafés sólo los escasos autores de *Memorias*, de almanaques, de las guías de ciudades y los libros de viajes nos proporcionan las noticias necesarias. Sin embargo, historia y café caminan juntos. Igual en España que en toda Europa. La Edad Contemporánea no se entiende sin la existencia de los cafés. La Revolución francesa y sus secuelas encontraron su campo de acción en los cafés. En el siglo XIX el liberalismo y los conspiradores en España, los carbonarios italianos, los combatientes de la libertad en Grecia, los escritores románticos, o los pintores impresionistas no se explican sin sus cenáculos y reuniones en estos locales públicos. Tampoco los movimientos literarios o

las revoluciones estéticas finiseculares como el modernismo y las vanguardias artísticas que en los cafés encontraban un camino para manifestarse y formar capillas de fieles adeptos a un ideal o tendencia.

El café es un lugar de reunión y de encuentro, de conversación e intercambio social. Es un espacio público y ciudadano. Ágora y Plaza Mayor cubierta, con un nuevo carácter cívico, en el que igual transcurren lentas las aguas de lo cotidiano que se desbordan las riadas históricas. Los periodos de calma y de agitación, los sucesos callejeros y las sacudidas sociales repercutían en su ámbito neutral y público. Su vitalidad ha sido siempre la de un lugar de comunicación, a mitad entre lo privado y lo público, de comunicación de espacios y comunicación de personas, que por igual es un paraíso artificial de meditación y soledad, de cita íntima, de tertulia y tribuna libre de un grupo. Ramón Gómez de la Serna, tan conocedor de la materia, dijo que «el café no nació como Ateneo, sino como andén de la Vida». También el dicho de Josep Pla de que «el hombre, además de hijo de sus obras, es un poco hijo del café de su tiempo» es cierto en lo que toca sobre todo a una época ya pasada. César González Ruano, que tantas horas de su vida y de trabajo pasó en los cafés, no desmentiría esta afirmación. Más bien le daría plena rotundidad.

En España, antes de la aparición de los cafés de la segunda mitad del siglo XVIII, existieron lugares de sociabilidad que desempeñaban un papel similar al que luego tendrían los cafés. Aparte de las tabernas y figones había alojerías, aguaduchos, horchaterías, neverías y otras expendedorías de refrescos y bebidas frías. Puestos callejeros y ambulantes de resolis, mistelas y aguardientes, según Torres Villarroel «especie de retablos» que «ni son boticas, ni figones y lo parecen todo»¹. Las alojerías o establecimientos de aloja, bebida de origen árabe compuesta de agua, miel, arroz y especias aromáticas eran ya con sus puestos fijos, portátiles o ambulantes, el antecedente de las botillerías y cafés modernos². Hasta su desaparición entre 1835 ó 1838, al igual que las neverías, estos expendedores de jarabe oriental considerado medicinal atraían a un público numeroso. Pero quizás los cafés en España tienen un antecedente más claro que el de las alojerías. Nos referimos a los mentideros, lugares muy españoles y celebérrimos. En un punto principal de la ciudad se reunían al aire libre todos aquellos deseosos de charlar, de estar al tanto de los cotilleos y de las noticias más señaladas. Se les llamó mentideros por el considerable número de embustes que en ellos se forjaban y difundían. Los soldados contaban falsas proezas, los cómicos y artistas hacían lengua con sus pretendidos éxitos, los burócratas convertían en hazañas sus grises ocupaciones. Todo era fabuloso en boca de sus protagonistas. En Madrid, durante el siglo XVII, fueron

famosos el mentidero de las Gradas, de San Felipe el Real o de los Soldados, en la esquina de la calle Mayor con la Puerta del Sol, el mentidero de los Representantes o gentes de Teatro en la confluencia de la calle de León con la del Prado y el de las Losas de Palacio, en los patios del Alcázar, en el que predominaban los covachuelistas u oficinistas, los pretendientes de empleos y los divulgadores oficiosos de las novedades del Estado. En Sevilla Córdoba, Valencia o Segovia también había otros mentideros que en la ciudad desempeñaban el papel que desde el final del antiguo Régimen correspondió a los cafés.

EL ORIGEN DEL CAFÉ

La costumbre de tomar café es moderna³. Todavía más el ir a tomarlo a un establecimiento o casa de café. En Europa se introdujo el café en el siglo xvii. Austriacos, franceses e italianos fueron los primeros en degustar el llamado «nectar» o «vino de los árabes». En España llegó más tarde, en el siglo xviii, a la par que las ideas ilustradas. Varias son las historias legendarias acerca del descubrimiento u origen del café. En todas se alaban los efectos que origina este oloroso y exquisito reconfortante. Al ingerirlo el espíritu adquiere mayor fluidez y vivacidad. La leyenda más común es la del pastor del Yemen que observó las consecuencias que se producían en su rebaño cuando las cabras comían en unos árboles una frutilla de color violáceo. Durante la noche no dormían y balaban excitadamente. Tras probarla él y sentir igual resultado se lo comunicó al imán de un vecino monasterio, el cual, a su vez, las utilizó dándolas a sus derviches para que pudiesen mantenerse despiertos durante la vigilia y oración nocturnas. Esta historia, como otras más o menos similares, engendra una leyenda religiosa referida por un hadith del Profeta. A Mahoma, que sufría una gran somnolencia, Alá por medio del ángel Gabriel le envió una bebida que era «calentísima, negra como la sagrada Kaaba, amarga como el mirto». Esta poción mágica, no sólo le reconfortó sino que le devolvió la fuerza viril.

El café al contrario del vino, que amodorra y da pesadez a la cabeza, tiene la virtud antisoporífera de mantener la mente clara y despejada. Los ascetas árabes lo ingerían para estar desvelados durante la oración. Poco a poco el uso de tan sorprendente brebaje, que potenciaba la vida cerebral, se fue extendiendo. En la Meca, en El Cairo, Damasco, Bagdad y Constantinopla se abrieron los primeros establecimientos en donde se expendía el café, convirtiéndose sus locales en centros de reunión y vida social. Los venecianos, en guerra con el Imperio turco, fueron los prime-

ros que a principios de siglo xvii, lo trajeron a Europa dedicándose a su comercio. En 1683, cuando el cerco de Viena por los turcos, un polaco llamado Kolschitzky, tras la victoria cristiana abrió el primer café de la capital de Austria, gracias a la gran cantidad de sacos de café que habían abandonado al retirarse los otomanos. Kolschitzky, tras la proeza de atravesar las líneas enemigas para ponerse en contacto con las tropas del duque de Lorena, había pedido como recompensa aquellos fardos con granos que las autoridades creían que eran un forraje para alimentar a los camellos. El premio fue su fortuna. Como a los vieneses no les agradaba el café con posos, a «la turca», Kolschitzky coló el líquido por un tamiz, inventándose así el filtro. También mezcló el café con leche, naciendo así el café vienés que tanto éxito alcanzaría mundialmente. En Francia, tras un primer ensayo al abrirse un establecimiento en Marsella, el café se puso de moda en París gracias a las invitaciones del embajador turco Soliman Aga, que representaba al sultán de Constantinopla en la corte de Luis XIV, el rey Sol. Alemanes, ingleses y holandeses entraron también pronto en juego respecto al café. Pero este no es lugar para referir en detalle cómo los ingleses de entonces bebían más café que té o cómo los holandeses introdujeron las plantaciones en el Brasil. Esta historia, económica y social, se la ahorramos al oyente. Solamente como índice de la importancia que en aquella época adquirió el café señalaremos que el prusiano Federico II ordenó, en 1721, que en las ciudades de su reino se abriesen establecimientos bajo el monopolio del Estado. De esta manera no sólo se controlaría el gasto público sino que a la vez impediría que la población rural se acostumbra a tomar café, evitando que el dinero saliese fuera del país.

LOS CAFÉS EN EUROPA

El primer café de Europa, al igual que el primer museo público, se abrió en Oxford en 1650. Como acabamos de decir, antes de que el té se convirtiese en la infusión nacional, los ingleses bebían café. Su influencia fue grande en la literatura y el periodismo de la época. En Francia el café, con la Ilustración, adquirió un auge extraordinario. Los cafés han ido desapareciendo, como fue el caso del célebre Malibran, pero todavía se conserva en París, en muy buen estado, el Procope, fundado por el siciliano Procopio di Coltello en 1702. Con sus espejos, lámparas de cristal y veladores de mármol y su aire de pastelería, cambió el aspecto antes más sobrio de los cafés franceses. En el siglo xviii los salones de estos

establecimientos públicos fueron diseñados por arquitectos tan notables como Nicolás Ledoux, cuya primera obra, en 1762, fue la decoración con revestimientos de madera o «boiseries» del café Militaire, situado en el ángulo de las concurridas calles de Saint-Honoré y de Valois. Según un testimonio de la época «tout Paris s'y porte et l'admire». Desaparecido el local en el siglo XIX, estos paneles tallados hoy se conservan en el museo Carnavalet⁴. Haces de lanzas enlazadas por laureles, que sostienen cascos con penachos dividen los paños, que ostentan en el centro varios trofeos, de banderas, armas y laureles. Anterior al estilo revolucionario, esta obra es precursora del estilo Imperio, creado bajo Napoleón, aficionado y impulsor de los cafés.

En Italia en el siglo XVIII fue Venecia la primera ciudad de los cafés. Se agrupaban en especial en la plaza de San Marcos. El Florián, creado en 1720, con el magnífico nombre de caffè della Venezia Trionfante, es todavía un cosmopolita centro de reunión de artistas y viajeros cultos. Los demás, como el caffè degli Sepechi han desaparecido o han sido sustituidos por otros del siglo XIX. En Roma el caffè Greco, en via Condotti, se ha calificado de «umbiculus urbi». Punto de referencia, de encuentro en la ciudad, ha sido un lugar frecuentado por poetas, escritores y artistas. También por reyes e incluso por futuros papas. Goethe, Schopenhauer, Andersen, Lord Byron, Shelley, Chateaubriand, Stendhal, Leopardi, Henry James, Mark Twain, Gabriel d'Annunzio, Ingres, Corot, los pintores nazarenos, Thorvaldsen, Rossini, Berlioz, Listz, Gounod, Wagner, Toscanini, y tantos otros fueron asiduos clientes. Tan pronto llegó a Roma el novelista Pedro Antonio de Alarcón, acudió al caffè Greco para encontrar a los artistas españoles que se reunían en uno de sus salones particulares. Fortuny, Palmaroli, Rosales, Gisbert, Casado del Alisal y tantos otros, durante sus estancias en Roma, frecuentaron este café, declarado por el italiano Ministerio de Bienes Culturales, en 1953, monumento nacional⁵. En Italia, donde aún se conservan interesantes cafés históricos en Milán, Nápoles, Florencia, allí estuvo el caffè Michelangelo de los Macchiaoli, tenemos el café más hermoso y completo de los históricos, el café de los cafés por antonomasia, el caffè Pedrocchi de Padua. Sobre el solar de un viejo café del siglo XVIII, su propietario Antonio Pedrocchi hizo levantar, en 1816, al arquitecto Giuseppe Jappelli el bellissimo edificio neoclásico —recuerda en pequeño al museo del Prado— que todavía hoy se conserva en toda su integridad. Después de un viaje por Francia e Inglaterra, en 1837, Jappelli agregó un ala neogótica al café. En marzo de 1985, se celebró en el Pedrocchi el Congreso Internacional *La civiltà del caffè*, en el que estudiosos europeos demostraron cuán importan-

tes habían sido para la política, la cultura, el arte y la literatura de Occidente «estas máquinas o estructuras abiertas puertas al servicio de la ciudad y la comunidad desde el siglo xviii hasta el siglo xx»⁶. Sin los cafés decimonónicos o modernistas de Viena, Budapest, Praga, Cracovia, Berlín, Bruselas, Amsterdam o París no se comprenden los movimientos estéticos contemporáneos⁷. Balzac, Baudelaire, Verlaine y Apollinaire, los pintores impresionistas, cubistas y surrealistas están ligados a los cafés parisinos de los grandes Bulevares, de Montmartre y Montparnasse, y Sartre, Camus y Giacometti a los del Boulevard Saint-Germain, Les Deux Magots y el Café de Flore. Cada café tiene su literatura. En la provincia francesa el café de los Deux Garçons de Aix-en-Provence, con su terraza en el dieciochesco Cours Mirabeau, ha sido evocado por escritores de la categoría de Jean Giraudoux. De Lisboa podría establecerse una nómina muy completa de cafés modernistas y art-decó. La Brasileira do Chiado con sus filiales en Oporto y Coimbra, el Martinho d'Arcada, frecuentado por Fernando Pessoa, la Suiça del Rossio, etc. Por desgracia no ocurre lo mismo en España. Desde hace años he visto, desaparecer uno a uno, una larga lista de viejos cafés históricos. En Madrid, Pombo, el Varela y el Teide. En Barcelona, el Canaletas. En Santiago de Compostela el Español. En Lugo el Méndez Núñez y en Murcia el Santos. Podría enumerar muchos más. Los españoles siempre estamos a la última. En materia de desprecio y destrucción de nuestro patrimonio cultural nadie nos gana.

EL CAFÉ Y LA ILUSTRACIÓN EN ESPAÑA

Pero retomemos nuestro discurso, que trata del café en España. Su aparición como establecimiento público, lo mismo que la afición a tomar esta bebida, está ligada a la nueva mentalidad surgida bajo la España borbónica. Tomar café significaba ser un ilustrado, tener la mente despierta, ser lúcido y clarividente. El filósofo y el partidario de la razón tenían que estar informados, leer periódicos y, además de ser tolerantes, tener avisado el espíritu para enterarse de todas las novedades.

La palabra café, que como planta y bebida figura en el Diccionario de Autoridades de la Real Academia Española, en 1726, comenzó siendo de uso de gentes ricas y elegantes. La hermosa cafetera de plata recocó que se conserva en el museo de Málaga, perteneció a una elegante familia con fortuna que, a mediados del siglo xviii, degustaría a diario el café. A propósito de esta costumbre venida de «tras los montes», Cadalso, al

criticar la vida lujosa de los adinerados de su tiempo, dice «despiértanle los ayuda de cámara primorosamente peinados y vestidos; toma café de Moka exquisito en taza traída de la China por Londres, pónese camisión finísimo de Holanda, luego una bata de mucho gusto tejida en León de Francia; lee un libro encuadernado en París...» Poco amigo del café parece Cadalso, que en otro lugar de sus *Cartas Marruecas* opina que «debilita los nervios» y en *Anales de cinco días* satiriza la manera de vivir de un elegante madrileño en cuya casa, desde el portero hasta el peinado de la señora, todo es francés, mansión en la que después de la comida se toma el café en una pieza aparte⁹.

No opinaban igual sus amigos y colegas. Jovellanos, que consideraba que los españoles se aburrían, pues en los pueblos no encontraban otro entretenimiento que salir embozados en sus capas a dar vueltas sin fin por las plazas y calles de la población, propugnaba, como medidas necesarias, que se estableciesen «cafés o casas públicas de conversación y diversión cotidiana». Estos establecimientos arreglados con buena policía, servirían de refugio para aquella porción de gente ociosa que, como suele decirse busca a todas horas dónde matar el tiempo. Los juegos sedentarios y lícitos de naipes, ajedrez, damas y chaquete; los de útil ejercicio, como trucos y billar; la lectura de papeles públicos y periódicos; las conversaciones instructivas y de interés en general no sólo ofrecen un honesto entretenimiento a muchas personas de juicio, probidad, en horas que son perdidas para el trabajo, sino que instruyen también aquella porción de jóvenes que, descuidados en sus familias, reciben su educación fuera de casa o como se dice vulgarmente, en el mundo¹⁰. Lo que proponía Jovellanos, guiado por su filantrópico interés pedagógico era el modelo de lo que en Italia se denomina «círcolo de conversazione», los Casinos y Ateneos, que tanta importancia adquirirán en España durante el siglo XIX¹¹. Otro ilustrado, el académico Antonio Ponz, nos describe las Casas de conversación y Centros recreativos que tenían en Cádiz los extranjeros. El modo que Jovellanos reclamaba para España estaba ya allí realizado. Según Ponz,

Dentro de la ciudad se van levantando fábricas de mejor forma y gusto: pero me incomoda que los que merecen atención sean los extranjeros. Uno de los que, en el que fue teatro de la Ópera Italiana, llamaron Camorra (será antiligia y podría tener otro nombre) y es una casa de concurrencia para gentes de distinción, oficialidad y extranjeros en donde se leen papeles públicos, se juegan juegos decentes, se sirve te, café, chocolate, sorbetes. etc.

También su descripción más detallada de la

gran sala de conversación, con cinco grandes arcos que de uno de los costados dan salida al jardín. Estos arcos alternan dentro y fuera con pilastras pareadas de dicho orden. La parte que da al jardín es de piedra de grano bastante fina y agradecida a la labor: yo le quitaría algo de adorno. Lo interior es de estuco, bien trabajado por artífices italianos y portugueses. El costado opuesto de la sala tiene dos salidas y los demás huecos están ocupados de tableros guarnecidos de moldurones, vestida de hojas labradas en esquina, cuentas, etc., como lo están el entablamento y algunos bajo relieves de los fondos. Me dicen que tratan de ocupar algunos de estos espejos: cuánto mejor fuera que emplease sus pinceles algún profesor de habilidad que nos deparase la suerte! La fachada del jardín está coronada de un pequeño ático con vanos sobre el banquillo. El jardín es de cuadros a la francesa con algunos árboles y espalderas en el circuito¹².

LOS CAFÉS DE CÁDIZ

Fue precisamente Cádiz la ciudad española avanzada de la modernidad. El tráfico marítimo de un lado y otro del Atlántico, los comerciantes de negocios extranjeros hicieron de este puerto, antesala de América, un centro cosmopolita y abierto a las mercancías y las ideas. La manera de vivir de los gaditanos era distinta de la del resto de la península. José Blanco White, que muy joven, pese a la prohibición de su padre, pasó una semana en Cádiz, opinaba que gracias a ello se «había elevado a un supremo grado de cultura y conocimiento del mundo mucho mayor» que el que tenían sus «menos afortunados amigos de Sevilla»¹³.

El comerciante y coleccionista de arte Sebastián Martínez, amigo de Goya, que en Cádiz pintó la Santa Cueva, es un ejemplo de habitante de la ciudad, que a principios del siglo XIX, a causa de la Guerra de la Independencia contra los franceses, se convirtió en el punto neurálgico de la vida española. El Cádiz de las Cortes, estudiado magistralmente por Ramón Solís, superpoblado de políticos y personajes importantes españoles e hispanoamericanos, además de un emporio comercial, fue un vivero de ideas y discusiones, de conceptos nuevos y persistencia de viejos prejuicios¹⁴. No se debe olvidar que en la ciudad residía entonces Fray Francisco Alvarado, el Filósofo Rancio, el cual desde el púlpito y los libros clamaba contra las doctrinas y máximas perniciosas de los curas liberales, los masones y demás enemigos de la Religión y del Estado. En materia de cafés, Cádiz fue una ciudad precursora. Ya

señalamos la descripción que Ponz hace de los casinos. No hay que olvidar que uno de los principales sainetes de Juan Ignacio González del Castillo (1763-1800) es *El Café de Cádiz*. Sus acotaciones nos describen el local: «La escena representa el patio de un café con puertas y ventanas; las del medio de la fachada del frente corresponden al billar; mesas alrededor y sillas». El primer personaje que entra en escena pide al camarero café y un periódico. Aunque no sabe lenguas extranjeras, pide la Gaceta de Leiden, cuya lectura simula interesarle. Un oficial, que ya ha tomado el café en casa de una marquesa, presume de conquistador de mujeres. Un poeta llega «para completar la fiesta». La acción se complica cuando entran dos majas: Curra y Pepa, que piden «unos pocillos» de «aquesa bebía negra»; «ya me entiende usted, café». Como estaba prohibida la permanencia de mujeres en los cafés con su presencia se arma un pequeño alboroto. Al ruido acude un ministro de la autoridad que multa al cafetero por tal licencia¹⁵. En el Cádiz de las Cortes proliferan los cafés. En 1802, según la Relación de Gremios, había 23 cafés y 29 confiterías, a las que sí tenían acceso las mujeres. El libro de Solís da relación a los principales cafés, además de las fondas, mesones y tabernas que entre 1810 y 1813 había en la ciudad.

LAS TERTULIAS Y EL CAFÉ EN EL MADRID DEL SIGLO XVIII

A partir de la segunda mitad del siglo XVIII los escritores españoles comenzaron a reunirse en las fondas. Hasta esas fechas las tertulias literarias tenían lugar en los salones de las casas nobles o de algún personaje de postín. Fundada en 1765 por los italianos Gippini, la fonda de San Sebastián, un año después, fue centro de cita de un destacado grupo de intelectuales de la época. En torno a un cuarto con sillas, mesas, escribanía, chimenea «y todo lo que era necesario para aquellas juntas, en las cuales (por único estatuto) sólo se permitía hablar de teatro, de toros, de amores y de versos», se acomodaban los escritores Nicolás Fernández de Moratín y José Cadalso, el catedrático de Poética de los Reales Estudios de San Isidro, Ignacio López de Ayala; el Historiador del Nuevo Mundo Juan Bautista Muñoz, el biógrafo y anticuario Mariano Pizzo, el arabista Casimiro Gómez Ortega, el botánico Vicente de los Ríos, artillero, primer biógrafo de Cervantes y secretario de la Academia de la Historia, el historiador del teatro Signorelli, Ignacio Bernascone y el fabulista Tomás de Iriarte¹⁶.

Junto a las fondas, que vinieron a sustituir los antiguos mesones y



posadas, se abrieron botillerías y establecimientos dedicados a la degustación del café. Varios son los testimonios literarios de la época. En 1768, el veneciano y galante caballero Casanova, que en un principio, se alojó en la casa del pintor Mengs, acabó instalándose en el café Francés de la calle de la Cruz, que, al igual que los cafés de Cádiz, admitía viajeros¹⁷. Don Ramón de la Cruz (1731-1794), en el sainete *El Café de Máscaras*, trata de un café contiguo a un salón de baile. Más tarde, en 1792, se estrena en Madrid *La Comedia Nueva o el Café*, de Leandro Fernández de Moratín. De la misma manera que *El Sí de las Niñas* transcurre en una fonda, *La Comedia Nueva* tiene lugar en un café. En las acotaciones escénicas, Moratín lo describe sucintamente: «El teatro representa una sala con mesas, sillas y aparador de café; en el fondo una puerta con escalera a la habitación principal, y otra puerta a un lado que da paso a la calle». Moratín nos hace saber, además, que el café estaba inmediato a un teatro, detalle que no sólo es necesario por obligación de la pieza misma, sino por lo frecuente que era, y aún es, el encontrar junto a un teatro un café. En la edición ilustrada que en 1796 hizo G. B. Bodoni, En Parma, de esta obra, un grabado representa un café de neoclásicas columnas toscanas, con velador rectangular y un mueble de estanterías con tazas, botellas y una sopera. Es más la imagen de un café italiano en Lombardía que de un café español. Moratín, que en sus viajes se fijaba siempre en los cafés, llamándole, por ejemplo, la atención la taciturnidad y silencio de los ingleses, opinaba que en el «café no se debe hacer otra cosa que tomar café», mientras en el teatro se debe silbar o aplaudir la obra¹⁸. En su *Epístola al Príncipe de la Paz*, escribe una sátira de los estrategas y políticos de café en España:

Sólo el pedante, vocinglero hinchado
de vacuidad y ponzoñosa envidia,
todo lo sabe. En el café gobierna
los Imperios del Orbe, y mientras bebe
diez copas de licor, soprende y asalta,
gana de Gibraltar el puerto y muro
consultadle señor, veréis que pronto
cubriendo el mar de naves españolas
sin fatiga, sin gasto a Irlanda ocupa
y los tesoros de Jamáica os pone
en la calle Mayor...

La España de los mentideros y los arbitristas continuaba aún viva pese a la Ilustración. También su sentido de lo popular. En 1797 sabemos que

en la Casa de los Toreros de Aranjuez había una botillería en la que se tomaba café y se hablaba de la lidia de reses bravas¹⁹. Muy pronto se identificaron la España castiza y tradicional y los cafés. El patio andaluz convertido en café para ocio de gaditanos y la botillería madrileña, en cueva del pedante y arbitrista, en espera de la aparición del café revolucionario de conspiradores y militares inquietos que auguran nuevos tiempos.

LAS BOTILLERÍAS

Ramón Gómez de la Serna dice que la antigua botillería, luego transformada en café, «es italo-suizo-francesa»²⁰. También que «tuvieron el sabor de una institución liberal, paramento privado de unos pocos, primer paso de una solidaridad y de una convivencia social hasta entonces desconocida». Pobres de aspecto, instaladas en locales húmedos y oscuros, suelo de ladrillo, zócalos de estera, quinqués clavados en la pared, mesas y bancos de pino, pronto estas casas de bebidas se convirtieron en bulliciosos centros de reunión y discusión a los que, sobre todo a partir de la invasión francesa, acudían. Un testigo de la época, Alcalá Galiano, nos informa de que:

No impedía el terror que siguió al Dos de Mayo que se mostrase la opinión con poco rebozo²¹. En los pobres cafés de aquel tiempo, en que era costumbre leerse la Gaceta, al lado de un brasero de sartén, en invierno, y cerca de la ventana, en verano, se hallaba con desahogo tal que parecía no se recelaba peligro por parte de los dominadores.

De las botillerías madrileñas, las más notables de todas fue la de Canosa. Alojada en una reducida cueva de la Carrera de San Jerónimo, a la que se bajaba por varios escalones, tenía sus gabinetes iluminados por un candil de veinte pábilos y velones de aceite. Las de Furcal, Cibeles, Ceferino, en la calle de León o la calle Ancha de San Bernardo, no mejoraban la decoración, tal como las describe en *Ayer o la Sociedad de la Fé en 1800* Antonio Flores²². Botillería de esta época fue el Café de Pombo, que con ligeras mejoras de mobiliario, llegó hasta nuestra época. Cuando niño, al tomar chocolate con picatostes en Pombo, me parecía extraordinario pensar que me sentaba en un lugar en el que quizás antes había estado Goya; también Ramón Gómez de la Serna, al que, años más tarde, vi, gordo y sudoroso, apretujado por una multitud de escritores y amigos, entre ellos mi tío Evaristo Correa Calderón, en la ocasión de aquellas «cuatro noches memorables y multitudinarias» de su viaje a Madrid en 1949.



El académico y matemático don Benito Bails, en su *Diccionario de Arquitectura Civil*, publicado en 1802, al definir el término café, dice que es una «Especie de botillería donde concurren gentes a tomar café. Hoy en día se venden en los cafés todas las demás bebidas, como agua de limón, leche helada, etc. El primer café que ha habido en Europa se puso en Marsella, ciudad de Francia, en el año de 16». De cultura francesa, no podía faltar la alusión de Bails al café de Marsella como el primero de Europa²³. Poco importa su precisión. Lo que aquí ahora nos interesa es la importancia que tomó este tipo de establecimiento que todavía no figura en la tipología *Dell'Architettura*, de Francesco Milizia, el cual los incluye solamente entre los Waux-Hall o edificios ligeros construidos en parques y jardines con pabellones de pórticos y espacios cubiertos para salones de conciertos, juegos, gabinetes de conversación, lugar de espectáculos y tomar bebidas y refrescos²⁴.

Que el café desciende en línea recta de la botillería lo reconocen todos los historiadores que se han ocupado del tema. Fernández de los Ríos, en su *Guía de Madrid*, en 1876, al señalarlo indica, sin embargo, que la botillería «era lugar de mero paso»²⁵. Es cierto. El convertir el café en lugar de asiento de una tertulia cotidiana y permanente se lleva a cabo a partir de principios del siglo XIX. La invasión francesa y el nacimiento de las ideas liberales contribuyeron, en gran medida, a la consolidación de los cafés, a los que acudían muchas gentes para enterarse y tratar de las novedades, cada día más importantes. Centros de reunión y discusión, acababan convirtiéndose en verdaderos clubs con gran influencia en la opinión pública y en los gobiernos. Gran parte de los movimientos sediciosos contra el absolutismo se fraguaron en los cafés, a los que la policía tenía muy vigilados. La quiebra del poder de la monarquía, tal como la concebía Fernando VII, era un obsesión de los que acudían a los cafés. Benito Pérez Galdós retrata magistralmente ese ambiente en su novela *La Fontana de Oro*, cuya acción transcurre durante el periodo 1820-1823: la primera etapa absolutista del Deseado, el levantamiento del General Riego, el triunfo constitucionalista, su derrota a manos de los Cien Mil Hijos de San Luis y el retorno a la tiranía de Fernando VII. Época turbulenta y a la vez preñada de esperanzas, de milicianos y realistas, de masones y sectas ultramontanas, de la Trágala, fusilamientos y ejecuciones. El café, con sus reuniones clandestinas de conspiradores, fue el verdadero protagonista. Galdós nos hace la descripción detallada de este café y fonda:



Entre los numerosos defectos de aquel local no contaba el de ser excesivamente espacioso: era, por el contrario, estrecho, irregular, bajo, casi subterráneo. Las gruesas vigas que sostenían el techo no guardaban simetría. Para formar el café fue preciso derribar algunos tabiques, dejando en pie aquellas vigas; y una vez obtenido el espacio, se pensó en decorarlo con arte.

Los artistas escogidos para esto eran los más hábiles pintores de muestra de la Villa. Tendieron su mirada de águila por las estrechas paredes, las gruesas columnas y el pesado techo del local, y, unánimes convinieron en que lo principal era poner unos capiteles a aquellas columnas. Improvisaron unas volutas que parecían tener por modelo las morcillas extremeñas, y las clavaron, pintándolas después de amarillo. Se pensó después en una cenefa que hiciera el papel de friso en todo lo largo del salón; mas como ninguno de los artistas sabía tallar bajorrelieves, ni se conocían las maravillas del cartón-piedra, se convino en que lo mejor sería comprar un listón de papel pintado en los almacenes de un marsellés recientemente establecido en la calle de Majaderitos. Así se hizo y un día después la cenefa, enganchada por los mozos del café, fue puesta en su sitio. Representaba unos cráneos de macho cabrío, de cuyos cuernos pendían cestas de flores, que iban a enredarse simétricamente en varios tirso adornados con manojos de frutas, formando todo un conjunto anacrónico fúnebre, de muy mal efecto. Las columnas fueron



pintadas de blanco con ráfagas de rosa y verde, destinadas a hacer creer que eran de jaspe. En los dos testers próximos a la entrada se colocaron espejos como de a vara; pero no enterizos por dos trozos de cristal unidos por una barra de hojadelata.

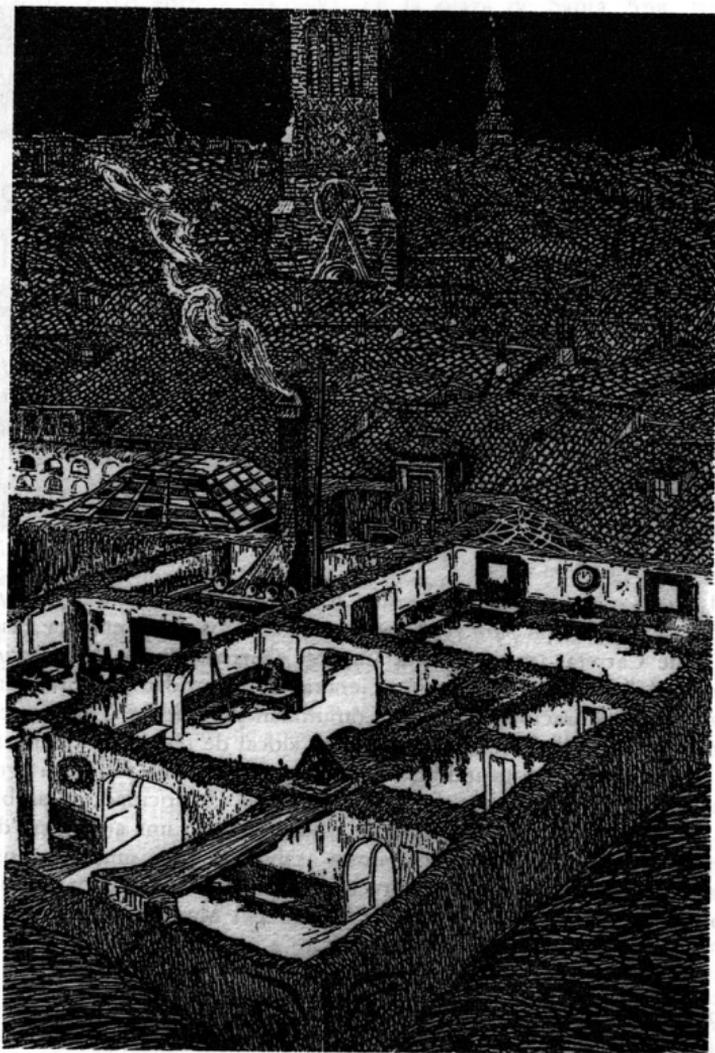
¹ Cortamos el párrafo para no cansar al auditorio. Pero Galdós continúa describiendo la forma de los quinqués de aceite que ardían con llama macilenta, humeante, triste y hendionda hasta más de media noche, que con su humo junto al de los cigarros y al vapor del café habían deteriorado el dorado de los espejos, el amarillo de los capiteles, los jaspes y el friso clásico además de las pinturas del techo «debidas al pincel del peor de los discípulos de Maella». Los muebles eran modestos. Las mesas eran de madera pintada, simulando caoba en la parte inferior y mármol en la parte superior. Había también «medio centenar de banquillos de ajusticiado, cubiertos con cojines de hule, cuya crín, por innumerable agujeros, se salía con mucho gusto de su encierro»²⁶. Detrás del mostrador había dos estantes con botellas, bollos, libras de chocolate y algunas naranjas. Pero quizás lo más notable era la tribuna que el dueño del café se vio en necesidad de construir para los oradores improvisados que, al principio, para dirigirse al público se subían sobre una mesa.

De la misma época era el Café de Lorencini, en la Puerta del Sol, contiguo a la iglesia de la Victoria, entre la calle Carretas y la entrada de la hoy calle de Espoz y Mina. Llamado más tarde Café de las Columnas, luego Londres, acabó siendo el café de Puerto Rico. Al Lorencini se

entraba por un estrecho portal. Su interior era reducidísimo, con un saloncillo y, en el extremo, una galería cubierta de un patinillo de cristales. Tenía frescos muy elogiados del pintor Rivalles. Allí nació la «Sociedad Patriótica de Amigos de la Libertad» y la noche del 7 de marzo de 1820 Evaristo San Miguel, al saber que Fernando VII había jurado la Constitución, sobre la mesa, cantó, por primera vez, el Himno de Riego.

Café también muy concurrido en la época fue el de Levante. De su interior nos quedan los dibujos de Leonardo Alenza²⁷. En ellos vemos a caballeros enchisterados sentados ante las mesas: uno lee el periódico, otro se mira en uno de los espejos, varios juegan a las damas, mientras el mozo trae la bandeja repleta con los pedidos. Al mismo pintor se atribuyen las tablas que representan escenas de café y un duelo o batalla entre militares. El Café de Levante, en la Puerta del Sol, según el *Manual* de Mesonero Romanos, fue el preferido de los jugadores de damas, ajedrez y dominó. También lo fue de los vendedores ambulantes de cuadros que en el Madrid decimonónico se dedicaban a ir por los cafés ofreciendo pinturas y grabados a los parroquianos de estos establecimientos. Cada café parece que se especializaba en algo. En el Café Nuevo, en la calle de Alcalá, mencionado por el inglés vendedor de Biblias, Borrow, se reunían los noticieros y declamadores; en el Café Neptuno, en la calle Caballero de Gracia, se contrataban billetes y disfraces.

De aquel tiempo era también el Café y Botillería de Pombo, sobre el cual existe una extensa literatura, comenzando por los tres gruesos volúmenes que le dedicó (1918, 1923, 1941) Ramón Gómez de la Serna²⁸. También toda una iconografía. Aparte de las fotografías y los dibujos, estos últimos de Ramón Gómez de la Serna, hay el famoso cuadro de la tertulia de Ramón, pintado por José Gutiérrez Solana. Allí vemos a los contertulios habituales de la Sagrada Cripta de Pombo, en donde todos los sábados oficiaba Ramón Gómez de la Serna. En un espejo o en un cuadro, no se puede saber, como sucede en los Velázquez de la primera época, junto al antiguo quinqué, se ve sentada a una pareja de edad avanzada, ataviada a la manera del siglo pasado. Ramón, promotor de un banquete a Larra, el Agape en honor a Figaro en Fornos, y en 1923 de una cena de trajes y fisionomías de épocas de los antepasados románticos, escogió Pombo entre todos los cafés de Madrid de su tiempo por ser precisamente un espécimen de los primitivos cafés. Principal promotor de las vanguardias en España, Ramón encontró en Pombo su adecuada plataforma. No hay que olvidar que allí, en la Sagrada Cripta, se entrecruzaron todos los movimientos y personas de la época que tenían un auténtico interés.



Interior of the castle of the Knights of St. John in Rhodes, showing the courtyard and the church of the Holy Spirit in the background.



El «viejo e incómodo café», como lo califica Maroto, en el *Almanaque de las Artes y las Letras para 1928*, estaba en los bajos de un enorme caserón de la calle Carretas, vecino de la Casa de Correos, luego Ministerio de Gobernación, más tarde Dirección General de Seguridad y ahora, cuando se acabe su restauración, sede a la Comunidad de Madrid. Laberíntico de planta, como cuenta Ramón Carande, era «local de techo muy bajo, tenía poca luz y un sello inconfundible»²⁹. Al llenarse de gente producía agobio. Hasta la aparición, a finales del siglo XIX, de la electricidad, su ambiente debía ser pesado. El gas y el humo de tabaco creaban una atmósfera difícil de respirar. El literario café de Pombo acabó, no hace muchos años, en tienda de maletas, para luego convertirse en un solar todavía baldío en pleno centro urbano, en el corazón mismo del Madrid histórico.

UNA TERTULIA ROMÁNTICA

Hemos saltado de un siglo al otro. Retornemos a la época de Fernando VII y entremos en el Café del Príncipe, contiguo, aunque sin comunicación interior, al Teatro del Príncipe, hoy Teatro Español, antaño Corral de

Comedias, cuyo edificio en 1582, en la plaza de Santa Ana, tras un incendio en 1802, fue reconstruido por Juan de Villanueva. Destartalado y sombrío café, según Mesoneros Romanos, era «como triste y oscuro antro» según Larra. Su interior se componía de una sala no muy larga, aunque estrecha. De zaquizami miserable lo tachan sus contemporáneos. Mesoneros, que habla de sus sillas victorianas, menciona «la mezquindad y suciedad de los trebejos de cristal o de loza», en que eran administradas las confortantes tazas de café o jícaras de chocolate. Larra es aún más radical. Lo califica de «reducido, puerco y opaco», de «paredes desnudas y no muy limpias», con un pobre mobiliario: «una docena de mesas de pino pintadas de color chocolate y una docena de sillas»³¹. Este sombrío local, de escasa luz diurna y tétrico alumbrado nocturno, fue sede de una de las tertulias madrileñas más famosas del siglo pasado, el renombradísimo «Parnasillo». Allí acudían, para hablar de lo divino y lo humano Larra, hasta su suicidio en 1837, Patricio de la Escosura, Espronceda, «el Solitario», Ventura de la Vega, el Duque de Rivas, Miguel de los Santos Álvarez, Zorrilla, García Gutiérrez, Hartzenbusch, Bretón de los Herrenos, Esquivel, Jenaro Pérez Villamil, David Roberts y tantos otros dramaturgos, poetas, escritores y artistas de la época. En el Teatro del Príncipe se estrenaron todas las obras románticas, desde *Don Álvaro o la fuerza del sino* hasta *Los Amantes de Teruel*, pasando por *La Conjuración de Venecia* y *El Trovador*.

El joven escritor Miguel Sánchez-Ostiz ha sabido evocar la atmósfera de la época, al glosar el pequeño cuadro *El Café* de Antonio María Esquivel conservado en el Museo de Bilbao.

El local está iluminado, o al menos la parte de él que podemos ver, por media decena de arañas con lámparas de gas que no logran disipar del todo la penumbra.

Las mesas se hallan ocupadas por parroquianos que conversan y fuman cigarros. Conservan calados sus sombreros y chisteras y usan levitas y fracs. Es la usanza de la época: la primera mitad del siglo XIX. La atmósfera invernal del café está cargada por el humo de los cigarros que, por lo espeso, puede ser una reproducción de la niebla que adivinamos en el exterior. Es una mesa situada en primer plano, un mozo atiende solícito a un recién llegado; en otra, un parroquiano ha dejado a un lado el recado de escribir y por el gesto podemos ver que conversa animadamente con sus contertulios. Los restantes personajes permanecen como lo que son, como sombras, y apenas podemos adivinar sus rostros y atuendos. Por un rincón, una borrosa figura, arrebujada en una capa con vuelta de color rojo oscuro, se aleja dándonos la espalda para perderse definitivamente en el fondo del café tal vez en su salida en el fondo del cuadro, en la profunda sentina del tiempo³².





La descripción es muy acertada. En el café dominan los tonos apagados, los grises dorados y neblinosos, en los que apenas destacan las vestimentas oscuras de los clientes y el enigmático personaje que se aleja por el fondo, que imagina tal vez fuese Larra, el cual tan escasa simpatía sentía por los cafés.

LARRA Y LOS CAFÉS

Muchas y constantes son las alusiones que en sus escritos hace Larra a los cafés. Sus censuras son a veces terribles, preguntándose: «¿Porqué no había que haber en una capital fondas decentes donde se guisa de comer? Si se habla de los cafés, no hay uno bueno; habitaciones que se hicieron para todo menos para café, ahogadas y mezquinas, frías como neveras en el invierno, pudiendo tener a poca costa una estufa siquiera; en todos no saben salir de mesas de pino pintadas, que no las había peores en una taberna, cuya pintura se pega a los vestidos»³². Extrañado por el mal gusto

del público, tan caprichoso que llena los cafés más feos, se apiña en los más oscuros, estrechos y peor servidos, Larra no para de interrogarse a este propósito. En su opinión, las gentes debieran preferir lugares agradables y bien tenidos como el Tívoli, café de verano con lujo de estatuas y camareros, que apenas dejó memoria, por su rápida existencia.

Sin embargo, Larra, pese a sus mordaces críticas al atraso de España y a los «castellanos viejos», acabó defendiendo a su patria con ardor al tener que enfrentarse con aquellos que sólo saben vituperarla empleando abusivamente como un latiguillo la frase «En este país». Ante éstos que no sirven más que para denigrar, les contesta que España, en muy pocos años había progresado entonces, «más rápidamente que adelantaron esos *países modelos* (se refiere a los europeos) para llegar al punto de ventaja en que se han puesto»³³.

César González Ruano, cuya vida transcurrió gran parte en los cafés, pensaba que el Café Literario en España era una «herencia de Larra, una herencia de hispanidad y madrileñismo». En su opinión un café era un reducto del nervio español, un mirador desde el cual se podía «contemplar, con una solvencia de columnas, divanes y espejos, el panorama espiritual de la nación y el mismo espectáculo del mundo»³⁴. A la primera mitad del siglo XIX se debe el gusto por el café, su sentido cívico y urbano. El inglés Ford, en 1848, al hablar de las *Cosas de España*, señala cómo todo «lo concerniente al café y cocina» provenía de la *Belle France* y cómo desde la muerte de Fernando VII iba desapareciendo lo que calificaba «El oscurantismo monástico y el reinado de los conventos»³⁵. Esto es indudable. El reinado de Isabel II fue, con sus altos y bajos, pese a la guerra civil, un periodo de modernización y progreso, de incorporación a Europa. Los cafés, herencia de la Ilustración, fueron, lo mismo que el Ateneo y otros círculos de recreo, a la vez consecuencias y agentes de tal cambio.

Mucha razón tenía, sin embargo, Ramón Gómez de la Serna, al decir que el español, que siempre se excede en todo, «cuando se apodera del café, lo hace de ese modo entrañable, conventual y místico en que se adscribe a las cosas que cree.

«El café para España es el nuevo sitio de Dios y ha habido trapenses del café que gastaron toda su vida, la mayor de sus ocasiones y de sus transportes en el claustro del café»³⁶. Actitud muy hispánica. Pescadilla que se muerde la cola, círculo infernal del que es imposible zafarse. Con apariencias de modernidad, el país continúa siendo el mismo. No se sabe bien en donde está la frontera de lo Santo y la ociosidad. El café símbolo del espíritu avanzado y progresista, a la vez que Campo Elíseo fue Campo de Agramante, nada de lo humano le fue ajeno.



las costumbres de España a mediados del siglo XIX Ford nos dice que:

El té y el café han sustituido al chocolate en Inglaterra y Francia; en España solamente es donde nos sentimos transportados a los desayunos de Belinda y de las gentes de letras a Bulton, donde continúan inamovibles el abanico, el tresillo, el coche de colleras y otros usos sociales del tiempo de Pope y de *El Espectador*³⁶.

Y en otro lugar que «el café y té se están introduciendo y se toman sólo en las ciudades, en los puertos». El costumbrista Antonio Flores, en *Ayer, Hoy y Mañana*, en el tomo II *Hoy o la sociedad del vapor*, dedica un capítulo al té y al chocolate. A este propósito, dice que la historia del té (nosotros pondríamos en su lugar café, ya que el té sólo se impuso como bebida para las señoras) «es la historia de nuestra regeneración social y política». Para el humorista, las dos bebidas son bandera de guerra de dos diferentes bandos sociales, de dos grandes partidos políticos, de dos irreconciliables escuelas filosóficas. Por un lado el progreso moderno, por otro el patriotismo castizo. El chocolate es «un brebaje absolutista, enemigo de las luces y de la civilización». El té es la filantropía inglesa. Gritar ¡viva el té! es proclamar la libertad. Según Flores, el chocolate, bebida castiza «se retiró a los conventos y a las casas de los carlistas»³⁷.

Es cierto que a mediados del siglo XIX se escribió toda una literatura peyorativa sobre el chocolate, pese a que fue entonces cuando se impuso el

chocolate de las familias, a base de tabletas fabricadas con cacao, azúcar, harina de trigo y almazarrón. Francisco Navarro Villoslada en *Los Españoles pintados por sí mismos*, al retratar al canónigo regalón, cuenta la manera de vivir de este eclesiástico, diferente de la de sus colegas el buen canónigo y el canónigo guerrillero.

Pocos minutos antes de volver a casa ya le abrumaba el ama, que pone la chocolatera en el hornillo, la sopa en la mesa, o la copa de jerez orlada de tiernos bizcochos en la bandeja, porque el canónigo regalón sólo entra en casa para comer y no sale sino para digerir⁴⁰.

El chocolate es bebida que tiene sus títulos de nobleza. El Cardenal Brancacci, en 1665, publicó un *Elogio del chocolate*. Todavía en 1887 el capitán Castro de Torres publicaba en Sevilla su *Panegírico al chocolate*. Un médico, Antonio Colmenero de Ledesma había dado a luz en Madrid su *Curioso tratado de la naturaleza y calidad de chocolate* (1631). Desde el siglo xvii, a propósito de si rompía o no el ayuno, el chocolate fue objeto de disensión de teólogos, canonistas y juristas. Los libros del Padre Tomás Hurtado, *Si el chocolate quebranta el ayuno* (1642) o el de Joseph Díaz Bravo (1754) pueden servir de muestra de las sutiles disquisiciones en torno a una bebida nutritiva y sabrosa que, según Madame d'Aulnoy, «no se puede uno imaginar el gasto que se hace de ella en España»⁴¹.

La guerra del chocolate y del café también tuvo lugar en Hispanoamérica. El cuento *Las tres tazas*, del escritor costumbrista colombiano José María Vergara y Vergara, chocolate, té y café se refiere a las meriendas santafereñas. La taza de chocolate es con su decoro la reina de la tertulia tradicional de hidalgos y clérigos, la taza de café es el centro de reunión de los «ilustrados», que realizan la independencia, mientras que la de té la romántica de elegante consumo.

En provincias, a principios del siglo xix, había ciudades grandes que, según los viajeros, todavía vivían a lo antiguo. Según Alexandre de Laborde, la capital de Aragón, Zaragoza, en la que los hombres llevaban «sombrero redondo» y capa, era urbe «sin industria y comercio». No había cafés. Por el contrario señala cafés en Valencia, Cádiz y Málaga. Estas ciudades eran puertos abiertos al exterior, con un espíritu totalmente opuesto al de las poblaciones de las mesetas interiores de España⁴².

En Barcelona, en 1846, tal como lo consigna Madoz, había 65 cafés y 14 fondas. Todos competían «en brillantez». En algunos cafés había pianos en los que se tocaban para atracción de los clientes escogidas piezas musicales. El café-concierto o café filarmónico empezó entonces. Cafés célebres de Barcelona fueron el de las Siete Puertas, en las arcadas de los

célebres Porches de Xifré, 1837, el Café de la Delicias, fundado en 1839, en las Ramblas y que luego pasó a llamarse Lyon d'Or, el popularísimo Café Cuyás, el Gran Café del Comercio y el Gran Café de la Rambla. No hay que olvidar que enfrente del Teatro del Liceo, el balear Miguel Pons abrió la chocolatería La Mallorquina, en la que por primera vez en la península se degustaron las ensaimadas⁴³.

LOS NUEVOS CAFÉS DE 1850

En 1836 el regreso de los emigrados políticos de Inglaterra y Francia supuso la existencia de una clientela más exigente en materia de cafés y otros establecimientos públicos. Hacia 1850, con la prosperidad y modernización de España bajo los gobiernos liberales y moderados de Isabel II se renovaron los viejos locales y se abrieron otros nuevos. Las mejoras en la vida material se hicieron notar a ojos de los extranjeros y de los observadores de la vida española. En 1845 Ford señala que se habían abierto en Madrid en torno a la Puerta del Sol y calle de Alcalá «muchos cafés nuevos y buenos»⁴⁴. En su *Madrid en 1850 o las aventuras de don Lucio Lanzas*, Modesto Lafuente escribe que:

Indudablemente encontrará don Lucio en el año 50 los cafés de Madrid, puesto que ya en el 46 los hemos visto pogrésar, adornarse con gusto y elegancia, y algunos de ellos rayar en lujo. Nosotros entraremos en uno de los más modernos que nos cogerá allí más a la mano, y don Lucio reconocerá al instante en todo su aire y ornato el gusto y el estilo de los de París⁴⁵.

Tres años más tarde, en 1853, un periodista en un artículo en el *Semanario Pintoresco*, alborozado, exclamaba:

Progresamos, adelantamos: ¿Quién lo duda? ¿Habrá quien se atreva a poner en parangón las antiguas botillerías con los modernos cafés? ¿Qué valen la aloja, el agraz ni la leche merengada al lado del barquillo relleno de fresa o de un quesito helado de Chantilly? ¿Qué comparación admiten las mesas de pino, los bancos cojos, las paredes ahumadas y los faroles de reverbero de la subterránea botillería de Canosa con las mesitas de mármol, los blancos taburetes, los espejos, elegantes empapelados y lámparas de gas del Suizo o del Esmeralda⁴⁶.

Todo era nuevo y deslumbrante. Un nuevo tipo de café había surgido.



Nadie lo ponía en duda. En 1876 lo reiteraba Ángel Fernández de los Ríos, que insistía en cómo de las

Menguadas salas de las botillerías con pavimento de ladrillo, zócalos de estera, mesas y bancos de pino, velones de cuatro mecheros, paredes y techos ahumados se ha pasado a los salones Luis XV, pintados de blanco con filetes, florones y molduras de oro, adornados con caprichosas grecas, paisajes, pájaros y flores vistosas; con techos que llenan todas las condiciones de la pintura decorativa, tratando asuntos apropiados al destino del local... cientos de luces de gas esparcen sus resplandores por aquellos salones, que otro tiempo serían maravilla de palacios de reyes y hoy pertenecen al uso del público...⁴⁷.

París era entonces el modelo de las artes y la moda. Los nuevos cafés españoles eran un remedo de los parisienses. Su recuerdo nos hace pensar en el rutilante café que describe Baudelaire en su poema en prosa *Los ojos de los pobres*⁴⁸. Ocupando una esquina en un gran boulevard abierto por Haussmann, con sus grandes ventanales, su sala de deslumbrantes espejos y el derroche de luz de sus innumerables globos de gas, atraía la atención de los transeúntes. Todo en él era lujoso: sus paredes, cegadoras de blancura, sus doradas cornisas y policromados frescos y pinturas que exaltaban a través de la mitología la gula y el placer de los sentidos. La burguesía acomodada encontraba en el café un marco adecuado para su gusto por la ostentación y riqueza, la nueva abundancia de bienes nacidos del trabajo y de la industria humana. De ahí que al igual que el teatro, en especial el de la Opera y en España el de la Zarzuela, los nuevos cafés se convirtieran a partir de la segunda mitad del siglo XIX, en los lugares preferentes de la sociedad burguesa. Cambio esencial en las costumbres. El café no es ya el lugar frecuentado por escritores o revolucionarios sino por las gentes bien pensantes. Hacia 1850 los cafés dejan de ser locales exclusivos de los hombres. En *Madrid en la mano*, Monlau advierte que «mucho hemos ganado, sin embargo, de veinticinco años a esta parte; ya se puede ir al café con su señora, sin que nadie se escandalice»⁴⁹. El café de las familias, el café con leche y media tostada, había nacido.

LOS CAFÉS SUIZOS

En la transformación de los cafés españoles de mediados del siglo XIX tuvo mucho que ver la acción emprendedora de los cafeteros extranjeros en especial los suizos, que con sagaz perspicacia se adelantaron a la



evolución del gusto y de la vida social española. La historia merece ser contada⁹⁰. En el año 1811 llegaron a Bilbao, con la intención de embarcarse para América, los suizos Lorenzo Matossi y Pietro Fanconi. Naturales de Poschiavo, en el cantón de los Grisones, eran dos jóvenes dispuestos a ganarse la vida como fuera. Mientras esperaban el día de la partida del velero que les llevaría al Nuevo Mundo observaron que por todas partes, en el paseo del Arenal, a los niños sus niñeras les daban para merendar pan y chocolate. Matossi, que había trabajado en Viena de pastelero, tuvo la idea de cocer pequeños bollos de leche, los suizos, que inmediatamente vendía en el jardín haciendo las delicias de los pequeños bilbainos. Ante el éxito, los dos amigos decidieron instalarse en Bilbao, abriendo una pastelería y el Café Suizo. Fue el primero de los Cafés Suizos de España. Matossi, Fanconi y Cia prosperaron. Poco a poco fueron llegando a España los parientes y amigos de Poschiavo. Bajo su protección y consejo fueron abriendo nuevos cafés en las distintas capitales de provincia. Cincuenta y tres cafés suizos llegó a haber en España. Aunque nunca formaron una cadena, tenían en común el ser establecimientos nacidos bajo el mismo signo. El primero en fecha fue el de Bilbao. El principal, el madrileño, en la esquina de la calle de Alcalá y de Arlabán, con entrada por la calle de Sevilla, en el lugar que hoy ocupa el Banco de Bilbao. El predilecto de la familia Mastossi fue el de Pamplona, en la plaza del Castillo. Abierto en 1845 en la antigua Casa del toril y reformado en 1912 perduró

hasta 1932, convirtiéndose en Banco de Bilbao. Fue célebre el Gran Café Suizo de Sevilla, magnífico establecimiento que daba a tres calles: Sierpes, Cuna y Limones. Abierto hacia 1860, fue ampliado en 1873 por el arquitecto José Gallegos y Millán. Por su amplitud sirvió, en 1896, de sala para la primera proyección de cinematógrafo de la ciudad. Acondicionando ese mismo año para ser utilizado para las variedades, acabó transformándose en 1906, en el Salón Imperial o Teatro de Revistas. Un Café Suizo que todavía se conserva, con su amplio local y viejo sabor de café clásico, es el de Granada, en la céntrica y concurrida Avenida de los Reyes Católicos.

El Café Suizo de Madrid fue famoso por sus tertulias políticas. Laureano Figuerola, Gabriel Rodríguez, Sanromán, Moret y Pedregal eran asiduos del café. Centro de aristócratas, militares, escritores, actores y toreros, fue muy frecuentado por Lagartijo y Santiago Ramón y Cajal, que presidió durante años una tertulia de médicos. El poetastro Ángel María Segovia, a propósito de este célebre café compuso en 1876 estos satíricos versos:

Mira a dos calles
Álcalá y Sevilla
cómo los políticos
de quien es guarida
mira con dos caras
cada cual distinta
ora al moderado
ora al progresista
Es el mentidero
de la vieja villa
donde se comentan
las cien mil noticias
que diariamente
lanza la política
que en ochenta bandos
se halla dividida

Es en el invierno,
no Suizo, Suiza,
que si hay poca gente
se hiela enseguida
si el que entra con capa
dentro se la quita



El mismo autor comparaba el Café Suizo «a su cofrade» el café Fornos, con el que le encontraba

gran parecido
en cuanto a grupos
de iguales tipos
que al sol expuestos
cuando hace frío
junto a sus puertas
se están tranquilos⁵¹

LA EDAD DE ORO DEL CAFÉ

Sin duda la Edad de Oro del café en España fue la de los años de la Restauración y de la Regencia de María Cristina durante el último tercio del siglo XIX y los primeros años del siglo XX. Entonces los lujosos, cómodos y fastuosos cafés de Madrid, Barcelona y demás provincias conocieron momentos estelares. Frecuentados por políticos, funcionarios,

aristócratas, toreros, cómicos, escritores, los cafés de los centros urbanos eran lugares de cenáculos y tertulias de todo género. Ejemplo de ese tipo de café fue el Fornos de Madrid, fundado por un doméstico del marqués de Salamanca. Instalado en la estratégica esquina en chaflán de las calles de Alcalá con Peligros, en el solar que fue de la iglesia de Nuestra Señora de la Piedad, de monjas bernardas las Vallecas después de su cierre fue reemplazado por la Cafetería Riesgo. Hoy es una zapatería. Café y restaurante, con elegantes gabinetes reservados y salas que como acordeones se ampliaban para los banquetes, era un local «solemne, patricio y serio», de cocina y tono europeizantes. Decorado con pinturas de Sala, Mérida, Rico, Gomar y Plasencia, tenía muebles de caoba y sus muros estaban recubiertos por grandes espejos que Emilio Carrere calificó de «largas y misteriosas galerías por donde se fueron alejando los hombres y mujeres más interesantes de una época»⁵². Allí tuvo su tertulia Vital Aza. Cerrado en 1908, resume, al igual que el Teatro Apolo, la vida finisecular del Madrid anterior al desastre de 1898.

El vate ya citado Ángel María Segovia señalaba el carácter mundano del café-restaurant Fornos, muy frecuentado por los políticos, chanceándose de su voracidad desmesurada:

los radicales
son muy amigos
del nuevo Fornos
caro, carísimo;
nació con ellos
y así ha vivido
según la baja
del mar político

Alli en un tiempo
los zorrillísticos
se reunían
con su apetito
dejando en Fornos
su sueldo integro

Junto con el café elegante, fastuoso y cómodo del centro urbano, pero a un nivel inferior, hay que situar los cafés de barrio. El café de San Millán o el café de San Isidro en la madrileña calle de Toledo pueden servir de prototipos de su género. El café de San Millán, descrito por Ramón Gómez de la Serna y por José Gutiérrez Solana, estaba siempre abarrotado de un público popular variopinto y pintoresco: contratistas de ganado,

trajinantes, arrieros, comerciantes ambulantes y mozos de mulas. Todo un mundo plebeyo y menestral de blusa y alpargata, de capas y pellizas, conversaciones fuertes y grandes palmadas. También un público de rompe y rasga, procedente del vecinó Teatro de Novedades. Gutiérrez Solana prestó gran atención a las pinturas que en cuadros acristalados decoraban las paredes con paisajes urbanos y a los lienzos que en el artesanado del techo de escayola mostraban escenas alusivas a los cafés. Su ingenuo realismo le complacía literariamente⁵³.

En todas las ciudades españolas de la época se abrieron grandes y vistosos cafés. Todavía hasta hace muy poco se conservaba íntegro el Café Español en la Plaza del Zocodover en Toledo. En la Bajada de San Francisco de Valencia, ciudad que a lo largo del siglo XIX tuvo numerosos e importantes cafés, se encontraba el moderno y suntuoso Café de España, que según Azorín «no lo había en París». Instalado en 1885 era un establecimiento magnífico con una gran sala de estilo árabe iluminada con luz cenital. Su decoración se debía al artista José Aixa, que supo combinar con los muebles del café los policromados zócalos de azulejos, el pavimento de mármol, las ligeras columnitas y los arcos polilobulados, con los amplios espejos, las blancas yeserías y los cortinajes de damasco rojo. Obras de Pinazo, Sala, Peiró, Cortina, Cotanda, Agrasot y otros artistas valencianos daban al café un valor de verdadero museo viviente de la ciudad⁵⁴. Como tantos otros cafés, su extensa superficie es hoy una entidad bancaria. Al otro lado del Atlántico, en lo que entonces era España, antes de la pérdida de Cuba en 1898, en La Habana se encontraba una serie de cafés de «primer orden» en el Paseo del Prado, que se había ordenado en los terrenos de los antiguos fosos y murallas⁵⁵.

EL CAFÉ FILARMÓNICO O CON MÚSICA

Un tipo de café de la época es el café-concierto filarmónico o café con música. En un pequeño estrado se instalaban un pianista, un violinista o una orquesta que deleitaban a la vez que instruían musicalmente a la clientela. Muchos escritores recuerdan con nostalgia los conciertos de Beethoven, Rossini, Bach, Haydn y Mozart interpretados por los malogrados Ricardo Corvino (violín) y Anguita (piano) en el Café Levante. A veces los humoristas tomaban a broma la figura del músico de café. Así Luis Taboada, en 1888, compone una escena en que un cliente pide ¡Música musical!, «golpeando con el platillo del azúcar sobre el mármol del



café», mientras el músico rompe a tocar dirigiendo miradas de enojo porque «como todos los pianistas de café» quiere aparentar ante los ojos de la concurrencia que es un artista contrariado que toca a despecho y se somete por necesidad a las «exigencias de un cafetero soez o interesado». Otras veces, por el contrario, la historia es triste como la de la pálida pianista del soneto del argentino Evaristo Carriego que todas las tardes agota «su repertorio plebeyo» ante el modesto auditorio de un destartalado café. Idealmente adorada por un viejo parroquiano que un día no vuelve a aparecer, a la pianista la muerte le arrebató su último admirador. También a propósito de la música en el café se cuentan miles de anécdotas. De Valle Inclán, se sabe que en sus sucesivas tertulias no cesaba de hablar. Cuando tocaban los músicos gritaba «¡Que se vaya la música! ¡Si no se oye!» Cuando en el Nuevo Levante tocaban a Wagner no sólo guardaba religioso silencio sino que increpaba a aquellos que hacían ruido, gritándoles «¡Cretinos!».

El café con música duró en España, en algunas ciudades, hasta los años treinta de nuestro siglo. El café con música, «inocente, de mala y conmovedora ejecución», lo mismo que el café finisecular, bohemio y de artistas, fue un tópico literario que desde Carrere hasta Samuel Ros, pasando por Alfonso Quesada o Fernando Villegas y Estrada se convirtió en fuente de una nostálgica literatura.

Época de lo «curso» y cierto romanticismo trasnochado, el rincón de un café será un lugar de remanso y ensoñación. Emilio Carrere, en su *Elegía de los Cafés Románticos*, canta en los años veinte la inminente e irremisible desaparición del café:

El bar con pianola
mató al café romántico
la barbara estridencia de los discos negroides
ahoga el acento lírico de los viejos pianos

o evoca su cansino ambiente aquellos otros versos suyos de *Café de Artistas*:

Viejos cafés solitarios
de artistas de donde suenan
los románticos sollozos
del final de «La Bohemia»
Café humilde y melancólico...

donde se siente la pena de la vida que pasa

El modernista Fernando Fortún en *Este viejo café*, de plácidas tertulias de rentistas y empleados, que antaño había tenido una historia olvidada y magnífica, rememora las figuras embozadas, con sombreros de copa y cascos de guerreros de los que habían combatido en las barricadas:

De este antiguo café, donde se escucha ahora
el sosegado hablar de estas gentes burguesas
y en el piano, el sueño de un triste vals que llora...

Con versos entrañables Andrés González Blanco, en *Poemas de Provincia* (1910), nos traslada en un recorrido sentimental al café del arrabal, al café de las afueras y al

Café de provincia donde había una orquesta
que acaso tocaba algún vals ideal;
café en que he pasado lentas tardes de fiesta
oyendo la lluvia azotar el cristal...
Café de una calle silenciosa y oscura
café de una lóbrega, clerical población

café de provincia donde había una orquesta
café estrecho y fúnebre igual que un ataúd
café en que he pasado largas tardes de fiesta
perdiendo indolente toda mi juventud

EL CAFÉ Y LA MUERTE

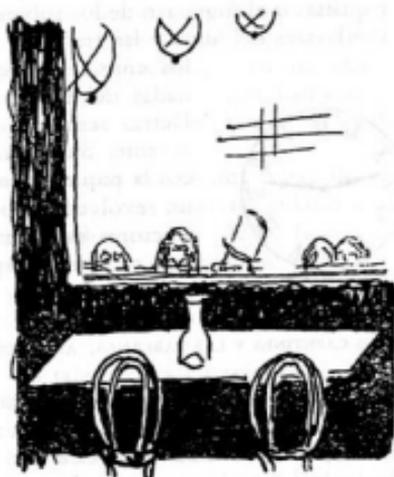
El alma finisecular fue en extremo sensible al café. Una cierta hiperestesia hace que se conjugue *El café donde se ama* (José Francés) con el café de la muerte. Nostalgia y sentimiento trágico de la vida. Visión del café como tumba y ataúd, como lugar en donde fantasmagóricamente se consume la vida en la lenta espera de la muerte inexorable. Melchor Fernández Almagro encontraba que «lo patético de los viejos cafés es que en el agua quieta de sus espejos se han sumergido muchas vidas, ilusiones, fracasos y sombras»⁵⁶.

Los escritores vieneses de la misma época tuvieron igual percepción del café. Para Werfel, en su novela *Barbara* el Café Altemberg de Viena es un lugar irreal y espectral. Caverna alta, le maravillan sus columnas. Un algo extrañamente eclesiástico define su espacio. La espesa nube blanca del humo de los cigarros que flota en el ambiente es como el incienso bajo las bóvedas de una catedral. Como una gruta excavada en la montaña, el café pertenece al reino de las sombras, al de Horus, el egipcio sol de la muerte. Paraje de vida estancada, en la que los parroquianos maliciosamente abandonados sobre los divanes dejan transcurrir sin prisa el tiempo, es también una prisión en la que los camareros son los guardianes o carceleros implacables. El escritor francés André Fraigneau, en su novela *L'irrésistible* (1935), encontraba que no existía nada más triste y frío que un café por la noche. Gruta oscura, pese a la electricidad incapaz de superar a la luz de gas, nada más borroso y fantasmagórico que su ámbito de aspecto vacío y decrepito. Su conclusión era tajante y desoladora: «todos los cafés del mundo son salas de estación en las que se espera la muerte». Ramón Gómez de la Serna, siempre con aquel humor negro tan español, también veía en el Café de Pombo una Sagrada Cripta, un lugar donde oficiar

religiosamente, también en espera de las postrimerías. De Pombo lo que más le gustaba eran sus salas con aspecto de fúnebre panteón y aire de edificio subterráneo. En su opinión: «El café ideal se podría establecer en las galerías profundas del Vaticano». En Pombo Ramón oficiaba de sumo pontífice de la vanguardia. Alfonso Reyes en 1918, al evocar al escritor en *El Café* nos dice que

allí se sienta rodeado de los suyos, en un rinconcito, junto a una mesa que tiene las delicadas formas de un ataúd. Desde allí ve desfilar el tiempo, ve pasar la Muerte disfrazada de camarera, ve pasar a Doña Pendo, a Goya, a la de los ojos coléricos y al de la barba despeinada⁵⁷.

La imagen de la vida entraña la de la muerte. Todo es un simulacro. En el café se hace visible la Parca con su guadaña. Todo evoca el mundo de ultratumba. Este sentimiento viene de lejos. Ya Galdós, que encontraba que el friso de bucráneos que decoraba la sala de *La Fontana de Oro* formaba «un conjunto anacreónico fúnebre», describía su mostrador como un catafalco detrás del cual «asomaba imperturbable la imagen del cafetero»⁵⁸. Emilio Carrere, que en los espejos de los cafés veía galerías por las que se habían ido tantas vidas, tenía una visión macabra de los viejos cafés. En ellos vagabundeaban:



Unas viejas absurdamente emperifolladas con arrequines anacrónicos. Lo único que les quedaba que hacer en la vida era ir al café; allí hay luz, un suave calor de invierno, matan el tiempo, cuando es el viejo Saturno el que lo devora día por día. En los cafés poco concurridos, las largas hileras de mesas de mármol parecen sepulcros bien pulimentados; cuando detrás de una mesa surge el rostro de una de estas viejas parece que el habitante del nicho se ha asomado por encima de la lápida⁵⁹.

Visión goyesca y negra. Nuestras vidas desembocan fatidicamente en la muerte. El parroquiano acude al café para mejor esperar la parca. Matar el

fastidio (Larra) es ir desangrándose gota a gota sin percibirlo. Todo en el café es fúnebre. Hasta el juego del dominó, «juego de huesos», según Francisco de Cossío, es una forma de matar el tiempo «a golpe de esqueletos». El peruano Felipe Sassone encontraba que en un café provinciano de España las fichas de una partida de chamo se alinean como tumbas que construyen «un cementerio minúsculo»⁶⁰.

Pasa la vida y pasan los cafés. Nada más perecedero que su versátil existencia. Su decoración es frágil. Su tipología arquitectónica no puede ser más lábil. En sus espejos, que multiplican el espacio engañosamente, se condensa el tiempo y la experiencia. Su azogue que recoge y devuelve todas las luces del día y de la noche, es como un depósito, un pozo en el que se almacena la memoria de lo pasajero, el poso de las horas monótonas y quietas o el fogaño de los sobresaltos, las pasiones desencadenadas, los vendavales del alma y las tragedias repentinas. En sus lunas, veladas por los años, el vapor de las bebidas calientes, las bocanadas del tabaco y el tufo humano, todo se esfuma. Detrás acecha el misterio. Su presencia evoca la gran ausente. Su tersa superficie sólo la pueden hacer añicos la piqueta demoledora, un botellazo o el disparo de un revólver. Pero lo que nunca podrán borrar sus destructores es su enigma e historia. Nada más maléfico que romper el espejo de un café.



LOS CAFETINES Y LAS TABERNAS, ANTAGONISTAS DEL CAFÉ BURGÜÉS

Los cafetines eran pequeños establecimientos o puestos en los que se despachaba, desde las horas tempranas del amanecer hasta las horas de la noche, café de «recuelo», café con leche, chocolate, churros, porras y buñuelos. En algunos se podía tomar bocadillos y en todos aguardiente para «matar el gusanillo». Vecinos de las tabernas, los cafetines estaban situados siempre en las calles de los barrios populares o del extrarradio. Siempre animados, sus locales eran pequeños, tenían escasas sillas, estaban recubiertos de azulejos blancos y provistos de un gran cafetera de grifo y un gran sartén de aceite hirviendo. Frecuentados por jornaleros y trabajadores de todo tipo, eran receptáculos de intenso color y vida. Subespecie de los cafetines eran los cafetuchos y las churrerías de los barrios bajos, en los que se reunían, al lado de traperos y buhoneros, gentes viciosas y de mal vivir, vagabundos, desheredados de la vida, malhechores, chalanés, gitanos matuteros, jugadores, chulos y demás rufianes, además de mucha-

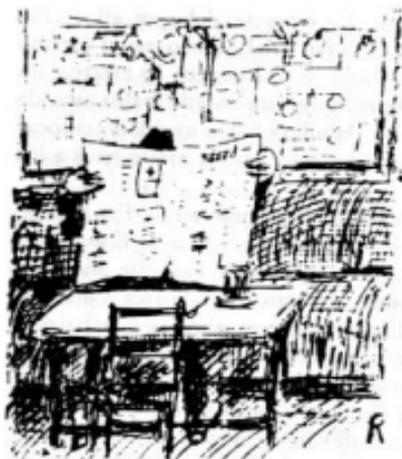
chitas de oficio. El barojiano mundo de *La busca* se daba en ellos cita. Célebre en el Madrid decimonónico fue el Cafetín del Manco, en el cerrillo del Rastro, junto al lugar en donde ahora se encuentra la estatua de Eloy Gonzalo, el héroe de Cascorro. Cercano a este cafetín había una de aquellas estufas de aire libre que el alcalde Aguilera había mandado colocar en determinados puntos de la ciudad para dar calor en los meses fríos a los miserables sin hogar.

Las tabernas en España tuvieron desde antiguo gran auge. En Madrid fueron reglamentadas desde 1585 por el *Pregón General para la Gobernación de esta Corte*, contándose gran número de ellas, al que hay que añadir el de los figones y bodegones. Y a principios del siglo XVIII Torres Villarroel denunciaba la asidua frecuentación de las tabernas por obreros y trabajadores que no sólo se emborrachaban sino que también jugaban en ellas su dinero. Don Ramón de la Cruz nos retrata su pintoresca clientela. De la época romántica tenemos noticias de muchas tabernas, entre las cuales destacó el Bodegón de Traganiños, punto de cita de maleantes, llamado así por su dueño, apodado «Cara de Traganiños», leal soplón al servicio de Luis Candelas, el bandido de Madrid.

Las tabernas de la capital de España, que en la segunda mitad del siglo XIX adquirieron una tipología muy definida, con sus muros cubiertos de azulejos o chapados de madera y su mostrador también de madera recubierta en parte de zinc, fueron muy numerosas. Como ejemplo citemos la famosa Taberna del torero y pintor de Antonio Sánchez, en la calle de Mesón de Paredes, sobre la que Antonio Díaz Cañabate ha escrito su conocido libro *Historia de una taberna*.

Si a nosotros nos interesan aquí las tabernas es en relación con los cafés. En la España de la Restauración los cafés, que antes habían sido centros de reunión de revolucionarios, literatos y artistas y bohemios, ahora se convierten en pacíficos lugares de esparcimiento de la burguesía media. No hay más que leer la abundante literatura costumbrista para darse cuenta de ello. El café del centro o de barrio se llenaba durante toda la tarde de rentistas, burócratas, empleados, cesantes, opositores, estudiantes, viejas señoras, parejas de novios o provincianos de viaje. Nadie dejaba de ir al café, en donde se podía charlar con los conocidos y ver a las amistades, jugar al chanelo, oír música y sobre todo estar caliente, con mejor temperatura que en las casas madrileñas mal acondicionadas y sin otra calefacción por regla general que un mal brasero. Cafés de todo tipo, lujosos para los privilegiados, y de barrio para las familias medias, al alcance de cada fortuna.

Frente a la burguesía de los cafés hay que oponer los obreros que fre-



El bello ideal será una casa cuya planta baja se destinase a los industriales, el piso principal al aristócrata, el segundo al hombre de carrera o negocios, el tercero al empleado modesto y los interiores y sotabancos al operario. En contacto forzoso todos se conocerían y estimarían: el obrero vicioso tendría un freno en el *qué dirán* de sus vecinos; si venía beodo temería encontrarse en la escalera a la señora del segundo que atendió a su mujer en el último parto con sus regalitos, o al médico que le asistió gratuitamente, o a la del tercero, que la da ropita usada de los niños; si tenían la mala costumbre de maltratar a su mujer o proferir blasfemias o palabras indecorosas, el temor que le oigan los vecinos por las ventanas del patio lo retraerá de hacerlo y perderá semejante hábito; si se encuentra sin trabajo, se atrevera, por medio del portero, a pedir una recomedación al señor del principal, etc.

cuentaban las tabernas. Abiertas veintin horas diarias, despachaban bebidas alcohólicas baratas que destruían la salud de los jornaleros madrileños. La burguesía, preocupada por el perjuicio que el abuso etílico en la masa de operarios suponía para la fuerza de trabajo, no sólo denigró las tabernas sino que tomó cartas en el asunto a través de la Comisión de Reformas Sociales, creada en 1883. Pero ante el avance de Asociaciones y Sociedades Obreras desconfió también de los obreros abstemios dedicados a la política. Las clases dirigentes trataron por todos los medios de paliar el mal del alcoholismo que muchas veces acarrea desgracias tan tremendas como la

y si es honrado y

Le socorren en sus apuros, verá que los ricos no son enemigos de los pobres, les amará y les auxiliará a su vez cuando de él necesiten⁶².

El café como antagonista de la taberna. Ya en el siglo XVIII Jovellanos encontraba que había que combatir el aburrimiento del español, educándolo por medio de la creación de «círculos de conversación» (casinos) y cafés. El burgués de fines de siglo podía ir con tranquilidad y satisfacción al café, lugar de sociabilidad, en donde las gentes eran correctas y amables. Al contrario de la taberna podía entrarse con los demás sin sentir vergüenza⁶³. En el café todo era corrección y buen trato.

EL CAFÉ CANTANTE

José María de Pereda en 1896 contando cosas de Sevilla le escribe a un amigo: «...se nos dará por remate de una comida en una casa particular, *cante* del mismo que canta el *Burrero*, famoso, al cual no pueden asistir personas decentes». Su carta nos informa acerca de una actitud muy propia de la época. Los cafés cantantes no eran lugares para gentes bien. Las personas serias, aunque apreciasen el flamenco no iban a los cafés, en los que se daban espectáculos del mismo. Sólo el Padre Coloma, antes de ser jesuita, cuando era un joven calavera sevillano lo hacía. Los establecimientos dedicados a la exhibición del baile y cante flamenco, eran frecuentados sólo por toreros, gentes del bronce, mujeres de tronío y de calaña más o menos sospechosa.

Los cafés cantantes fueron una creación de la segunda mitad del siglo XIX. Su aparición en Sevilla, Jerez de la Frontera, Cádiz y Málaga se debe, en parte, a la afición que el flamenco despertaba entre los viajeros extranjeros. También al arraigo popular de un arte que de antiguo se producía en fiestas íntimas de gitanos, en juergas en una venta o en un colmado. El café cantante, establecimiento urbano, abierto al público, adquirió un auge extraordinario en los días de la Restauración. De Andalucía pasó a Madrid y Barcelona, convirtiéndose el flamenco en un espectáculo con raigambre nacional.

Instalados en antiguas casas andaluzas con patio de columnas, los cafés cantantes consistían en locales sencillamente decorados, con paredes en las que junto a algunos espejos se colgaban carteles de toros y apliques de luz, al principio de velones. Con mesas de madera y sillas de enea para los



parroquianos, lo importante era, al fondo del patio, el tablado o estrado para la actuación de los cantaores y el cuerpo de baile. En las galerías altas del patio se instalaban también sillas y mesas. Desde allí, a manera de palco, se asistía al espectáculo, columbrando a la vez desde lo alto la sala.

Antecedentes de los cafés cantantes fueron los salones de baile, que como *El salón del Recreo* en Sevilla, descrito por Charles Davillier y grabado por Doré, pertenecían a las Academias de Baile dedicadas a la enseñanza de la danza española. La sevillana Sala de Recreo, en el segundo piso de una casa, era una sala rectangular con sofás y sillas alrededor, en las que se sentaban los espectadores, en especial turistas extranjeros.

En Sevilla el primer café que puede considerarse cantante fue el Café de los Lombardos. Inaugurado en 1847, era un salón «lóbrego como cuadra de hospital», unido al desaparecido Teatro de San Fernando en pleno corazón de la ciudad. José Blas Vega, que ha estudiado los cafés cantantes de la ciudad del Betis, señala el de Cagajones, del Arenal, de las Triperías, de Variedades, de la Alegría...⁶⁴. De estos primitivos estableci-



mientos se pasó a los verdaderos cafés cantantes a partir de 1870 en que el cantaor Silverio Franconetti se hizo cargo del Salón Recreo o Café Botella. Silverio, que no era gitano, sacó el cante flamenco del prostíbulo y de la taberna, confiriéndole dignidad y categoría artística. Artífice del respeto que a partir de entonces inspiraría el flamenco, se le debe también el haber sabido ordenarlo como espectáculo conjunto y coherente. En 1881, en una casa grande «de enorme patio con columnas de mármol y amplias arcadas» a la calle del Rosario número 4 abrió su nuevo café cantante, el Salón o Café de Silverio. Verdadero templo del flamenco, allí actuaron los mejores artistas del cante, baile y toque. Mención especial merece Antonio Chacón. Descrito su ambiente por Armando Palacio Valdés y Carlos Reyles, el café cerró en 1889, a la muerte de Silverio. Pero el café cantante había consolidado su estructura y función. Su sucesor fue el Salón cantante de Manuel Ojeda o Café del Burrero. Su propietario, Ojeda, apodado el Burrero por haber tenido antes un negocio de burras de leche, había sido antiguo colaborador de Silverio. Su café cantante, que cerró sus puertas en 1897, estaba también instalado en una vieja casa de patio. Considerada «Universidad o Escuela de Alejandría» (Eduardo Zamacois) y Cátedra del flamenco (Salvador Rueda), fue un verdadero templo artístico. En su escenario actuó con delirante éxito Concha la Carbonera, reina indiscutible

durante años de este tablado. Muchos pintores nacionales y extranjeros se inspiraron en los espectáculos del Burrero. A un encargo de Pierre Louys, el autor de la novela sevillana *La mujer y el pelele*, se debe el poseer una fotografía del cuadro artístico de este célebre café. Dicha foto sirvió de modelo para el cuadro de José Gutiérrez Solana titulado *Café Cantante*.

Con el cambio de siglo entró en decadencia el café cantante que antes había conocido una edad de oro. Sin embargo, todavía tendrá un gran auge hasta los años veinte. La herencia de Silverio y el Burrero la recogerá el *Café Concierto Novedades*, abierto en 1897 en una casa de notable traza de la plaza de la Campaña, casi esquina a Sierpes. Con su tradicional patio de columnas de mármol, el local del Novedades fue la culminación del café cantante en su versión clásica. Cuando el 19 de marzo de 1923, por necesidades de modernización urbanística, se derribó el edificio, el pueblo de Sevilla acudió en masa a despedirse de un café que se había convertido en «conservatorio» del canto y coreografía del flamenco. En su tablado la jerezana Juana Vargas «la Macarrona», triunfó noche tras noche. El Novedades descrito por Carlos Reyles en *El Embrujo de Sevilla*, en donde le llama Café «El Tronio» y por José Mas en sus novelas sevillanas *Hampa y miseria* y *La Orgía* (1913), fue también objeto de atención de pintores, dibujantes y grabadores, como el argentino Rodolfo Franco y el catalán Ricardo Canals. En 1914 Sorolla, durante una estancia en Sevilla, pintó sus dos cuadros, *Baile en el Café de Novedades de Sevilla* y *Balconada de Artistas del Café Novedades*, en los que centre su atención en la llamarada de color, la espléndida belleza y la fuerte expresividad de los cuerpos y los rostros femeninos de las flamencas.

El último café cantante de Sevilla fue *El Kursal*. Situado entre la calle O'Donnell y la de San Acasio, en el que había sido Café Central, su local fue «una versión moderna del tradicional café cantante». Construido con una estructura de hierro, era una espaciosa sala de amplio y diáfano espacio cuadrado, de patio con montera acristalada, sostenida por las solas columnas de sus ángulos. Con palcos de primorosas barandillas, tenía un tablado con embocadura de dorada y barroca suntuosidad. Un «foyer», un salón restaurante, varios departamentos y cuartitos para reuniones y juego completaban el café. Fue frecuentado por políticos, militares, y «hasta obispos». Transformado en 1928, tras la muerte de su propietario, el Kursal, al que llamó Kursal Internacional, se transformó en un cabaret moderno con pista de baile. Dedicado a ser *dancing*, las variedades y el flamenco pasaron a segundo plano. Cerrado en 1935 el Kursal se convirtió en el actual cine Palacio Central. Una época del flamenco se acababa sin pena ni gloria. La guerra civil estaba ya en puertas.

De Madrid recordemos sólo el moderno colmado Villa Rosa, mitad bar mitad «capilla sixtina del cante flamenco» en los años veinte de nuestro siglo. Situado en la plaza de Santa Ana esquina a la calle del Gato, es sobre todo célebre por los azulejos de pintura cerámica que decoran su exterior. Obra de Alfonso Romero, en 1928, dan luz y color a esta esquina del Madrid de las tascas y los bares. En marcos de platerescas pilastras y festones con balaustradas de jarrones de flores entre amorcillos se ven vistas y panoramas de Sevilla, Cádiz, Málaga, Córdoba, Granada y Madrid. Jardines y monumentos representativos de Andalucía, realizados en un arte puesto de moda a partir de la Exposición Iberoamericana de Sevilla. Muchos bares y cafés de la época, piénsese en el Iruña de Bilbao, destinado sobre todo a la degustación de vinos de Jerez de la Casa Pemartín, fueron decorados con un marcado andalucismo.

LOS CAFÉS NUEVOS

A partir de los años setenta del siglo pasado cambió lo esencial de la arquitectura del café. El uso, cada vez más frecuente, del hierro en la construcción hizo posible que las salas fueran más amplias y diáfanas. Todos los cafés de la Restauración y época de la Regencia de María Cristina tienen esbeltas y delgadas columnas de hierro fundido y altos techos con artesonados de escayola. Los grandes espejos y la abundante luz de gas, sustituida a fines del siglo por los arcos voltáicos del alumbrado eléctrico, todavía dilataban más el espacio virtual de la sala. Se acabaron los viejos cafés de gruesos pilares y bajas bóvedas, de laberíntica planta y angostos compartimentos escasamente iluminados. Al igual que los grandes almacenes, los bancos y las oficinas de las compañías comerciales y entidades públicas, los cafés tienen un ámbito interior unitario, capaz de ser abarcado en un solo golpe de vista al traspasar el umbral. Por otra parte sus ventanales, con enormes lunas de cristal, permiten que desde el exterior se vea la sala y viceversa, que los parroquianos, cómodamente sentados pueden contemplar sin impedimentos el tráfico urbano de la calle. Es la clásica y translúcida «pecera».

Irónicamente, el periodista González de Tejada opinaba que nadie se atrevería:

A sostener que la decoración arquitectónica de una plaza es más artística rodeándola de cafés que cercándola de iglesias; nada de columnas, nada de granito, nada de esculturas, nada de torres que se pierdan entre las



nubes: al café le bastan tener buenos cristales o persianas de cortina, según la estación, y cuando quiera proteger las artes viste la piedra en portada de madera y luego pinta esta de color de piedra, más fina y propia que la que hay debajo⁶⁶.

Aparte de constatar que pensaba que el café era un refugio de holgazanes, es interesante recalcar su idea de la nueva fachada de los cafés. Los cafés no eran los únicos establecimientos públicos que empleaban estos grandes ventanales, hay que recordar que fue en esta época cuando los comercios hicieron uso de los escaparates para mostrar sus mercancías y a la vez atraer a posibles clientes. La ciudad burguesa, con anchas avenidas, bulevares y paseos despejados, se transformó y modernizó renovando su arquitectura por igual en el antiguo centro que en los nuevos barrios del ensanche.

Los cafés fijaron entonces su imagen clásica. Además de los espejos y los apliques para la iluminación, tenían a lo largo de todos sus muros, los divanes de peluche, por regla general rojo. Además de los veladores rectangulares o redondos, de hierro y mármol, hay que señalar las sillas, a partir de un momento, del vienés Thonet. Las bolas para las servilletas,



sujetas a las columnas, el mostrador rutilante, con su frente de botellas, la máquina registradora de la caja, el armarito del cerillero y la caja del limpiabotas completarán la imagen del café clásico. De su conjunto no se sabe si son más importantes los cansados espejos, empañados, velados y polvorientos, especie de oscuros estanques de aguas quietas o el bosque de sus columnas, que con sus verticales y sus capiteles se impone en medio del ambiente cargado del humo de los cigarrillos, destacándose rotundamente entre los difuminados contornos de los clientes. Su presencia es esencial. Son como afirmaciones que rompen el adormecedor murmullo de los parroquianos, que rompen el silencio de la sala vacía. La aguda sensibilidad de Santiago Rusiñol, en la juventud pintor de los cafés parisinos, lo percibió al preguntarse en el Café de la Paz de Palma de Mallorca «¿Qué atractivo tiene este café para que uno pueda venir a sentarse tanto tiempo en él?» Ni él mismo que viene a sentarse lo sabe.

Puede decirse que este local está constituido por dos columnas; dos columnas casi jónicas, gruesas, cortas y estucadas. Todo lo demás, mesas, mostrador, clientes y contertulios es completamente secundario. Lo esencial son las dos columnas que proyectan una inexplicable sombra⁶⁷.

Valle-Inclán, al igual que Moratín en su época, en la acotación de *Luces de Bobemia*, resume el café clásico, aunque por razones de carácter escenográfico, elude obviamente las columnas:

Un café que prolongaron empañados espejos. Mesas de mármol. Divanes rojos. El mostrador en el fondo, y detrás un vejete rubiales, destacado el busto sobre la diversa botillería. El café tiene piano y violín. Las sombras y la música flotan en el vaho del humo, y en el lívido temblor de los arcos voltaicos. Los espejos multiplicadores están llenos de un interés folletinesco. En su fondo con una geometría absurda, extravaga el café...

Pero muy pronto Valle-Inclán que vivió parte de su existencia en el café, conocería un nuevo tipo de establecimiento que vendría a modificar, con el siglo xx, una tipología que a finales del siglo xix parecía definitivamente cristalizada.

LA ICONOGRAFÍA DEL CAFÉ DECIMONÓNICO

Los impresionistas franceses, que al igual que los poetas simbolistas y los escritores naturalistas, se reunían en los cafés y cabarets del París imperial de Napoleón III, pintaron escenas de la vida en el café. Manet, Degas, Forain, Van Gogh y Toulouse-Lautrec han dejado obras maestras en las que retratan el ambiente y los personajes de los cafés de su tiempo. No sucedió lo mismo con los pintores españoles de la segunda mitad del siglo xix. Preocupados por la pintura de historia o las escenas de costumbres de carácter retrospectivo, sobre todo el siglo xviii, no prestaron atención a su entorno, al mundo en el que transcurrían y se desarrollaban sus existencias. El fenómeno se debe a que ni a ellos ni a su clientela el tema les parecía lo suficientemente sublime y artístico. Rosales y Fortuny nunca consideraron el café como un tema posible. Cuando lo hizo Palma-rolí, fue para imaginar convencionalmente un café de la época rococó. Sólo los ilustradores de novelas y los dibujantes de revistas nos dejaron algunas imágenes de los cafés. Ya en el siglo xx, Sorolla y, como señalamos, Gutiérrez Solana se enfrentaron con el tema del castizo café cantante español. A Solana se le debe además el cuadro de *La tertulia de Pombo*, la pintura que mejor testimonia la importancia cultural del café en la historia contemporánea de España.



LOS CAFÉS DEL MODERNISMO

Con el modernismo, a fines del siglo XIX y principios del siglo XX, cambió el tipo de café. Al igual que sucedió en el siglo XVIII con su aparición, fue el resultado de una moda foránea. Sus modelos procedían directamente de París y Viena. Cafés de carácter literario y esteticista eran frecuentados sobre todo por artistas y escritores. Producto de un arte efímero, sin su existencia no se puede comprender la ulterior evolución de los cafés en los años anteriores a la última Guerra Civil. Su geografía es también significativa. Barcelona fue la ciudad innovadora en la que triunfó de manera indiscutible el modernismo. Madrid le siguió a la zaga, aunque sin que calara en lo popular. El modernismo en Madrid no fue más que una moda minoritaria. En algunas provincias, como Sevilla, el Art Nouveau mezclado con el historicismo ecléctico conoció un momento esplendoroso, que cristalizó en algún que otro edificio particular, almacén comercial de lujo, casino o café. Arte pasajero, nació bajo el símbolo de la innovación estética, de una nueva forma de vivir acorde con una sociedad más flexible y rica, con una moral y economía acordes con una sociedad industrial avanzada capaz de generar grupos inconformistas, refinados y decadentes.



Dos fueron los tipos fundamentales del café modernista. Uno era el café de fachada acristalada, con ventanales apaisados de grandes dimensiones y un interior decorado con las nuevas formas ornamentales. Similar al café clásico, por regla general estaba en chaflán y sólo se diferenciaba por el estilo modernista de su conjunto. El otro tipo era más creativo y original. En realidad suponía un retorno a las fuentes, al tipo primigenio del final del siglo XVIII o principios del siglo XIX. De planta compartimentada con salas distintas y bajas de techo, muchas veces abovedadas, tenía un carácter más íntimo y diferenciado en cada una de sus partes o estancias. Decorativamente era también más singular, entremezclando lo antiguo con lo moderno, lo arcaico con lo nuevo, lo más simple con lo más sofisticado. Con aire secreto de guarida o cripta de iniciados, era un tipo de café para artistas y esteticistas, mientras que el primer tipo era más urbano y multitudinario.

En ambos tipos del café modernista existen, sin embargo, denominadores comunes, fruto del cambio estilístico en las artes. Su paridad procede más del uso de un repertorio ornamental que de las estructuras mismas o del uso a que se destina. En ambos tipos encontramos el mismo género de muebles de formas sinuosas, de muros recubiertos con pinturas al fresco con composiciones alegóricas o irónicas, mezcladas con ornamentaciones florales y acuáticas, con paneles de madera tallada, combinados con policromas piezas cerámicas vidriadas, coloreadas vidrieras y lámparas emplomadas, opalinos cristales biselados, bronce y otros heteróclitos objetos. En los cafés de carácter más literario y artístico domina una escogida selección de motivos propios de un cenáculo culto y de depurado sentido artístico, volviéndose a apreciar las calidades de los materiales en sí mismos y tratados de forma artesanal. Muebles con cierto carácter rústico muy estudiado y pinturas y objetos de indudable valor artístico. También cambia la iluminación de los cafés del centro urbano el uso de los arcos voltaicos, con un derroche de radiante y cegadora luz, y en los cafés de carácter artístico la más velada y tamizada por las irisaciones de las traslúcidas pantallas de lamparillas y apliques.

En Barcelona el Café-cervecería Els Quatre Gats marcó, con su inauguración en 1897, una fecha importante no sólo por el cambio del tipo de café sino también por su participación activa en la transformación del arte contemporáneo. Este cenáculo, situado en la planta baja de una casa neogótica del arquitecto Puig i Cadafalch, enclavada en la parte vieja de la ciudad, no lejos del Ensanche, fue punto de reunión de los artistas catalanes finiseculares⁶⁸. Santiago Rusiñol, Ramón Casas y Picasso no sólo fueron asiduos parroquianos sino que contribuyeron, con pinturas, carteles o el diseño de

la hoja de la minuta del establecimiento, a ligar Els Quatre Gats con la vanguardia. Café, cervecería, teatro, sala de audición y de exposiciones a la vez, con el irónico y doble sentido de su nombre, Hostal dels IV Gats, fue inaugurado en 1897. Fundado, por Pere Romeu, es la versión barcelonesa del parisino café-cabaret Le Chat Noir que, en 1881, había fundado Rodolphe Salis y que desde 1885 funcionaba en una pintoresca calle de Montmartre⁶⁹. Rincón propicio para escritores, artistas y estetas, en él había, como luego en Els Quatre Gats, sesiones de marionetas y teatro de sombras chinescas, se representaban pequeñas piezas dramáticas, se daban recitales de poesía y canciones, se celebraban exposiciones y se editaba una revista. En el local barcelonés las intervenciones de Miguel Utrillo o Fregoli y las veladas que acababan con festivos bailes sirvieron a la «agitación estética llevada a cabo por Els Quatre Gats». Abierto en la estrecha calle de Montesión, tenía un interior formado por estancias recubiertas con un zócalo de mosaico valenciano, lámparas de hierro forjado, pesadas mesas de madera maciza, escaños, sillones fraileros y sillas de enea. En la Sala Grande más larga que ancha, se colocó un famoso panel horizontal de un tándem tripulado por el autor y Pere Romeu, que luego en el año 1900 fue sustituido por otro con los mismos personajes conduciendo un automóvil. La decoración del conjunto, aunque estaba abarrotado de cuadros, dibujos, cerámicas y bibelots, tenía un aspecto severo, de corte germánico. No hay que olvidar el wagnerismo del momento. Picasso que también pintó un cuadro con una pareja, titulado *Interior de los 4 gats*, nos ha dejado en la minuta que hizo para la consumición la imagen de la terraza del establecimiento. Sentados ante uno de los cinco arcos apuntados de la fachada neogótica, unos caballeros y unas damas se solazan plácidamente, «chisteras, corbatas, botines, una flor en el ojal y las jarras de cerveza en las mesas». Ante ellos Palau Fabre se pregunta «¿a qué época pertenecen estos personajes?». Su respuesta es acertada: «en su tipismo hay adherido algo que se diría intemporal»⁷⁰. Picasso, que siempre capta lo esencial, da, una vez más, en el blanco, al enlazar el café a la leyenda. El modernismo no fue más que una moda efímera, secuela tardía del romanticismo y el café el poso permanente creado por el espíritu del hombre contemporáneo, cuya actitud más radical fue el romanticismo.

De Els Quatre Gats, un año después de abrirse, escribe Rubén Darío en sus crónicas periodísticas sobre la *España Contemporánea*. El poeta nicaragüense menciona también el Café Colón, «lujoso y extenso establecimiento con su sala inmensa... cuajada de mesitas en donde se sirven diluvios de café». Rubén, que admira el ímpetu industrial y moderno de



Barcelona constata cómo «la vida de café» en España, «aun estando en Cataluña... es notoria y llamativa». Punto de reunión diario y constante, le llama la atención «la atmósfera de humo creada por los parroquianos», «que fuman como usinas», el hervor incesante de un local que le lleva a la reflexión acerca de «¿quién sabe la influencia que los alcoloides del café y del tabaco han tenido en estas razas nerviosas que, por otra parte, calientan luminosas y enérgicas llamas y brasas del sol y vino»⁷¹.

De los distintos cafés modernistas de Barcelona, destaquemos el desaparecido Café Torino. Inaugurado en 1902 en el número 18 del Paseo de Gracia, esquina a la calle de las Cortes, su propietario, el italiano Flaminio Mezzalama lo dedicó especialmente a la degustación de vermouth. Obra dirigida por Ricardo Capmany, el Torino era un dechado del arte decorativo de la época. En su realización colaboraron los mejores creadores del modernismo catalán⁷². Situado en un chaflán, tenía su entrada por una gran puerta de arco túmido, en elipse apaisada o cola de pavo real. Su marco era de madera con curvas y contracurvas y enjutas de mosaico en las que se leía, dentro de carteles gotizantes, «cervezas» y «café».

Dividido el arco por un gran parteluz, tenía dos puertas de cristales emplomados formando pequeños hexágonos alargados y sendos escaparates con estanterías de hierro forjado, que recordaban las rejías de la catedral. El pilar del parteluz, obra de los escultores Massana y Buzzi, representaba en bulto un sarmiento de jugosos pámpanos y racimos, bajo cuya espesura se erguía una bella figura femenina, ofreciendo una copa escanciada por un travieso chiquillo medio escondido entre las ramas. El interior, con muebles Thonet, frisos altos con pinturas, envigado visible de madera, caprichosas puertas, tapices, mosaicos venecianos, revestimientos cerámicos y cueros repujados, mereció el premio de establecimientos acabados en el año 1902. Lo mismo que el también desaparecido Bar la Luna, premio en 1909, obra de Salvador Alarma con Miguel Moragas, merece ser recordado. Las fotografías que de ellos quedan son lo suficiente para que imaginemos un deslumbrante esplendor que hoy podemos evocar gracias a la transformación en café de alguna tienda de la época como es el caso del actual Café de muy cerca del Ayuntamiento.

Madrid, donde las tertulias de escritores modernistas fueron muy activas, no se puede equiparar a Barcelona en materia de cafés Art Nouveau. El Nuevo Café de Levante, en la calle del Arenal, tenía, según Ramón Gómez de la Serna «un aire bohemio y japonés», con una decoración que recordaba vagamente los «cuadros de los biombos que llegaban de Filipinas»⁷³. También de aire japonés, además de uno de los reservados de Lhardy, hay que mencionar el comedor que tenía en el piso de arriba el Café Inglés. Reducto de los modernistas fue el Café Maison Doré en la calle de Alcalá, con una portada en la que había las figuras de dos hadas, el hada del Café y el hada del Té y una sala de columnas «retorcidas» que a manera de árboles sostenían la techumbre⁷⁴. Ahora bien, el café modernista de Madrid por excelencia fue El Gato Negro, en la calle del Príncipe, de puerta contigua al Teatro de la Comedia. Predilecto de Jacinto Benavente y de Andrés González Blanco, fue frecuentado hacia los años 10 por Valle-Inclán. Según Ramón Gómez de la Serna era un café «con espíritu cursi, señoritingo, pegadizo» y «banal desde el principio con sus gatos de bazas. Era un remedo incongruente del célebre Gato Negro parisino»⁷⁵. Melchor Fernández Almagro, que pasados los años no sabía detallar su decoración modernista, sólo recordaba que era del tipo de «los primeros cines de entonces y las ilustraciones de libros y publicaciones periódicas»⁷⁶. Luis Moya dice que el Gato Negro fue obra del arquitecto Ricardo Magdalena, y que no existió en Madrid otro café «más perfecto y completo del estilo fin de siglo»⁷⁷. La mejor descripción es la que da Ramón Carande, en su *Galería de Raros*, a propósito de José María Soltura:

El decorado de los muros del Gato Negro ratificaba el nombre del local con escenas de familia gatuna, no muy bien logradas. El techo bajo, la iluminación escasa y la atmósfera ensombrecida y envolvente, de los fumadores, compartían lo peculiar de innumerables salas de cafés de aquellos días. En lo nuestro, la puerta de entrada desde la calle, era poco espaciosa, y en la misma fachada pasaba la luz por un ventanal apaisado y hermético, y en la pared del fondo, frente a frente, un postizo, cerrado durante el día, daba paso desde el café al teatro, durante las representaciones, entonces casi nocturnas...

También describe los camareros:

No más de cuatro, desterrado ya el mandil blanco de lino, ceñido a la cintura, vestían chaquetilla oscura sin solapa, con botones metálicos y cola puntiaguda en el centro de la espalda⁷⁸.

Entre los cafés modernistas de provincias señalemos el desaparecido Pasaje de Oriente en Sevilla. Inaugurado en 1913 en la calle Alameda número 22, formaba parte de un edificio derribado en 1972, obra del arquitecto Francisco Hernández Rubio y del maestro Antonio Hidalgo. Su propietario, el francés Paul Bousquet, al trasladar el café de su anterior local en la calle Sierpes, se propuso realizar una obra única en el género. Según sus palabras, quería «echar el resto». Con gran amplitud de espacio y una instalación lujosa, el Pasaje de Oriente se componía de dos pisos con café, pastelería, comedores y salas de reunión amuebladas al último grito de París y Viena. El salón principal llamaba la atención por sus dimensiones 16,30 metros de largo por 14 de ancho. Sin columnas que impidiesen la vista de la totalidad, tenía capacidad para doscientas cincuenta personas y estaba insonorizado. El patio del café era de estilo neoárabe y había sido realizado por los constructores granadinos Blanco y Santiesteban, que en la entonces reciente Exposición de Bruselas habían ganado una medalla de honor concedida a su Pabellón Español. Las escaleras de mármol que



llevaban al primer piso eran suntuosas. El edificio, con su gran fachada, era notorio. De estilo modernista, tenía detalles decorativos neoárabes. Como señala Villar Movellán, el Pasaje de Oriente conjugaba en una perfecta simbiosis los dos polos irreconciliables de la arquitectura sevillana de la época: el historicismo y el modernismo⁷⁹. Otro café novedoso fue el de París que con su lírico floralismo decorativo animaba la planta baja de un bello edificio de la Campana, obra de Anibal González. Aparte de otros cafés modernistas de Sevilla, como el del Matadero, en la Puerta de la Carne, mencionemos la versión, más modesta, del Bar el Rinconcillo, que con su tienda aneja y su patio, todavía da testimonio de una época en la que la Ciudad de la Gracia supo remozarse guardando sus más puras esencias.

EL CAFÉ DE LAS VANGUARDIAS

Corría la década de los años diez de nuestro siglo. Con la guerra europea llegaron a Madrid pintores y artistas extranjeros, como el matrimonio Delaunay. Después vendrían poetas, como Vicente Huidobro. Un cierto cosmopolitismo recorrió entonces la vida española. En los cafés los jóvenes poetas llevaban a cabo una tentativa de hacer una poesía distinta, ultraista, que fuera más allá del romanticismo. La batalla, capitaneada por Rafael Cansinos Assens, tendría su cuartel general en cafés que, como el *Colonial*, en la Puerta del Sol, no se cerraban nunca, «no tenía más pausa que el tiempo dedicado a la limpieza por la mañana, muy temprano». En la novela en clave *El movimiento V.P.* (1921) y en sus memorias *La novela de un literato (1882-1914)*, Cansinos Assens habla largamente de los cafés de su tiempo. En la primera, la mención es elíptica: las querellas entre los poetas «bomberos» y los innovadores tienen lugar siempre en el ámbito público y neutro de un café tradicional. En *La novela de un literato*, las menciones son concretas:

El Café Colonial ha sucedido a Fornos como centro de la vida nocturna del Madrid bohemio y artista. A la salida de los teatros, cuando los focos voltaicos de la Puerta del Sol se extinguen con una fulguración de desmayo y los últimos tranvías salen atestados de gente, El Colonial empieza a llenarse de un público heterogéneo, pintoresco y ruidoso. Llegan las artistas de variétés, pomposas y risueñas, todavía con el maquillaje en la escena...



Son las cupletistas, personajes tan de la época en que las variétés estaban de moda. Cansinos Assens nos traza el cuadro completo de las emociones que embargaban a la juventud creadora:

¡Noches del Colonial!... Noches de aturdimiento, de embriaguez ego-latrica, de sueños quiméricos, en que ya se cree tener en las manos la gloria y el amor... y de donde se sale con el alba, a la luz cruda del amanecer, con el corazón nostálgico y desilusionado, como el beodo al que se le aplica el amoniaco...⁸⁰.

Mucha retórica para un movimiento que pretendía renovar la poesía, retorcerle el cuello al cisne modernista.

Tertulia de Madrid es el título del libro en el que el mexicano Alfonso Reyes recoge sus recuerdos de su estancia por aquellos años en la capital de España. Tertulia de Pombo de Ramón Gómez de la Serna, en el Café Romántico, el «viejo e incómodo café» como lo califica el *Almanaque de las Artes y las Letras para 1928*, de Gabriel García Maroto. Tertulia que agrupa todo lo nuevo e interesante de los distintos ismos que se entrecruzaron en España. Tertulia del Café Regina, donde «se reunían Azaña, Bello, Arquistain, Icaza, Canedo, todos ellos aún en vacaciones de sus destinos futuros»⁸¹, o tertulia del café del Hotel Nacional, en la esquina más movida de Atocha «el gran puerto de Madrid»... «sitio insustituible de cruces de viajeros, de espontaneidad y efusión de despedida, y (que tiene) el encanto y la estabilidad de las integraciones: Hotel Cosmopolita, pero Nacional»⁸². A pocos pasos vivía Benjamín Jarnés. Al Café Nacional iban escritores como Jorge Luis Borges o el pintor uruguayo Rafael Barradas, que en buen post-cubista tomó como motivo plástico las botellas de ampolla, las tazas y los platos de azúcar del velador de un café. No hay que olvidar que la mayoría de los cuadros de los cubistas, Picasso, Braque, Juan Gris..., fueron variaciones sobre las mesas de los cafés. Fue en la tertulia del Café



Nacional donde Alberto conoció a Barradas, cuya amistad fue decisiva para que el entonces panadero se convirtiese en un escultor de vanguardia⁸³.

El café de moda de los últimos años veinte, en donde se reunía el mayor número de tertulias, fue la Granja El Henar. De laboratorio de tertulias se llegó a calificar a este café considerado históricamente una «obra maestra» del género. Remodelado en 1924 por los dos jóvenes

arquitectos Carlos Arniches y Martín Domínguez, que habían obtenido su título dos años antes, en 1922, la Granja El Henar estaba compuesta, según Ramón Gómez de la Serna, por una sala que tenía «un aire de atrio de catedral con ciriales entreverados, con faroles de la calle, añadiéndose al fondo un patio andaluz, renacentista y hostelero»⁸⁴. Rompía con el tipo clásico del café madrileño. Para Gaya Nuño, ofrecía una «grata reminiscencia sin remedos ni pastiches de alguna hostería de nuestro siglo xvii»⁸⁵. Arniches y Domínguez, que en colaboración realizaron otros cafés, fueron también autores de los albergues de turismo en los que con lenguaje moderno y de gran simplicidad supieron enlazar con la tradición de la arquitectura vernácula⁸⁶.

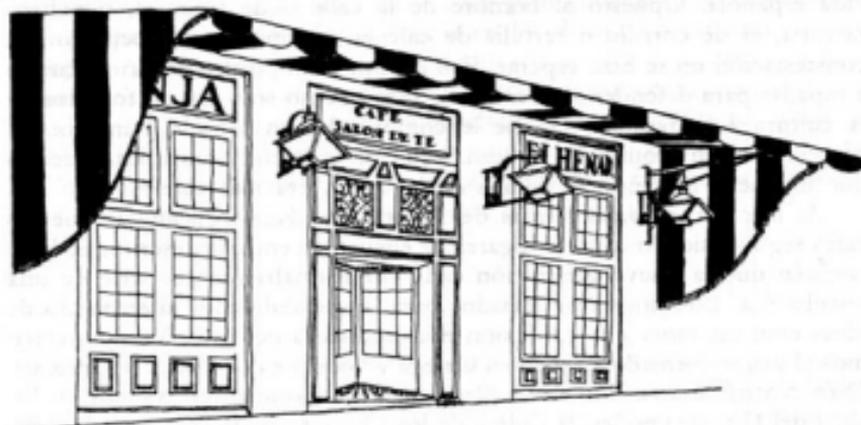
De estilo más audaz y avanzado fue en la Gran Vía madrileña el Café Zahara. Obra también de Domínguez y Arniches, fue realizado en colaboración con Zuazo. Todavía recuerdo la escueta y limpia geometría de su decoración. La gran pintora portuguesa María Elena Vieira de Silva, al evocar el Madrid que conoció de viaje en su juventud, siempre menciona con admiración este café. En una esquina del tramo entre la Red de San Luis y Callao este café era perfecto en su género.

LA DECADENCIA DE LAS TERTULIAS DE CAFÉS

La Granja de El Henar coincidió con la transformación y modernización que en el primer tercio del siglo xx desde el punto de vista arquitectónico y urbanístico sufrió Madrid. Muy bien lo resume Bernardo Giner de los Ríos:

Son los años de la construcción de los grandes almacenes, como los de «Simeón» en la Plaza de Santa Ana, y los «Gran Vía», en la Avenida del Conde de Peñalver; y los modernos cafés, como La granja El Henar, del arquitecto Martín Domínguez; «Negresco», «Acuarium» y otros en la calle de Alcalá, muchos desaparecidos, pero que constituyeron entonces una gran novedad, frente al tipo antiguo del café madrileño, tan lleno por otro lado de historia literaria, artística y política⁸⁷.

Pero la hora de los cafés clásicos parecía haberse acabado. Era la hora de las cervecerías y de los bares americanos, de los dancings y las salas de fiestas. Las gentes bailaban y se divertían, iban a tomar el té o copas a las parrillas de los hoteles, abandonando los antiguos cafés. Cuando se reunían para hablar lo hacían en lugares menos públicos. Las tertulias se refugiaban o tenían lugar en sitios diferentes. Ortega y Gasset, que en su tertulia de La Granja de El Henar había concebido la *Revista de Occidente*, a partir de su creación, en 1924, el mismo año de la modernización del café, trasladó su tertulia al local de redacción de la revista, en un quinto piso de un edificio de la Gran Vía, alejando así del bullicio multitudinario y de la promiscuidad de desconocidos su escogido cenáculo de intelectuales.



Ramón Gómez de la Serna hizo el retrato del ambiente que se respiraba en esta tertulia que comenzaba a las siete y media u ocho y acababa dos horas después:

La tertulia no tenía prisa, ni inquietud. Tenía sofá y muchas butacas y sillas (si hacían falta más se traían del misterioso cuarto de al lado donde don José tenía una biblioteca y una mesa de trabajo y donde no entraba más que él)⁸⁸,

Walter Starkie, que consideraba a Ortega y Gasset «da mente más europea de España», e incompatible con la atmósfera de un café de Madrid, describe el espacio neutro de las reuniones en torno al indiscutible magisterio de Ortega:

La estancia donde se congregaban está pintada de gris y se ilumina con lámparas discretas. La emigración ha cambiado el antiguo corrillo de café en un cenacle intelectual, para ser más precisos, en un simposium⁹⁰.

El hombre español abandonaba poco a poco las tertulias. Era una nueva posición ante la vida, algo así como el entonces puesto de moda sinsombrerismo. Aunque el premio Nobel don Santiago Ramón y Cajal era un asiduo de las tertulias de cafés hasta el punto de publicar un libro titulado *Charlas de Café* (1921), algunos científicos e intelectuales novencentistas abominaban del café. Fue este el caso de don Gregorio Marañón que al contestar el discurso de entrada en la Academia española de Pio Baroja, contertulio de librerías de viejo y no de cafés, atacó al «hombre de café», calificándole de pequeño monstruo que con su resentimiento envenena la vida española. Opuesto al hombre de la calle o de plazuela, que hace historia, el de corrillo o tertulia de café en su opinión era nefando. La constestación no se hizo esperar. Fue de Unamuno, quien partió su cuarto a espadas para defender al hombre de café que no sólo era un forjador de la cultura sino también el que le comunicaba un sentido humano. Al parecer Ramón Gómez de la Serna salió de la sesión académica diciendo que lo que a Marañón le faltaba en la vida... era más café⁹⁰.

Al leer *La Arboleda perdida* de Alberti nos damos cuenta de que los cafés seguían siendo todavía lugares de encuentro entre los escritores. Pero también que la nueva generación cada vez formaba menos parte de una tertulia fija. Los sitios privilegiados para la sociabilidad e intercambio de ideas eran distintos a la confusión multitudinaria del café. Ya nos referimos al grupo formado en torno a Ortega y Gasset en la *Revista de Occidente*. Otro centro de atracción fue la Residencia de Estudiantes. Situada en los altos del Hipódromo, en la Colina de los Chopos, desde la que se divisaba el paisaje de la Sierra madrileña, la Residencia, con sus jardines, era un lugar escogido y delicioso para cultivar el espíritu. En habitaciones simples y «severas como celdas monásticas» vivían los jóvenes que, como Federico García Lorca, Salvador Dalí o Luis Buñuel, formarían lo mejor de la generación del veintisiete. La Residencia de Estudiantes, dirigida por Alberto Jiménez Fraud fue un foro cultural en el que se dieron cita los eruditos, artistas y escritores más ilustres de Europa. Desde Einstein y



Madame Curie hasta Louis Aragon o Walter Gropius, convivieron con los residentes que, en el comedor o bajo los árboles, podían dialogar con sus invitados.

Aunque hubo todavía tertulias muy célebres, como la del Café Recoletos de César González Ruano y la de la Ballena Alegre, en los sótanos del Café Lyon, frente a Correos, el café clásico, decae y se transforma. Hasta tal punto se acusó su declive que Ramón Gómez de la Serna cuando en octubre de 1934 regresó de una pro-

longada estancia en Argentina al reinaugurar su tertulia de Pombo, ante la falta de eco de los contertulios estuvo por clausurarla. Ramón se enteró de que durante su ausencia habían tenido lugar los «cursillos», que habían convertido a algunos escritores y artistas en profesores de Instituto. Una nueva clase intelectual había nacido, los profesionales y funcionarios sin tiempo para soñar y perder las horas en los divanes de un café. Lo que tampoco podía prever es que muy pronto la guerra civil, con la terrible fuerza de la historia, acabaría con las pacíficas e inocentes reuniones de café. Las batallas estéticas, dispersados y divididos los contertulios que antaño no habían traspasado la frontera de lo literario, eran acalladas con la dialéctica de los puños y de las pistolas, de la fuerza esgrimida a favor de las ideologías por el fragor bélico de los dos bandos enfrentados.

LA CERVECERÍA Y EL BAR

En la decadencia del café clásico influyó en primer lugar la aparición de las cervecerías. Aunque en la época de Carlos V se introdujo en España la cerveza, bebida germánica a la que era aficionado el emperador, su consumo no alcanzó popularidad hasta finales del siglo XIX. Madoz detectaba, en 1848, las madrileñas fábricas de cerveza en Santa Bárbara, Lavapiés, Libertad, Leganés, Universidad y Bastero. Con la creación de las fábricas del Aguila y Mahou la capital de España se convirtió a principios del siglo XX en una ciudad en la que se bebían grandes cantidades de cerveza, sobre todo en los establecimientos públicos dedicados a su degustación.

En 1904 se abrió, en la plaza de Santa Ana, la Cervecería Alemana, que todavía existe, aunque sin la gran chimenea prusiana y el enorme espejo que se hizo añicos durante la Guerra Civil. La Cervecería Escocesa (Príncipe, 6), la del Oro y del Rhin y la del Cocodrilo, que estaba decorada con frescos del caricaturista Bagaría, con otras muchas situadas en torno a la plaza de Santa Ana, completaban el panorama de un lugar de reunión que, por los años veinte rivalizó con los cafés.

Pero sin duda los establecimientos que dieron la puntilla a los grandes espacios en que los parroquianos pasaban horas y horas sin consumir en toda una tarde nada más que un café con leche y media tostada, fueron los bares del tipo americano, en los que, en una pequeña y estrecha sala, con un gran mostrador o «barra», los clientes de pie o sentados en altos taburetes tomaban sus consumiciones, por regla general de bebidas alcohólicas. El aperitivo se puso de moda, también la copa al atardecer. Por otra parte apareció un nuevo tipo de cliente. Jóvenes deportistas, alegres y resueltos, que rompían con el decadente bohemio de café. Además, la aparición de la mujer, que sola, sin la «carabina» o la madre que antes la acompañaba, entró triunfante a formar parte del grupo de camaradas o pandilla. Con traje corto y el ademán desenvuelto, los pelos también cortos y libres del antiguo sombrero, la mujer adquirió una nueva silueta. Rafael Penagos dibujaría el perfil decidido de estas nuevas Dianas, Walkirias o Katiuskas.

En un artículo en *Blanco y Negro* el año 1932, José María Salaverría nos resume las nuevas formas de sociabilidad. Se titulaba *Cocktail* y en él se preguntaba «¿Quién lo ha inventado? ¿Los ingleses o los norteamericanos?». Sea quien sea el iniciador, lo exacto es que el cocktail se ha erigido en uno de los principales protagonistas de la cultura de Occidente. Y el *barman* es ya un personaje al que se le suele llamar, en algunas ocasiones, con la palabra genial. «El genial Chicote» se oye decir, como antes se decía «El genial Gayarre». Salaverría que creía que el bar era una dignificación de la taberna, concluye que los bares con tanto bullicio y alegría, con su aspecto de sitios simples y de inocente amenidad, han logrado que todo lo que la taberna tenía de humillante y desastrado se metamorfosease en digno y elegante. Su conclusión era simple: —«Curioso tejemaneje! La borrachera se ha vestido de smoking»⁹².

Nada más alambicado que un bar de los años treinta. En un principio su local era más reducido que el de un café. Se acabaron las grandes salas unitarias de forma cuadrangular. Un bar es un espacio largo y estrecho, con nichos o rincones y un gran mostrador que recorre la totalidad de uno de sus frentes. El espacio estaba aprovechado al máximo, como en un tranvía o en un barco. Las plazas sentadas eran escasas y apenas contaban



EN EL "BAR"

Costumbres que antaño hubieran escandalizado se admiten ya en muchos sitios como moneda corriente. El "cock-tail" y el tabaco, vicios exclusivos de los hombres, van pasando a ser distracción frecuente de las mujeres. (Dibujo de A. T. C.)

en el conjunto. Se encontraban allí sólo para los que estaban cansados, pero que a la vez deseaban estar cerca del barman, el cual detrás de la barra, como en un altar, cumplía el nuevo rito de la preparación de cocktails con gestos ceremoniosos a la vez que ágiles y elegantes. El ambiente del bar era cálido y cordial. Los techos eran bajos y estaban iluminados indirectamente subrayando la superficie lisa del plafond o por el contrario dando contraste a sus volúmenes geométricos, que creaban una sensación de intimidad. El mobiliario era de metal niquelado, maderas laqueadas y cristal. Las bebidas de diferentes colores se servían en copas y vasos de nuevas y elegantes formas. Todo era transparente, brillante y translúcido. En diferentes partes de la sala había puntos de luz que creaban radiantes focos de atención o dejaban en suave penumbra el resto. En los muros, había pinturas al fresco estilizadas. Al exterior la fachada estaba compuesta por paramentos lisos de fábrica o paneles acristalados. Sobre la entrada dominaban las letras, de grandes caracteres modernos, que a manera de letreros de publicidad anunciaban el nombre del bar, por regla general extranjerizante: Bakanik, Cok, Orkompon antes Troica, Sakusko, etcétera.

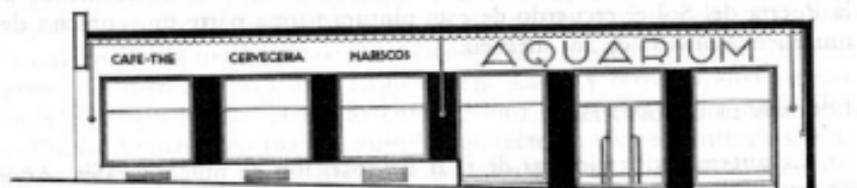
Los bares, al igual de los cines, daban a la ciudad un nuevo aire. En el Madrid de la nueva fase de las obras de la Ciudad Universitaria, el inicio de la construcción de los Nuevos Ministerios en la prolongación de la Castellana y la consolidación y continuación de la Gran Vía, los bares ponían una nota de cosmopolitismo y modernidad acorde con las nuevas formas sociales. Agustín de Foxá, en su novela *Madrid de Corte a Checa* a propósito de la Segunda República Española, dice que en aquellos años «también la clase media pisaba más seguro, se abrían bares y cafés con sillas rolaco»⁹³ y Jacinto Miquelarena, en un cuento de humor publicado en *ABC* en el año 1933, *El Café de la Carpa que solloza*, describe el nuevo tipo de local:

Los hombres de mi generación recordarán seguramente aquel café. Su inauguración fue un acontecimiento en la ciudad. Era un gran café saxofónico. Las columnas de metal sostenían una decoración desnudista. Corría la luz por las cornisas, sin dejarse ver, como una rata blanca. Fatigábase la vista de tal manera ante tanta línea profiláctica que uno se veía obligado a ordenar una ración de cangrejos de lacre rojo que se servían sobre una hoja verde para que la pupila se alegrara un poco en presencia de aquella espléndida naturaleza muerta.

También se mete con los camareros que de cintura para arriba iban vestidos de oficiales de la marina inglesa y de cintura para abajo de negras

vestiduras sacerdotales. No se sabe si el personaje o el autor del cuento echa de menos «el confortable café de diván rojo, de espejos, de velador de mármol y de racimos de globos de gas» de la época pasada⁹⁴.

Al igual que para las fábricas, los dispensarios, las tiendas, los cines, las piscinas y los clubs de campo o náuticos la arquitectura adoptada fue la llamada arquitectura de barco o arquitectura funcional. Así Fernando García Mercadal en 1932 presentó en la Exposición Nacional el proyecto del Bar El Cairo, que igual podía servir para garaje. Manuel Abril elogió su diseño por pertenecer al tipo de «proyectos limpios, claros, ingeniosos y



funcionales (o sea, en romance, que sirven para aquello a que son destinados)⁹⁵. Pero esta obra no fue realizada. El arquitecto que llevo a cabo el mayor número de bares en la época fue Gutiérrez Soto. Suyo es Chicote (1931), en la Gran Vía, que todavía se conserva casi en su integridad. También el Café Aquarium (1932), en la calle de Alcalá y el Bar María Cristina (1932), en la calle Mayor, además del Restaurante Molinero (1932) y la Sala de Baile Casablanca (1933).

Las pinturas murales más importantes que decoraban los bares de la época eran las de Hipólito Hidalgo de Caviedes. Pintor que realizó frescos para edificios significativos del momento como la Residencia de Señoritas y la Telefónica, pinto también los murales de la Ballena Alegre, que todavía existen, los del Bar Chicote, más tarde recubiertos, los del Bar del Cine Capitol y el Restaurante Fuentelarreina. «Artista retrospectivo», según Manuel Abril, que lo incluye, pese a su juventud, entre los artistas representativos del arte nuevo, Hidalgo de Caviedes pintaba «a la moderna estilos arcaicos, empleando el arcaísmo para dar a la obra evocación y a la vez ironía». Su obra era representativa de lo que entonces se calificó de «nuevo romanticismo»⁹⁶. Uno de mis recuerdos de niño provinciano está ligado a su pintura. De mi estancia en Madrid en el año 1932, me quedaron grabadas varias cosas. Una era un gran caballo muy realista que se vendía en la sección de juguetes de los flamantes Almacenes Madrid-París en la Gran Vía, otra los recortables de soldados de papel que compraba

en la calle del Prado al ir con mis padres a visitar el Museo y por último la muestra o enseña que de arriba a abajo cubría el exterior de la tienda de Café Santa en la calle de Preciados. Su composición me llamaba mucho la atención por su tema y colorido, hasta el punto de haberse quedado grabada en mi memoria. Aún veo a un negrito que cargaba con un saco de café al hombro bajo la vigilancia de un colono vestido como un cubano y con sombrero de paja. Al fondo se veía en una bahía un velero o uno de los primeros barcos de vapor. En el calidoscopio de la gran ciudad, con el ascensor del metro de la Red de San Luis y los valleinclanescos espejos cóncavos y convexos del callejón del Gato y los anuncios luminosos de la Puerta del Sol el recuerdo de esta pintura forma parte muy precisa del museo imaginario de mi infancia.

LOS CAFÉS DE LA POSTGUERRA

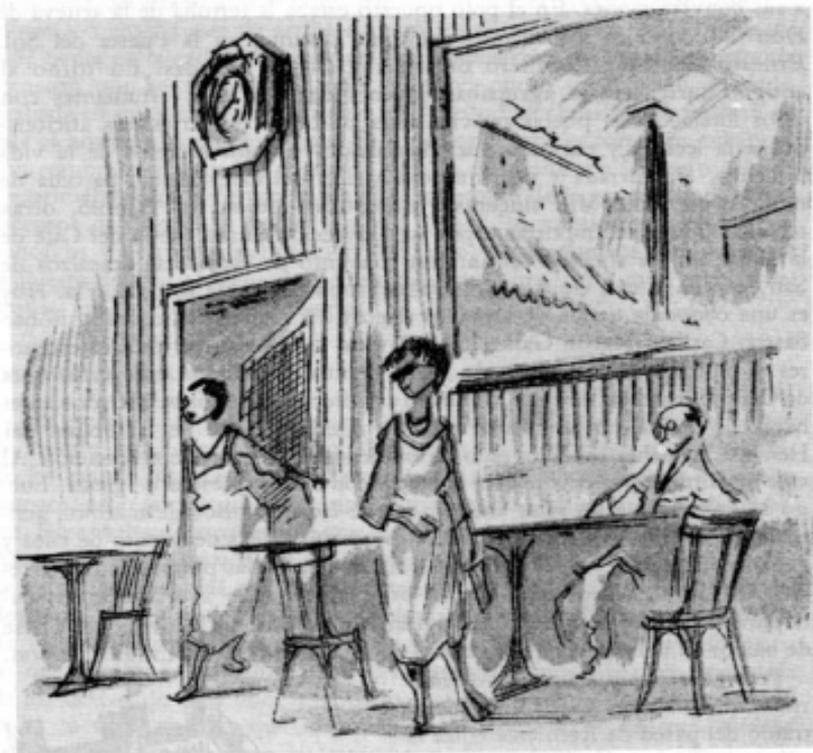
La guerra civil trajo tras de sí la desaparición de muchos cafés. Años de muerte, batallas y desastres que acabaron con la placidez de los asiduos de los cafés. Finalizada la contienda, pese a las carestías y las ausencias reaparecieron las tertulias literarias. Forzosamente tenían que ser distintas. En España las formaron los que se habían quedado. En París, Buenos Aires, Bogotá y México los exiliados configuraron nostálgicamente peñas de café idénticas a las que habían dejado en la patria lejana. ¡Tertulias del destierro! Tertulia del Café Tupinamba en la calle Bolívar en México. Tertulia del Sorrento en torno a León Felipe. Repetidas conversaciones en las que siempre se acababa hablando del retorno a una España a la medida de los deseos de cada uno. Y el dedo gastado de tando dar en el mármol de la mesa afirmando que muy pronto estarían ya de regreso. ¡Vanas ilusiones esfumadas como las espirales de los cigarrillos que viciaban la atmósfera del café!⁹⁷.

En Madrid muy pronto se formaron concurridas y animadas tertulias. La más notable fue la que en los años cuarenta se reunía en el Lyon d'Or, presidida por la señera figura de José María de Cossío. Antonio Díaz-Cañabate escribió su puntual y detallada historia. Escritores, artistas y toreros departían de todo lo divino y lo humano. Mucha literatura pero sobre todo comentarios y anécdotas de la fiesta nacional. Eugenio d'Ors, Emilio García Gómez, el entonces joven Federico Sopeña, Gerardo Diego, Zuloaga, Sebastián Miranda, Juan Cristóbal, Belmonte, Domingo Ortega, Rafael «el Gallo» y tantos otros más. De vez en cuando una mujer como la deportista Lili Álvarez. Los contertulios se reunían en una coqueta salita de divanes verdes y con una gran araña antigua. Un aire señorial daba tono

a sus conversaciones. En el polo opuesto estaba la tertulia de la «cueva de Don Quijote», en los sótanos del Café Levante, en la Puerta del Sol. Ernesto Giménez Caballero orquestaba allí las veladas. En torno al antiguo surrealista se agrupaban jóvenes de toda laya, estudiantes con visos intelectuales, poetas provincianos, autodidactas, artesanos aficionados a la lectura y curiosos que querían desvelar los secretos de la vida bohemia. Desgarrada y cochambrosa visión del café clásico, parodia de tiempos ya idos. Más sinceras y auténticas fueron, en cambio, otras tertulias literarias. Importante por su proyección futura fue la del Café de la Elipa, en los sótanos del antiguo convento de carmelitas descalzos de San José en la calle de Alcalá, justo en donde se inicia la Gran Vía. Hoy es una conocida tienda de artículos deportivos. Ignacio Aldecoa, Alfonso Sastre, Carmen Martín Gaité, Lago Rivera, Labra y otros jóvenes escritores y pintores habían escogido como punto de reunión este café, obra de Carlos Arniches, en 1947, el mismo arquitecto que unos veinte años antes había decorado, en la misma calle de Alcalá el Café de la Granja del Henar⁹⁹. Arniches había logrado un ambiente grato para la conversación. Al café se entraba por una puerta barroca, como si se fuese a la iglesia. Luego se descendía a las salas abovedadas de ladrillo, pisos de mármol, arri-maderos de pino y mesas de madera de castaño, sillas de asiento de enea y respaldo de hierro forjado, divanes forrados con telas populares alpujarreñas. Un gran cuadro, copia de un original del siglo XVIII, ofrecía el panorama de la calle de Alcalá bajo el primer rey Borbón. Decoraciones a base de naipes de la baraja completaban el sobrio arreglo de las antiguas criptas.

Pero el café que define la postguerra madrileña es el Café Gijón, en el tramo del paseo de Recoletos entre la Cibeles y Bárbara de Braganza, en el cual se encontraban también el Café Teide y la librería Buchholz. Antes de la guerra estuvo también allí el Café Recoletos, con una tertulia que frecuentó José Antonio Primo de Rivera y en la que fue figura destacada César González Ruano. Sus componentes hicieron visitas románticas a los cementerios de Madrid, celebraron un banquete en homenaje al general Pavia y publicaron Pliegos literarios. González Ruano, que a su regreso a





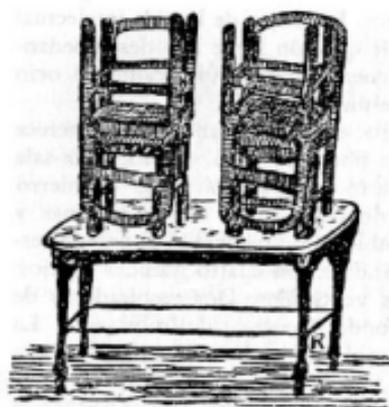
Madrid se instaló, por así decirlo, primero en el Café Gijón y después en el hoy desaparecido Café Teide, donde hasta su muerte era sagrada la mesa en que se sentaba todas las mañanas para escribir sus artículos y luego hacer tertulia, fue el primero que dictaminó que «la desaparición de otros cafés ha hecho del Gijón el último café literario de Madrid»¹⁰⁰. Nada más cierto hoy. El Gijón es no un café sino una institución venerable, un monumento que en el año pasado de 1986, ante el peligro de ruina por causa de una viga que amenazaba romperse, fue restaurado tal y como estaba desde su último arreglo en los años de la postguerra.

El Café Gijón tiene su Crónica escrita por Marino Gómez Santos, en 1955¹⁰¹. Café de principios de siglo, antes de la guerra había sido un café tranquilo y burgués. En la postguerra reunió distintos grupos o tertulias

de escritores, artistas, actores y arquitectos. Lo mejor de la vida intelectual española tuvo su asiento en el Gijón, café que aún sigue hoy desempeñando un papel como lugar de cita y encuentro de los dedicados al ocio inteligente y las tareas recreativas del espíritu.

Desde el punto de vista de la tipología, el Gijón es un café que merece un comentario. El local es el clásico de fines del siglo XIX, con una sala rectangular dividida en medio por cuatro esbeltas columnas de hierro fundido, de orden corintio, pintadas de blanco con estrias azulinas y un gran pilar cuadrado en el centro recubierto de madera. Las paredes están también chapadas de madera, decorándose con cuatro grandes espejos, de marco dorado, frente a los amplios ventanales. Dos respiraderos de celosía completan el muro lateral del fondo, frente al del mostrador. La sala es amplia, con veladores de mármol, sillas, banquetas corridas y divanes de peluche rojo. Una novedad importantísima en los cafés de su género es el bar de la barra. El arquitecto, nada menos que Carlos Arniches, al arreglar el café en 1948, tuvo la feliz idea de fundir las dos tipologías en una. Para ello sobreelevó la sala del café respecto a la del bar que, con su gran barra, atrae a los que de paso, en espera de alguien o de tener sitio toman una consumición con rapidez y que mitad de espaldas o vueltos de frente miran a los contertulios que holgada y cómodamente sentados se agrupan en sus respectivas mesas.

Atractivo muy especial tiene el Gijón, café que Carlos Arniches cuidó en todos sus detalles. Importantísima es la escultura que, la tarima que recubre las escaleras que conducen a la sala de restaurante del sótano, llama la atención por su bella y audaz concepción. Móvil de Ángel Ferrant, según unos representa a Don Quijote y según otros una foca. Sobre el tablero a sus pies, se depositaba no hace muchos años la correspondencia que recibían los habituales contertulios del Gijón. El contraste entre este móvil y el viejo reloj decimonónico que marca las horas con distinto discurrir, según quién lo consulte, es grande. Muy importante es también el mural que recubre el fondo de la barra. Su confección se debe al pintor Paco Galicia, ayudado por su hijo. De color ocre o marrón a causa de los vapores de las cafeteras y otras bebidas calientes, está compuesto por un *collage* en el que junto a perfiles dibujados de botellas, sifones, copas y tazas de café, hay pegadas fichas de dominó, naipes, un tablero de ajedrez, un cubilete de dados, etiquetas de vinos y licores, entradas de toros, un compás, una regla, recortes de periódicos, etc. Un mundo vario y plural, que plasma las aficiones de los contertulios, los cuales, bajo la dirección de Paco Galicia, fueron colocando en el mural los objetos que les gustaban. Obra abierta y colectiva, en la que hay contribu-



ciones casuales, como lo del tablero de ajedrez, colocado cuando, por orden gubernamental, se prohibió en España, jugar en los cafés partidas de este viejo y entretenido ejercicio de la mente, sirve de muestrario y emblema de los entretenimientos y heteróclita mentalidad de los habituales clientes.

El Café Gijón se salvó de la cursilería que, según el periodista que en los años cuarenta firmaba Cleofás, afectaba a los nuevos cafés. Establecimientos nuevos y escenográficos, ostentosos y con cortinillas. El café tenía que ser el café clásico, con cómodos divanes de henchido asiento, mesas de mármol y con una barra de hierro para poner los pies. Es el café clásico escenario de la novela *La Colmena* y la narración *Café de artistas* de Camiló José Cela. La descripción que hace en este último escrito no tiene desperdicio.

El escritor fija su atención en la puerta giratoria, con su perpetuo e incesante ritornello. «La puerta giratoria, al dar vueltas sobre su eje, tiene un ruido mimoso, casi amoroso. En la puerta giratoria hay cuatro departamentos; si los poetas son flacos y espirituales pueden caber dos en cada posición.» Esta puerta, con un cepillo a los bordes, de arriba abajo para que no se cuele el frío de la calle, es un leitmotiv para Cela que en el café de artistas encuentra símiles ingeniosos y metáforas a las que sacar partido. La narración finaliza con la sobrecogedora puerta giratoria que «al dar vueltas y más vueltas sobre su eje, hace un ruido mimoso, amoroso, doloroso». Sus cuatro «esclusas», «sus cuatro estaciones», son a manera de cangilones de la noria de un amargo pozo. El escritor concluye que si del «café de artistas hubiera que sacar a un poeta muerto, a un poeta con los pies para adelante, a la puerta giratoria habría que doblarla como un abanico». De nuevo la alusión a la parca, los presagios fúnebres, el ambiente remansado y el letal aliento que exhala la atmósfera cargada de trágicos presentimientos del café. La muerte que planea sobre sus contertulios.

Al café puede vérselo con los ojos con que Posada atisbaba las pulquerías mexicanas. Reuniones de alegres calaveras, de festivos esqueletos. Pero también de las sombras y los fantasmas de los desclasados, los

frustrados, los vencidos y los humillados. Esta es la visión que tuvo Francisco Umbral la noche que llegó al café Gijón. Como galpón en el que se hacinaban, a manera de un pabellón de reposo, u hospital secreto, los convalecientes de las heridas incurables de la Guerra Civil y de la cultura. Tolerado tácitamente por el franquismo como una tregua en el continuo ominoso de la ciudad, el Café Gijón le pareció a Umbral una reserva, un refugio, una cárcel voluntaria y conservadora de los derrotados, de aquellos cuya vida estaba cargada de mucho dolor, mucho cansancio, mucha muerte y exilio interior. También el lugar sacrosanto de «los puros, los intocables, los inmaculados, los que no querían participar en nada y había que respetar su castidad política»¹⁰². De nuevo el café servía como en el primer tercio del siglo XIX, de barricada. Esta vez nostálgica y sin esperanza.

LAS CAFETERÍAS Y LA RECUPERACIÓN DEL CAFÉ

Antonio Díaz-Cañabete se preguntaba, en 1953, por qué desaparecían las tertulias y por qué desaparecían los cafés: «Dicen por ahí que los cafés perecen por causas económicas. Porque se han visto obligados a elevar sus precios considerablemente. No lo creo. Por una razón. Las cafeterías que son sus herederas ilegítimas son mucho más caras. Y ahí están proliferando como una plaga.» Luis Moya, al constatar cómo la tertulia de arquitectos en el Café Gijón se extinguió entre los años 51 y 55, da en la diana cuando dice que empezó a faltarles tiempo: «la "innoble prisa" que decía Gracián acabó con esa comunicación que ahora echamos de menos». Díaz-Cañabete llegaba también a la misma conclusión cuando afirmaba que las cafeterías eran algo extraño: «a nuestras costumbres, a nuestra manera de comprender el arte de perder el tiempo. Aquí radica el búsilis. En las cafeterías no se pierde más que el dinero». ¡Adiós al café familiar, en el que los contertulios se sentían como en su casa, tranquilos y sin prisa! En la cafetería todo es «ruido, caótico, confuso, estridente». Entra y sale el gentío como en una estación, con una prisa inexplicable con el solo afán de largarse cuanto antes.

No vamos aquí a descubrir el multiforme y difícilmente clasificable mundo de las cafeterías. Sólo digamos que a partir de los años del desarrollo nacieron como hongos. Su ubicación ya no es sólo la de los barrios céntricos; las cafeterías aparecen también en barrios excéntricos o polígonos de nueva planta. Su decoración es siempre pretenciosa, con luces de colores, jardineras con plantas de interior, casi siempre artificiales,

suelo de moqueta, sofás y divanes de skai, apliques de plástico, relieves ornamentales de hierro y otros metales, paneles de cerámica y vidrios de colores, muebles de madera y formica, etc. Todo un mundo heterogéneo y llamativo, con ínfulas de modernidad. Gusto dudoso y por momentos encanto.

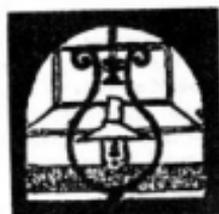
Tampoco vamos a tratar en detalle las incidencias que han concurrido, en estos últimos años, para la recuperación del café histórico. Es un hecho evidente. Los jóvenes han redescubierto los viejos cafés. Muchos viejos establecimientos han sido remozados. Y en los barrios puestos de moda se han abierto cafés nuevos con aire antiguo. El fenómeno supone un sentido diferente de la vida y la comunicación colectiva de los jóvenes respecto a la generación de sus padres. La parte lúdica de la existencia prima hoy sobre la anterior severidad de costumbres. El café y el bar de tomar copas, lo mismo que las terrazas de verano, que en este último estío han hecho furor, son una forma de exhibirse, de ser vistos y ver, de entablar relaciones y nuevas amistades. El café y el bar, al igual que en el pasado, son el mejor índice de lo que es la sociedad que nos rodea.

Café pionero de esta nueva etapa es el Comercial, en la Glorieta de Bilbao, esquina con la calle de Fuencarral. En chafalán, con una gran acera delante, este café de extenso mostrador en ángulo, salas de columnas y pilares con capiteles y un piso superior para jugadores de dominó, conserva aún el aire de los años veinte, cuando era frecuentado por los ilustres periodistas de *El Sol*, cuyo edificio, en la vecina calle de Larra, número 14, fue, después de la Guerra Civil, sede de *Arriba*. César González Ruano, cuando vivía en la calle Ríos Rosas número 54, se instalaba todas las mañanas, a las 9,30, en una de sus mesas, ojeaba los periódicos, escribía, sin dejar de fumar, sus dos o tres artículos cotidianos y a la cotidiana tertulia. En los años setenta, el Comercial comenzó a ser punto de cita y reunión de jóvenes inconformistas y rebeldes. Lo que más tarde se ha llamado la movida se inició entre la acera y el interior del Comercial, atestado de estudiantes y adolescentes opuestos a las normas al uso. Al llegar la democracia en el próximo barrio de Maravillas, en torno a la Plaza del Dos de Mayo, comenzaron a abrirse cafés que, como el Ruiz volvían al tipo clásico. En el barrio de Lavapiés el Café Barbieri, regentado por una cooperativa, con su peculiar idiosincrasia, recuperó su perdido estilo decimonónico¹⁰³. El café histórico volvía a estar de moda.

Cafés post-modernos. Terrazas y chiringuitos de la Castellana que nos devuelven, transformada, la imagen del Madrid clásico y castizo de los mentideros y las alojerías. Cafés históricos que desde el siglo xviii resumen la

historia de la mentalidad colectiva, los cambios del gusto y de la arquitectura, las inquietudes políticas y literarias de los españoles de la Edad Contemporánea. El café actual es el descendiente directo de los viejos cafés ilustrados, de las primitivas botillerías románticas, de los clásicos cafés de la Restauración, de los cenáculos modernistas y los vanguardistas bares de los años treinta. Su vida está ligada a nuestra historia, constituye una de sus dimensiones urbanas. El café, foro público, universidad viva y abierta, a medias entre la confusión y el tumulto de la calle y el orden y severidad de las Academias, tardará en desaparecer. Al menos mientras haya hombres que, además de saber degustar un oloroso café, una cordial copa y un aromático puro, encuentren placer en la conversación y comunicación con sus semejantes.

ANTONIO BONET CORREA



NOTAS

- ¹ Diego de Torres y Villarroel, *Visiones y visitas de Torres con don Francisco Quevedo*, citado por Evaristo Correa Calderón, *Costumbristas españoles, siglos XVII al XX*, tomo I, Madrid, Editorial Aguilar, 1950, págs. 364-365.
- ² José Deleito Piñuela, *Sólo Madrid es Corte. La Capital de Dos Mundos bajo Felipe IV*, Madrid, Espasa-Calpe, 1955, págs. 149-174.
- ³ El libro más completo sobre el origen, difusión e historia del café; Heinrich Eduard Jacob, *Biografía del caffè*, traducción e Aggiunta sul caffè e i caffè in Italia di Aldo Oberdofer, Milán, Bompiani, 1936, 415 págs. Antonio Carbé, *Il caffè nella Storia e nell'Arte*, Milán, Centro Luigi Lavazza per gli studi e le ricerche sul caffè, 1981, 80 págs.
- ⁴ Marcel Raval, *Claude-Nicolas Ledoux 1756-1806, commentaires cartes et croquis de J. Ch. Moreaux*, colección Les Architectes Français, Paris, Arts et Métiers Graphiques, 1945, página 48, lám. 1.
- ⁵ José Antonio Pérez-Rioja, *Un café-museo de Roma El «Grecco»*, en Goya, núms. 164-165, Madrid, págs. 120-123.
- ⁶ *Il Pedrocchi vivo. Manifestazioni per la riapertura del Piano Nobile dello Stabilimento Pedrocchi*, Comune di Padova, diciembre 1984-marzo, 1985.
- ⁷ *Coffe Houses of Europe*, introducción de George Mikes, fotografías de Manfred Hamm, Nueva York, Thames and Hudson, 1986, 136 págs. Mariel Oberthur, *Cafés and Cabarets of Montmartre*, Gibbs M. Smith, Salt Lake City, 1984, 94 págs.
- ⁸ Rafael Sánchez-Lafuente Gemar, *Orfebrería del Museo de Málaga*, Ministerio de Cultura, Dirección General del Patrimonio Artístico, Archivos y Museos, Patronato Nacional de Museos, 1980, catálogo núm. 5, pág. 15, láms 6, 7 y 8, págs. 56, 57 y 58.
- ⁹ J. Sarailh, *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, México, Fondo de Cultura Económica, 1957, pág. 116. Además de los *Anales de Cinco Días*, véanse *Las Cartas Marruecas* núms. 41 y 56.
- ¹⁰ Gaspar Melchor de Jovellanos, *Espectáculos y Diversiones Públicas, Informe sobre la Ley Agraria*, edición de José Lage, Madrid, Cátedra, 2.ª ed. 1979, pág. 128. Esta *Memoria para el arreglo de la policía de los espectáculos y diversiones públicas y su origen en España* es de 1790.
- ¹¹ Javier Pérez Rojas, *Casinos de la Región Marciana, Un estudio preliminar (1850-1920)*, Colegio Oficial de Arquitectos de Valencia y Marcia, Valencia, Fernando Torres Editor, 1980, 145 págs.
- ¹² A. Ponz, *Viaje de España*, tomo XVII, carta VIII, P 24, Madrid, Editorial Aguilar, 1947, pág. 1563. En su *Viaje fuera de España*, tomo I, carta VIII, P 42 y tomo II, carta II, P 16, se ocupa respectivamente de los cafés de París y Londres.
- ¹³ J. Blanco White, *Autobiografía*, ed. Antonio Garnica, Sevilla, Publicaciones de la Universidad de Sevilla, Col. de Bolsillo, 1957, pág. 52.
- ¹⁴ Ramón Solís, *El Cádiz de las Cortes. La vida en la ciudad en los años 1810 a 1813*, 1.ª ed. 1958; Madrid, Alianza Editorial, 1969.

¹⁵ Juan Ignacio González del Castillo, *El Café de Cádiz y otras saimetas*, edición, introducción y notas, Carmen Bravo Villasante, Madrid, Novelas y Cuentos, 1977.

¹⁶ A. González Palencia, *La Fonda de San Sebastián*, en Revista de Biblioteca, Archivo y Museo, Madrid, octubre 1925, págs. 549 y ss. También Coterele y Mori, *Iriarte y su época*, tomo I, Madrid, 1897, pág. 111.

¹⁷ Giacomo Casanova, *Memorias de España*, introducción, traducción y notas de Angel Crespo, Barcelona, Clásicos Universales Planeta, 1986, pág. 71.

¹⁸ Leandro Fernández de Moratín, *Apuntaciones sueltas de Inglaterra*, Barcelona, Bruguera, 1984, pág. 35.

¹⁹ J. A. Álvarez de Quindós y Baena, *Descripción histórica del Real Bosque y Casa de Aranjuez*, Madrid, 1804, pág. 259.

²⁰ Ramón Gómez de la Serna, *La Sagrada Cripta de Pombo* (tomo II, aunque independiente del I pudiendo leerse el II sin contar con el I), Madrid, 1923; Madrid, Trieste, 1968, pág. 23.

²¹ A. Alcalá Galiano, *Recuerdos de un antiano*, Madrid, Biblioteca Clásica, Viuda de Hernando y Compañía, 1890, citado por Ramón Gómez de la Serna *op. cit.*, pág. 28 nota 1.

²² Antonio Flores, *Ayer, Hoy y Mañana o la Fe, el Vapor y la Electricidad. Cuadros sociales de 1800, 1850 y 1899 dibujados a la pluma por...* (Madrid, 1863), nueva edición ilustrada, Barcelona, Montaner y Simón Editores, 1892, tomo I, págs. 63-67.

²³ Benito Bails, *Diccionario de Arquitectura Civil. Obra Póstuma*, Madrid, en la Imprenta de la Viuda de Ibarra, 1802, pág. 17.

²⁴ Francisco Milizia, *Principi di Architettura civile*, seconda Edizione milanese migliorata per cura del Dottor L. Masieri, Milán, 1847, págs. 375-376.

²⁵ A. Fernández de los Ríos, *Guía de Madrid, Manual de madrileños y del forastero*, Madrid, 1876, pág. 637.

²⁶ B. Pérez Galdós, *La Fontana de Oro*, Madrid, Alianza Editorial, 1970, pág. 23-25.

²⁷ Se conservan en el Museo Municipal de Madrid. Uno representa el Café de Levante, el otro el de Santa Catalina. Sus números de catálogo son 1.113 y 1.114, respectivamente, Museo Municipal, *Madrid hasta 1875. Testimonios de su Historia*, Ayuntamiento de Madrid, Exposición diciembre de 1979. Enero-febrero, 1989, pág. 341.

²⁸ Ramón Gómez de la Serna, *Pombo* (1.ª edic., 1918), Madrid, Trieste, 1986. *La Sagrada Cripta de Pombo* (1.ª edic., 1923), Madrid, Trieste, 1986. *Pombo biografía del célebre café y otros cafés famosos*, Buenos Aires, Editorial Juventud Argentina, 1941.

²⁹ R. Carande, *Galería de Raras atribuidas a Regino Escaro de Nogal*, Madrid, Alianza Editorial, 1982, pág. 60.

³⁰ R. Mesonero Romanos, *Memorias de un Setentón*, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, Colección Rivadeneira, tomo CCIII, Obras de don Ramón de Mesonero Romanos, vol. V, 1967, págs. 173-174.

³¹ Miguel Sánchez-Ostiz, *Mundinovi* (Gaceta de pasos perdidos), Pamplona, Editorial Pamiela, 1987, págs. 70-73.

³² Se trata del artículo *Las casas nuevas*, citado por Jerry L. Johnson en el volumen *Artículos de Costumbres* de Mariano José de Larra, Barcelona, Bruguera, Libro Clásico, 1981, pág. 14.

³³ *Idem*, pág. 281.

³⁴ Citado por Antonio Velasco Zazo, *Panorama de Madrid, Florilegio de los cafés*, Madrid, 1943, págs. 15-16.

³⁵ Ramón Gómez de la Serna, *Pombo*, Buenos Aires, 1941, pág. 29.

³⁶ Giacomo Casanova, *op. cit.*, pág. 80.

³⁷ *Sinapia. Una utopía española del Siglo de las Luces*, edición de Miguel Avilés Fernández, Madrid, Editora Nacional, 1976, pág. 104.

³⁸ Richard Ford, *Las cosas de España*, traducción de Enrique de Mesa, prólogo de Gerald Brenan, Madrid, Ediciones Turner, 1974, pág. 158.

³⁹ Antonio Flores, *op. cit.*, tomo II, pág. 153.

⁴⁰ *Costumbristas Españoles*, Estudio preliminar y selección de textos por E. Correa Calderón, tomo I, Madrid, Aguilar, 1950, pág. 1164. Mayans y Siscar, en su libro *El Orador cristiano* (publicado en Valencia en 1733) menciona esta bebida al criticar a los eclesiásticos interesados en ganar dinero para darse vida regalada: «¡Qué mucho! Si se ha hecho ya granjería el púlpito no teniendo alguna vergüenza de decir que predicán para tomar tabaco y chocolate. ¿Esto es imitar a San Pablo? que decía: de balde y graciosamente evangelizamos el Evangelio de Dios».

⁴¹ Joseph Vicente Díaz Bravo. *El ayuno reformado, según práctica e la primitiva iglesia, por los cinco Breves de Nuestro Santísimo Padre Benedicto XIV. Obra Histórico-Canónica-Médica, Necesaria a los Señores Obispos, Curas, Confesores, Médicos, Sanos y Enfermos. Con noticia particular de los privilegios que aún después de los Breves, gozan en España los soldados. Y una disertación Histórica, médico-química, Physico-Moral de el chocolate y su uso, después de los nuevos preceptos*, Pamplona, Pasqual Ibáñez, S. A. (1754), 347 págs. En la bibliografía en castellano, véase *El libro del amante del chocolate. Una pasión devoradora*, Traducción de Victoria Argimón. El cuerno de la abundancia, José J. de Olañete Editor, Palma de Mallorca, 1985, 195 págs. El Barón Charles Davillier, en su *Viaje por España* (1862), ilustrado por Doré (Edición con prólogo y notas de Arturo del Hoyo y estudio crítico-biográfico, por Antonio Buero, Madrid, Ediciones Castilla, 1957), dedica todo un capítulo al chocolate en España (págs. 844-847). Allí recoge mil noticias, desde las modernas fábricas de chocolate en Astorga hasta la vieja polémica de si quebranta el ayuno o si por el contrario, como el tabaco y el vino, se puede tomar antes de la comunión. El problema es casuístico, cuestión de hacerlo más o menos espeso, no prepararlo con huevos y leche para que fuese bebida y no alimento nutritivo tomarlo en pequeñas porciones o cantidades, etc. Cuenta, entre otras anécdotas, la de la vieja pecadora que lamentaba no fuese mortal y acaba concluyendo que «el chocolate es bueno en casi toda España y de ordinario muy espeso».

⁴² Alexandre Laborde, *Itinerario descriptivo de las provincias de España y de sus islas y posesiones en el Mediterráneo, con una idea de su situación geográfica, población, historia civil y natural, agricultura, comercio, industria, hombres célebres, carácter y costumbre de sus habitantes y otras noticias que amenizan su lectura. Traducción libre del que publicó en francés...*, Acompaña un Atlas de 29 mapas, Valencia, en la imprenta de Ildefonso Mompí, 1816, págs. 88, 188, 426 y 433.

⁴³ Tomás Cavalle y Clos, *Cafés de Barcelona*, Barcelona, 1949. Francesc Curet y Lola Anglada, *Botiques, obradors i cases de menjar y beure*, Barcelona, Altafulla, 1982, págs. 325-335. J. F. Rafols, *El Arte Romántico en España*, Barcelona, Editorial Juventud, 1954, pág. 62. El 22 de enero de 1837 el periódico «El Guardia Nacional» de Barcelona publicaba la noticia: «La sólida, vasta y hermosa casa que el Sr. Xifré está acabando de edificar en la plaza de la Constitución (antes plaza del Palacio) será sin duda otro de los edificios que hermosará aquel recinto (...). Suponemos común cosa hecha ya que la parte del ángulo de la bóveda estará ya destinada para un hermoso y brillante café que aventaje a todos los demás que hasta ahora tenemos en Barcelona. Sin ánimo de disminuir el gusto de otras personas en esta clase de adornos, desde ahora nos inclinamos a que pocos como el Sr. Fradini tengan mejor elección en los adornos y más desprendimiento al mismo tiempo para la exornación de una brillante casa-café». En 1846, tal como cuenta el *Diario de Barcelona* el 4 de diciembre de 1846, se instaló y puso en movimiento en la esquina de la plaza de Palacio un gran fanal giratorio «destinado para servir la muestra del lujoso y concurrido café de las

Siete Puertas. En este farol, único de su clase en Barcelona, se ven muy bien iluminados por el gas, seis cuadros pintados sobre el vidrio que representan el interior de algunos cafés de diversas naciones de Europa, notándose en el que figura un café de España grupos de catalanes, andaluces, valencianos y otros trajes característicos de nuestro país. En el mismo farol se lee el título del café en varios idiomas distintos y diferentes todos ellos de los que están inscritos en cada una de las Siete Puertas que han dado el nombre al establecimiento, a excepción del que está en castellano, y son los siguientes: chino, griego, moldavo, holandés, turco, persiano, vizcaíno, sueco, dinamarqués, y ruso.

⁴⁴ Richar Ford, *Manual para viajeros por Castilla y lectores en casa*, tomo I, Madrid, Turner Ediciones, 1981.

⁴⁵ *Costumbristas Españoles*, tomo II, edición E. Correa Calderón, pág. 55.

⁴⁶ Rafael García y Santisteban, en el *Semanario Pintoresco*, núm. diciembre 1933, citado por J. F. Rafols, *op. cit.*, pág. 63.

⁴⁷ A. Fernández de los Ríos, *op. cit.*, pág. 638.

⁴⁸ Ch. Baudelaire, *Poemas en prosa*, traducción de Enrique Díez Canedo, Madrid, Espasa-Calpe, Colección Universal 1935.

⁴⁹ Pedro Monlau, *Madrid en la mano o el amigo del forastero en Madrid*, edición facsímil de la editada por primera vez en Madrid en el año 1850, Comisión Organizadora Feria del Libro Antiguo y de Ocasión, Madrid, 1985, pág. 329. Monlau califica a los cafés de «lugares de diversión y esparcimiento, especie de tertulias generales o locutorios públicos».

⁵⁰ La historia de los cafés suizos ha sido estudiada por Dolf Kaiser, *Fast ein volk von Zuckerbäckern? Bänder Konditoren, Cafetiers und Hoteliers in europäischen bis zum Ersten Weltkrieg Ein Wirtschaftsgeschichtlicher Beitrag*, Zurich, Verlag Neue Zürcher Zeitung, S. A. También en el escrito en grison, Dolf Kaiser, *Compatriots in terras estras. Prouva d'ona documentaziun davart l'emigraziun grischuna, consideran in special l'engiadina e contours*, Stampa separada dal Filg Ladin, 1965/67. En ambos volúmenes se enumeran y catalogan los cafés suizos en todo el mundo, incluidos los españoles; debo fotocopias de estos libros a mi amiga Bignia Kuoni descendiente de suizos dedicados a la expansión de los cafés en el extranjero.

⁵¹ Lorenzo López Sancho, *Dos apuntes sobre el futuro Madrid*, en el volumen *Ayer y hoy de una idea*, Banco de Bilbao, 1982, págs. 110 y 115.

⁵² Velasco Zazo, *op. cit.*, pág. 59. A propósito de espejos, recordemos la descripción que Azorín hace en su libro *Madrid*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1941, págs. 126-128, del fondo del Lhardy: «lo abarca todo ese ancho cristal azogado (que) recoge la claridad diurna y se complace en retener los fulgores del crepúsculo vespertino». El escritor hace una poética meditación sobre el espejo que impasible va reflejando todo: los caballeros que han entrado, las sombras vanas que se han esfumado para la eternidad. Su conclusión es que «ante el espejo, están otras sombras vueltas a la vida».

⁵³ José Gutiérrez Solana, *Madrid callejero*, en el volumen *Obra Literaria*, Madrid, Taurus, 1961, págs. 565-570. Ramón Gómez de la Serna, *Pombo* (1923), págs. 145-146.

⁵⁴ Vicente Vidal Corella, *Valencia Antigua y Pintoresca*, Valencia, Publicaciones del Círculo de Bellas Artes, 1971, págs. 194-195.

⁵⁵ W. Jiménez de la Romera, *España, sus monumentos y arte. Cuba, Puerto Rico y Filipinas*, Barcelona, 1887, págs. 243-246.

⁵⁶ M. Fernández Almagro, *Las terceras de A B C*, Madrid, Editorial Prensa Española, 1976, pág. 95.

⁵⁷ Alfonso Reyes, *Tertulia de Madrid*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, Colección Austral, 1949, pág. 100.

- ⁵⁸ B. Pérez Galdós, *op. cit.*, pág. 25.
- ⁵⁹ Velasco Zazo, *op. cit.*, pág. 78.
- ⁶⁰ Felipe Sassone, *Lotería de Cabezas. A través de mi monoclé*, Madrid, Blanco y Negro núm. 2.145, 3 de julio de 1932.
- ⁶¹ José María Jover, *Conciencia burguesa y conciencia obrera en España Contemporánea*, Madrid, Turner Ediciones, 1976, pág. 77.
- ⁶² Repullés y Vargas, *El Obrero en la Sociedad*, Madrid, Imprenta de los Huérfanos, págs. 36-37.
- ⁶³ El concepto de la taberna ha cambiado al actual de la tasca para tomar tapas. Luis Carandell, en su libro *Vivir en Madrid* (Barcelona, 1967, pág. 91), califica las tascas de «templos de la amistad donde se profesa la amistad con mayúsculas».
- ⁶⁴ José Blas Vega, *Los cafés cantantes de Sevilla*, Madrid, Editorial Cinterco, (1986).
- ⁶⁵ Sobre los cafés cantantes de las distintas provincias españolas, véase la lista que da M. Ríos Ruiz, *Introducción al canto flamenco. Aproximaciones a la Historia y las Formas de un Arte gitano andaluz*, Madrid, 1972, págs. 55-59. Para Madrid el artículo de Arie Sneeuw, «El Flamenco en Madrid (siglo XIX)», en *Villa de Madrid*, año XXV, núm 92-II, págs. 49-72.
- ⁶⁶ J. González de Tejada, *Los Cafés*, en *La Ilustración Española y Americana*, 1873, página 599, citado por J. Pérez Rojas, *op. cit.*, pág. 24.
- ⁶⁷ Santiago Rusiñol, *La isla de la calma*, Barcelona, Editorial Juventud, 1964, pág. 15.
- ⁶⁸ Enric Jordi Casany, *Historia de Els Quatre Gats*, Barcelona, Editorial Aedos, 1972, 197 págs. Véase también: Luis cabañas Guevara, *Cuarenta años de Barcelona 1890-1930: Recuerdos de la vida literaria, artística, teatral, mundana y pintoresca de la ciudad*, Barcelona, Ediciones Memphis, 1944, págs. 11-38, y Mario Verdagué, *Medio siglo de vida barcelonesa*, Barcelona, Editorial Barna, 1937, pág. 77-116. Enrique Lafuente Ferrari, *Exposición de los Quatre Gats, 1934, y el modernismo catalán*, en *De Trajano a Picasso*, Barcelona, editorial Noguer, 1962, págs. 278-291.
- ⁶⁹ Un café que juega en Cracovia el mismo papel que Le chat Noir de París y Els Quatre Gats de Barcelona fue, en la calle Florianska, el Zelony Balonik (El Globo Verde), más conocido como Jama Michalikowa o «guarida de Michalik». Establecimiento cubierto hasta el techo por maderas torneadas, japoneserías, vidrieras, espejos, caricaturas y carteles a lo Lautrec, da la ilusión del tiempo detenido. Una nostálgica evocación del bohemio ambiente de este café-cabaret ha sido descrita por Juan-Manuel Bonet, *La ronda de los días*, en Pasajes 4, Pamplona, 1986, pág. 72.
- ⁷⁰ José Palau i Fabre, *Picasso vivo 1881-1907. Infancia y primera juventud de un demiurgo*, Barcelona, Polígrafa, 1980, pág. 181.
- ⁷¹ Rubén Darío, *España Contemporánea*, Obras Completas, volumen XXI, Villarejo del Valle (Ávila), S.A., Biblioteca Ruben Darío, págs. 18-27.
- ⁷² Alexandre Cirici Pellicer, *El Arte Modernista Catalán*, Barcelona, Ayma Editor, 1951, pág. 214.
- ⁷³ Ramón Gómez de la Serna, *Don Ramón María del Valle-Inclán*, Madrid, Espasa-Calpe, 5.ª edición, 1979, pág. 80.
- ⁷⁴ Francisco Zuera Torrens, *Julio Romero de Torres y su mundo*, Córdoba, Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1987, pág. 60.
- ⁷⁵ Ramón Gómez de la Serna, *Pombo*, Madrid, 1923, pág. 152.
- ⁷⁶ Melchor Fernández Almagro, *op. cit.*, pág. 91.
- ⁷⁷ Luis Moya, *Notas sueltas sobre las madrileñas tertulias de café en los años 1923 a 1933*, en el volumen *La Obra de Luis Gutiérrez Soto*, Madrid, Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, 1978, págs. 368-370.

- ⁷⁸ Ramón Carande, *op. cit.*, págs. 275 y 276.
- ⁷⁹ A. Villar Movellan, *Arquitectura del Modernismo en Sevilla*, Sevilla, Diputación Provincial de Sevilla, 1973, pág. 106.
- ⁸⁰ R. Cansinos Assens, *La novela de un literato I (1882-1914)*, Alianza Editorial, 1982. Madrid, Espasa-Calpe, pág. 119.
- ⁸¹ Ramón Gómez de la Serna, *Valle-Inclán*, Col. Austral, pág. 119.
- ⁸² *Almanaque de las Artes y las Letras para 1928 ordenado por Gabriel Maroto y editado por la Biblioteca acción de Madrid*, (F.A. Las Tertulias literarias, págs. 52-53 y F.A. Pombo, págs. 84-86, Las Tertulias literarias La Granja, pág. 114-115).
- ⁸³ A. Bonet Correa, *Ronsel y el Arte de la Vanguardia*, en *Ronsel, Número conmemorativo del cincuentenario de su publicación (1924-1974)*, Barcelona, Ediciones Sotelo Blanco, 1982, págs. 8-13.
- ⁸⁴ Ramón Gómez de la Serna, *Valle-Inclán*, Madrid, Espasa-Calpe, págs. 174-175.
- ⁸⁵ J. A. Gaya Nuño, *Arte del Siglo XX*, vol. XXII Ars Hispaniae, Madrid, Ed. Plus Ultra, 1977, pág. 158.
- ⁸⁶ Carlos Arniches, *Notas sobre el decorado de la Granja «El Henar» y el bar del «Palace Hotel»*, en *Arquitectura*, febrero, 1926, págs. 45-46.
- ⁸⁷ Bernardo Giner de los Ríos, *50 años de Arquitectura Española (1900-1950)*, México, Editorial Patria, 1952, pág. 65.
- ⁸⁸ Ramón Gómez de la Serna, *Automoribundia (1888-1948)*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1948, págs. 430-434.
- ⁸⁹ Walter Starkie, *Aventuras de un irlandés en España*, Madrid, Espasa-Calpe, 1957, páginas 221-228.
- ⁹⁰ Mariano Tudela, *Aquellas Tertulias de Madrid*, Madrid, Avapiés, 1984, pág. 64.
- ⁹¹ *Almanaque Literario de 1933*, dirigido por Guillermo de Torre, Miguel Pérez Ferrero y Salazar Chapela, Madrid, 1933, pág. 109.
- ⁹² José María Salaverría, «Cock-Tail», en *Blanco y Negro*, Madrid, núm. 2.163, 27 de noviembre de 1932.
- ⁹³ Edición de Prensa Española, 19, pág. 78.
- ⁹⁴ Otro cuento de humor de Jacinto Miquelarena sobre el tema es también *En el café no lo había sospechado nadie*, ABC núm. 9.451, 26 de agosto 1933, con dibujos de López Sancho. El personaje ignorado y arrinconado por los habituales era un auténtico sabio al que con sorpresa de los contertulios le conceden una alta distinción los extranjeros.
- ⁹⁵ Manuel Abril, «La Exposición Nacional de Bellas Artes», en *Blanco y Negro*, Madrid, núm. 12.142, 12 de junio de 1932.
- ⁹⁶ Manuel Abril, *De la Naturaleza al Espíritu. Ensayo Crítico de pintura contemporánea desde Sorolla a Picasso*, Madrid, Espasa Calpe, 1933, pág. 114.
- ⁹⁷ Max Aub, *La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco y otros cuentos*, México, Libro Mex., 1960, relata este ambiente de un café de exiliados.
- ⁹⁸ Antonio Díaz-Cañabate, *Historia de una Tertulia (1933)*. Prólogo de Francisco Umbral, Madrid, Espasa Calpe, Selecciones Austral, 1978, 284 págs.
- ⁹⁹ Carlos Arniches, «El Café "La Elipa" (Madrid)», en *Revista Nacional de Arquitectura*, COOAM, año VII, núm. 63, Madrid, 1947, págs. 118-126.
- ¹⁰⁰ Cesar González Ruano, *Mi medio siglo se confiesa a medias. Memorias*, Barcelona, Editorial Noguer, 1951, pág. 668. Este grueso volumen es importantísimo para el que quiera tener noticias de las tertulias y cafés de Madrid y demás ciudades españolas y extranjeras vividas por el escritor.
- ¹⁰¹ Marino Gómez Santos, *Crónica del Café Gijón*. Portada y silueta del autor por Cesar

González-Ruano. Dibujos de Eduardo Vicente, Colofón por Ramón Gómez de la Serna, Madrid, Biblioteca Nueva, 1955, 198 págs.

¹⁰² Francisco Umbral, *La noche que llegó al Café Gijón (1977)*, Barcelona, Destino, libro número 112, 1980, págs. 128-130.

¹⁰³ Miguel Rodríguez Lozano, *Establecimientos tradicionales madrileños. Del Centro a las Rondas*, cuaderno III, Madrid, Cámara de Comercio e Industria, 1982, pág. 179.

CONTESTACIÓN
DEL EXCMO. SEÑOR
DON JOSÉ MARÍA DE AZCÁRATE

SEÑORES ACADÉMICOS:

Corría la primavera de 1950 cuando, en el ambiente húmedo de la Universidad de Santiago de Compostela, fui abordado por un estudiante que, habiendo terminado sus estudios de licenciatura, buscaba un profesor que quisiese asesorarle en la orientación de sus estudios de doctorado. Recién incorporado al claustro de esta Universidad, en el ambiente brumoso de la ciudad, me había impresionado la majestuosa monumentalidad de los edificios, que contrastaban con la luminosidad y colorido de la arquitectura de la ciudad andaluza donde me había formado. Al mismo tiempo, en mis primeras excursiones universitarias, me había puesto en contacto con la grandiosidad barroca de los monasterios.

Conocía el libro de Schubert y había leído algunos textos que líricamente elogiaban la belleza del barroquismo gallego, un tanto oscurecido por la absoluta primacía de los estudios sobre el Románico. De mi conversación con el por entonces joven licenciado surgió una amistad y una tesis doctoral. Se iniciaba así la carrera universitaria del profesor Bonet, particularmente brillante y polivalente, hasta el día de hoy, pues podemos considerar que con este acto se cierra una etapa en su vida intelectual. Me cabe el honor de recibirle en nombre de esta Real Academia, congratulándome no sólo por haber intervenido de alguna manera en el encauzamiento de su actividad universitaria, sino, en cuanto como miembro de esta Real Academia, por la certeza de que con su presencia y participación la labor académica, en esta etapa de profunda transformación, ha de ser particularmente fructífera, constituyendo esto la culminación de un quehacer intelectual cuya trayectoria es garantía del acierto en su elección.

Nacido en La Coruña, ya desde la iniciación de su vida académica muestra una característica que ha de ser nota distintiva de su vida. Becario en Santiago de Compostela, inicia su primera actividad investigadora en Asturias con el profesor Schlunk. Recorre Castilla en razón del conocimiento de la arquitectura barroca gallega, objeto de su tesis, consciente de que se ha de huir del localismo si se quiere tener una visión amplia y más

cercana a la verdad, para la debida valoración de cualquier estilo artístico. Ha de ser Francia, la Universidad de París, la que ha de darle un carácter más universal a su formación. Trabaja con los grandes hispanistas Elie Lambert y Pierre Lavedan, fundamentalmente con el primero. Esta vinculación a Francia ha de estrecharse por razones sentimentales y ha de mantenerse hasta nuestros días. Esta vinculación no obsta para que mantenga y vitalice sus relaciones con Galicia y las Universidades de Valladolid y Madrid.

La tesis doctoral sobre la Arquitectura en Galicia durante el siglo xvii ha de elaborarse gracias a su profundo conocimiento de la arquitectura gallega y a la luz de sus prolongadas estancias en Valladolid, Madrid y, fundamentalmente, París, donde llegó a ser Ayudante de la cátedra de Historia del Arte y miembro del Centro Nacional de la Investigación Científica.

Estos años son vitales en la formación del profesor Bonet pues le pusieron en contacto con el ambiente y los profesores del Seminario de Arte y Arqueología de la Universidad de Valladolid, y con el carácter de los estudios de los profesores franceses. Estas relaciones conllevan la eliminación del peligro del localismo, por la valoración miope del dato crudito sin trascendencia, en un campo con escasos horizontes de renovación, como peligrosamente se inicia en la tendencia a la endogamia que se percibe en nuestras Universidades.

Realmente en la formación universitaria y más en el campo de la Historia del Arte, no basta con un rápido viaje o pasar una noche en un hotel, sino que es preciso conocer el ritmo de la vida de una ciudad y el desarrollo de la actividad cotidiana de un centro universitario o de investigación. La velocidad está reñida con el aprendizaje en una etapa formativa. Se impone el clásico «festina lente» o apresúrate despacio, pues quizás no por azar se colocó en el antepecho del claustro de la Universidad de Salamanca, ocasión para el contraste de pareceres y la reflexión.

De regreso en España comienza su carrera universitaria como ayudante y becario del Instituto Diego Velázquez. Seguidamente es profesor Adjunto y Encargado del Curso de Historia del Arte Español, hasta que en 1965 obtiene por oposición la cátedra de Historia del Arte de la Universidad de Murcia.

Se inicia una nueva etapa en su vida académica e intelectual, pues se amplían sus perspectivas de trabajo. No solamente el sur de la Península ha de centrar su atención y sus viajes de estudios sino que, conforme a una orientación que se percibía en algunos de sus trabajos, se interesa por el arte hispanoamericano. En 1967 obtiene por oposición la cátedra de

Historia del Arte Hispanoamericano, en la Universidad de Sevilla, fundamento para buen número de trabajos y relaciones. En 1973 se traslada a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense donde, desde 1982, desempeña la cátedra de Historia del Arte Español.

Paralelamente, aparte de su actividad docente, su labor se concreta en la organización de exposiciones y promoción de publicaciones. Hemos de resaltar la importancia de la exposición «El Libro de Arte en España», organizada en Granada con motivo del XXIII Congreso Internacional de Historia del Arte, anticipando la del 1981 sobre «El Libro Antiguo de Arquitectura en España», lo que hemos de relacionar con sus numerosas publicaciones sobre arquitectura e historia urbana, aparte de sus numerosas intervenciones en coloquios y reuniones científicas sobre la historia de las ciudades en sus aspectos más distintivos. A este respecto sus estudios de las Plazas Mayores, como los de la organización del caserío y de las calles son esenciales y sumamente sugerentes.

Por otra parte, si la preocupación por el urbanismo histórico podría dar lugar a la consideración del pasado que ha llegado a nuestro tiempo, otros aspectos de su actividad nos muestran su proyección hacia el mañana. No sólo en la valoración estética de la arquitectura industrial, que tanto ha contribuido al deterioro de nuestras ciudades, sino que han reclamado su atención las manifestaciones artísticas de nuestra época. Cursos y trabajos sobre la Vanguardia Artística, sobre Picasso, sobre la escultura y pintura de artistas coetáneos, como de las producciones cerámicas, e inclusive sus años de presidencia de Arco, o Feria Internacional de Arte, son aspectos de una actividad que, fundamentalmente en el conocimiento del pasado y de las ciudades como organismos vivos, son testimonios de su amplitud de criterios en cuanto supone una proyección hacia el futuro. Amplitud de criterios que responde a una libertad de pensamiento, de acuerdo con el lema de nuestra Universidad Complutense: «Libertas perfundet omnia luce».

La actualización del pasado a la luz de las manifestaciones de la cultura de nuestro tiempo es tarea fundamental en la labor académica, pues el ayer está en nosotros mismos y se ha de descubrir para que no sea una plataforma inerte anclada en el pasado, sino un punto de apoyo para entender la cultura contemporánea. Aun más, la consideración y conocimiento directo del arte americano ha de ser factor importante para llegar a apreciar debidamente la universalidad de nuestra cultura. No es sólo el ayer, el hoy y el mañana lo que ha de ser objeto de nuestra atención, sino la sincronía de la cultura peninsular con la que se desarrolla muy lejos de nuestras fronteras.

Tras la simple lectura de la relación de sus publicaciones y del somero análisis de su trayectoria vital es fácil deducir su concepto de la creación artística, al margen de las circunstancias que determinan la concreción de un estilo en una época determinada. Junto a la valoración de la arquitectura barroca gallega y las agudas páginas dedicadas a la andalucía barroca, son significativas las que recientemente dedica al valor estético del depósito de aguas del Canal de Isabel II, en la calle de Santa Engracia, obra del arquitecto Luis Moya Idigoras, hoy centro cultural de la Comunidad de Madrid, tan elogiado por Eugenio D'Ors, pues como escribe: «Las Obras Públicas modernas al igual que las catedrales medievales o los Palacios renacentistas tienen un valor estético que trasciende a su primitivo destino y su ulterior función histórica», lo que nos trae a la memoria el magnífico puente de acceso a Asturias, de nuestro admirado compañero don Carlos Fernández Casado.

En la valoración de las manifestaciones artísticas de nuestro tiempo hemos de insertar este estudio sobre los cafés, que hemos tenido el placer de oír hace unos momentos. Aparte de su consideración como realidad física del edificio o local y sus transformaciones, es indudable su importancia en cuanto a la convivencia, pues la vida del café representa un momento de la cultura, de la que el arte ha de ser reflejo.

Hemos de partir del carácter de elaboración humana de la obra de arte, pues por un artista ha sido hecha y el público al contemplarla ha de enjuiciarla y apreciarla. Prescindiendo del carácter de obra personal, en tanto en cuanto toda obra evoca la personalidad de quien la hace, es indudable que hemos de considerarla como vehículo de comunicación respecto al medio social en que se crea. En función de este público que la juzga, es cuando trascienden sus valores inherentes y representativos por haber sido realizada en un momento concreto y para un público determinado.

El artista, consciente o no, refleja en alguna manera aspectos distintivos del contexto cultural en el que se desenvuelve su existencia. No vive aislado, sino que su obra, aparte de los condicionamientos derivados de su formación y de su carácter, está en cierta manera mediatizado por lo que percibe, bien sensorial o intelectualmente. Desde este punto de vista, tanto la observación del mundo que le rodea, como todo aquello que se suscita en su mente por el intercambio de ideas, ha de ser factor importante para sus creaciones pues, en cierto modo, son condicionantes de algunas de sus orientaciones artísticas. El intercambio de ideas, o simplemente el conocimiento de otros criterios, pueden determinar la directriz de un quehacer artístico. No en vano el gran historiador de arte Bernard

Berenson, dedica su obra clásica sobre «Estética e historia de las artes visuales» a Denman Ross y Kingsley Porter, en el Eliseo deseando que nos «encontremos allí y discutamos tan alegremente como lo hicimos aquí en la tierra...».

Es evidente que las conversaciones filosóficas en la palestra griega, mientras los atletas practicaban sus juegos, en algún sentido influyeron en la concreción estética del humanismo clásico; como el ágape cristiano hubo de influir en la concepción mística de las primeras comunidades cristianas; y el ambiente goliardesco de las tabernas medievales influyó en el realismo naturalista de algunas creaciones del mundo gótico; o, en fin, el exquisito espíritu que dominaba en el jardín de los Médicis o en la corte de Urbino, fueron factores importantes para la creación y fijación de los principios estéticos del humanismo renacentista. En todos ellos hemos de percibir que los lugares de reunión se relacionan en buena parte con la dirección y desarrollo de la actividad artística.

Cuando la cultura se extiende, languidecen los cenáculos literarios que se reducen a un estrato social o cultural, por lo que, en relación con la evolución social, surge el establecimiento público, fundamentalmente en relación con la cultura burguesa. A estos establecimientos se va a estar, a conversar, a observar la realidad y el acontecer del mundo cotidiano. Lugar de encuentro en el que impera la libertad de pensamiento, en el que se contrastan opiniones, se piensa y se imagina y, a lo sumo, se oyen las doctrinas e ideas de algún personaje ilustre, lo que ha de suscitar intercambio de opiniones y, por tanto, nuevas ideas. Por otra parte, los juicios críticos de viejos o afamados intelectuales burgueses pueden encauzar las ideas de los jóvenes que asisten a estas reuniones o tertulias de café; en las que el café, como bebida, tiene un lugar secundario las más de las veces.

En el café el artista recibe ideas y, con frecuencia, según comprobamos en múltiples ejemplos conservados, el artista deja volar su imaginación o toma notas parciales de la realidad circundante. Son ideas abocetadas, apuntes rápidos de lo que percibe o imagina, lo que constituye un aspecto a tener presente cuando pensamos en la virtualidad del café clásico como centro de la vida intelectual, en una sociedad a veces más atenta a la realidad social que a la naturaleza, y en la que el factor humano es el principal protagonista.

Tiempo y tiempo se pasa en el café, rodeados de comodidades, luces, espejos y terciopelos, que hacen más agradable la permanencia, en contraste con la incomodidad de las modernas cafeterías, donde se va a tomar el café, como necesidad fisiológica, más que como desahogo espiritual.

En su trabajo el profesor Bonet nos ha ofrecido una amplia perspectiva

para la consideración del arte en sus relaciones con la realidad social en que vivimos, aunque la creación artística no sea en todo caso espejo de la realidad que los ojos perciben, pues el arte como expresión no se ha de ceñir siempre a la realidad tangible, aunque la realidad sensible sea la que lo motive.

Felicitémonos pues por su incorporación, a buen seguro que abrirá nuevas perspectivas a los trabajos de esta Real Academia. Sea bienvenido.

JOSÉ MARIA DE AZCÁRATE

ÍNDICE

Discurso del Excmo. Señor Don Antonio Bonet Correa	7
Los cafés históricos	13
El origen del café	16
Los cafés en Europa	17
El café y la Ilustración en España	19
Los cafés de Cádiz	21
Las tertulias y el café en el Madrid del siglo XVIII	22
Las botillerías	25
Los primitivos cafés	27
Una tertulia romántica	32
Larra y los cafés	34
La guerra del chocolate y el café	36
Los nuevos cafés de 1850	38
Los cafés suizos	40
La edad de oro del café	43
El café filarmónico o con música	45
El café y la muerte	48
Los cafetines y las tabernas, antagonistas del café burgués	50
El café cantante	53
Los cafés nuevos	57
La iconografía del café decimonónico	60
Los cafés del modernismo	61
El café de las vanguardias	68
La decadencia de las tertulias de catés	70
La cervecería y el bar	73
Los cafés de la postguerra	78
Las cafeterías y la recuperación del café	83
Notas	87
Contestación del Excmo. Señor Don José María de Azcárate	95

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN LOS
TALLERES GRÁFICOS BENZAL
EL DÍA 17 DE NOVIEMBRE DE 1987.
FESTIVIDAD DE SANTA ISABEL DE HUNGRÍA,
BAJO EL PATROCINIO DE
GERMÁN SÁNCHEZ RUIPÉREZ
Y AL CUIDADO DE
GUSTAVO DOMÍNGUEZ Y MANUEL BONSONS



DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES
DE SAN FERNANDO

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL

EXCELENTÍSIMO SEÑOR
DON ANTONIO BONET CORREA

EL DÍA 13 DE DICIEMBRE



MADRID

1987

Dis
320

horas inolvidables, en ese momento de nuestra juventud en el que ávidos de formarnos en una disciplina, somos todo receptividad, Allí había abundancia de fotos, libros y separatas y se editaba el famoso boletín, del que todavía es esperado cada nuevo número. Allí tuve la suerte de conocer a un joven profesor, que acababa de publicar un importante libro sobre la arquitectura doméstica de Valladolid. Era Juan José Martín González, que me sirvió de mentor en la ciudad y me dio luces sobre el periodo artístico en el que comenzaba a introducirme. La novedad de sus puntos de vista científicos y la cordialidad de su personalidad humana, hicieron que desde entonces le admirase y quisiese como un verdadero compañero y colega. A Valladolid volví por aquellos años varias veces más. Una la recuerdo en especial. Fue cuando desde París, a fines del año 1956, llevé el texto de mi tesis doctoral a mi maestro Azcárate. Gratiniano Nieto estaba entonces a punto de irse a la Universidad de Madrid. Tras haber vivido varios años en Francia, yo regresé a España. Como profesor ayudante de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid conviví con Gratiniano Nieto, al cual sucedí como adjunto de Arte medieval árabe y cristiano cuando ganó la cátedra de Arqueología de la Universidad de Murcia. Pocos años después, me llegaba a mí el turno. Al ganar la cátedra de Murcia sucedí a Cayetano de Mergelina. Gratiniano ya era director general y residía en Madrid. Recuerdo ahora el estrecho despacho del antiguo Seminario de Arte en el viejo edificio del murciano convento de la Merced. La sala de lectura, más amplia, tenía alguna reproducción en escayola de esculturas antiguas, viejas fotografías de monumentos y algunos libros de arte. En una mesa trabajaba la diligente y siempre atenta Virginia Mergelina, que continuaba y aún continúa en Murcia el espíritu estudioso de su familia. A Gratiniano lo volví a encontrar en Madrid, tras mi etapa en la Universidad de Sevilla, él de catedrático de la Universidad Autónoma y yo de catedrático de la Complutense. Nuestro trato era con motivo de una tesis doctoral u otros actos académicos. Siempre grave, aunque de talante amable, lo recuerdo en un último encuentro al azar en una cafetería de la plaza de Cristo Rey.

LOS CAFÉS HISTÓRICOS

Y puesto que mencionamos encuentros, aprovecho la ocasión para comenzar mi disertación sobre ese lugar de encuentro que son los cafés. El tema siempre me interesó en grado sumo, aunque los de mi generación, quizá por urgencias de la vida, apenas hemos frecuentado los cafés con la intensidad que lo hicieran nuestros padres y abuelos o lo hacen los jóvenes de hoy. Sin embargo, he de confesar la importancia que tuvieron los cafés en mi formación durante mis años de estudiante en la Universidad de Santiago de Compostela. No iba entonces a los cafés para tener un lugar caliente en donde estudiar como hacían la mayoría de mis compañeros que vivían en incómodas fondas, pues era un privilegiado que tenía una confortable casa. Si iba al café era para participar en la tertulia de Ramón Otero Pedrayo, primero en El Español y después en el Derby. Allí aprendí muchas cosas, tantas o más que en las aulas universitarias. Los contertulios habituales eran Ramón Piñeiro, Domingo García Sabell y Carlos Maside, además de algún médico ilustre como Ramón Báltar y Ramón Rodríguez Somoza. También acudían todos los escritores gallegos de paso y los jóvenes poetas que venían a saludar al patriarca de las letras. Brillante conversador, don Ramón derrochaba un caudal de anécdotas y citas literarias. Su cátedra se prolongaba a diario alrededor del velador del café. Años inolvidables. Con la llegada a Santiago de Raimundo García Domínguez, «Borobó», comenzó mi colaboración en el periódico *La Noche*. Borobó fue también quien me presentó al profesor Azcárate, que acababa de ganar la cátedra de arte en Santiago. De aquellos años también recuerdo cuando conocí a Gonzalo Torrente Ballester en el desaparecido café Suevia, en la plaza compostelana del Toral. Torrente, que durante poco tiempo había sido profesor en Santiago, antes de que yo llegase a la ciudad, dio asiento en el Suevia a una tertulia que luego mantuvo su malogrado hermano Jaime, estudiante de la Facultad de Derecho.

Cafés históricos, llenos de resonancias del pasado. Históricos por haber adquirido con el tiempo tal categoría. También históricos por haber desaparecido en su casi, por no decir completa, totalidad. El español, que

las revoluciones estéticas finiseculares como el modernismo y las vanguardias artísticas que en los cafés encontraban un camino para manifestarse y formar capillas de fieles adeptos a un ideal o tendencia.

El café es un lugar de reunión y de encuentro, de conversación e intercambio social. Es un espacio público y ciudadano. Ágora y Plaza Mayor cubierta, con un nuevo carácter cívico, en el que igual transcurren lentas las aguas de lo cotidiano que se desbordan las riadas históricas. Los periodos de calma y de agitación, los sucesos callejeros y las sacudidas sociales repercutían en su ámbito neutral y público. Su vitalidad ha sido siempre la de un lugar de comunicación, a mitad entre lo privado y lo público, de comunicación de espacios y comunicación de personas, que por igual es un paraíso artificial de meditación y soledad, de cita íntima, de tertulia y tribuna libre de un grupo. Ramón Gómez de la Serna, tan conocedor de la materia, dijo que «el café no nació como Ateneo, sino como andén de la Vida». También el dicho de Josep Pla de que «el hombre, además de hijo de sus obras, es un poco hijo del café de su tiempo» es cierto en lo que toca sobre todo a una época ya pasada. César González Ruano, que tantas horas de su vida y de trabajo pasó en los cafés, no desmentiría esta afirmación. Más bien le daría plena rotundidad.

En España, antes de la aparición de los cafés de la segunda mitad del siglo XVIII, existieron lugares de sociabilidad que desempeñaban un papel similar al que luego tendrían los cafés. Aparte de las tabernas y figones había alojerías, aguaduchos, horchaterías, neverías y otras expendedorías de refrescos y bebidas frías. Puestos callejeros y ambulantes de resolis, mistelas y aguardientes, según Torres Villarroel «especie de retablos» que «ni son boticas, ni figones y lo parecen todo»¹. Las alojerías o establecimientos de aloja, bebida de origen árabe compuesta de agua, miel, arroz y especias aromáticas eran ya con sus puestos fijos, portátiles o ambulantes, el antecedente de las botillerías y cafés modernos². Hasta su desaparición entre 1835 ó 1838, al igual que las neverías, estos expendedores de jarabe oriental considerado medicinal atraían a un público numeroso. Pero quizás los cafés en España tienen un antecedente más claro que el de las alojerías. Nos referimos a los mentideros, lugares muy españoles y celebérrimos. En un punto principal de la ciudad se reunían al aire libre todos aquellos deseosos de charlar, de estar al tanto de los cotilleos y de las noticias más señaladas. Se les llamó mentideros por el considerable número de embustes que en ellos se forjaban y difundían. Los soldados contaban falsas proezas, los cómicos y artistas hacían lengua con sus pretendidos éxitos, los burócratas convertían en hazañas sus grises ocupaciones. Todo era fabuloso en boca de sus protagonistas. En Madrid, durante el siglo XVII, fueron

tes habían sido para la política, la cultura, el arte y la literatura de Occidente «estas máquinas o estructuras abiertas puestas al servicio de la ciudad y la comunidad desde el siglo xviii hasta el siglo xx»⁶. Sin los cafés decimonónicos o modernistas de Viena, Budapest, Praga, Cracovia, Berlín, Bruselas, Amsterdam o París no se comprenden los movimientos estéticos contemporáneos⁷. Balzac, Baudelaire, Verlaine y Apollinaire, los pintores impresionistas, cubistas y surrealistas están ligados a los cafés parisinos de los grandes Bulevares, de Montmartre y Montparnasse, y Sartre, Camus y Giacometti a los del Boulevard Saint-Germain, Les Deux Magots y el Café de Flore. Cada café tiene su literatura. En la provincia francesa el café de los Deux Garçons de Aix-en-Provence, con su terraza en el dieciochesco Cours Mirabeau, ha sido evocado por escritores de la categoría de Jean Giraudoux. De Lisboa podría establecerse una nómina muy completa de cafés modernistas y art-decò. La Brasileira do Chiado con sus filiales en Oporto y Coimbra, el Martinho d'Arcada, frecuentado por Fernando Pessoa, la Suiça del Rossio, etc. Por desgracia no ocurre lo mismo en España. Desde hace años he visto, desaparecer uno a uno, una larga lista de viejos cafés históricos. En Madrid, Pombo, el Varela y el Teide. En Barcelona, el Canaletas. En Santiago de Compostela el Español. En Lugo el Méndez Núñez y en Murcia el Santos. Podría enumerar muchos más. Los españoles siempre estamos a la última. En materia de desprecio y destrucción de nuestro patrimonio cultural nadie nos gana.

EL CAFÉ Y LA ILUSTRACIÓN EN ESPAÑA

Pero retomemos nuestro discurso, que trata del café en España. Su aparición como establecimiento público, lo mismo que la afición a tomar esta bebida, está ligada a la nueva mentalidad surgida bajo la España borbónica. Tomar café significaba ser un ilustrado, tener la mente despier-ta, ser lúcido y clarividente. El filósofo y el partidario de la razón tenían que estar informados, leer periódicos y, además de ser tolerantes, tener avisado el espíritu para enterarse de todas las novedades.

La palabra café, que como planta y bebida figura en el Diccionario de Autoridades de la Real Academia Española, en 1726, comenzó siendo de uso de gentes ricas y elegantes. La hermosa cafetera de plata recocó que se conserva en el museo de Málaga, perteneció a una elegante familia con fortuna que, a mediados del siglo xviii, degustaría a diario el café. A propósito de esta costumbre venida de «tras los montes», Cadalso, al

También su descripción más detallada de la

gran sala de conversación, con cinco grandes arcos que de uno de los costados dan salida al jardín. Estos arcos alternan dentro y fuera con pilastras pareadas de dicho orden. La parte que da al jardín es de piedra de grano bastante fina y agradecida a la labor: yo le quitaría algo de adorno. Lo interior es de estuco, bien trabajado por artífices italianos y portugueses. El costado opuesto de la sala tiene dos salidas y los demás huecos están ocupados de tableros guarnecidos de moldurones, vestida de hojas labradas en esquina, cuentas, etc., como lo están el entablamento y algunos bajo relieves de los fondos. Me dicen que tratan de ocupar algunos de estos espejos: cuánto mejor fuera que emplease sus pinceles algún profesor de habilidad que nos deparase la suerte! La fachada del jardín está coronada de un pequeño ático con vanos sobre el banquillo. El jardín es de cuadros a la francesa con algunos árboles y espalderas en el circuito¹².

LOS CAFÉS DE CÁDIZ

Fue precisamente Cádiz la ciudad española avanzada de la modernidad. El tráfico marítimo de un lado y otro del Atlántico, los comerciantes de negocios extranjeros hicieron de este puerto, antesala de América, un centro cosmopolita y abierto a las mercancías y las ideas. La manera de vivir de los gaditanos era distinta de la del resto de la península. José Blanco White, que muy joven, pese a la prohibición de su padre, pasó una semana en Cádiz, opinaba que gracias a ello se «había elevado a un supremo grado de cultura y conocimiento del mundo mucho mayor» que el que tenían sus «menos afortunados amigos de Sevilla»¹³.

El comerciante y coleccionista de arte Sebastián Martínez, amigo de Goya, que en Cádiz pintó la Santa Cueva, es un ejemplo de habitante de la ciudad, que a principios del siglo XIX, a causa de la Guerra de la Independencia contra los franceses, se convirtió en el punto neurálgico de la vida española. El Cádiz de las Cortes, estudiado magistralmente por Ramón Solís, superpoblado de políticos y personajes importantes españoles e hispanoamericanos, además de un emporio comercial, fue un vivero de ideas y discusiones, de conceptos nuevos y persistencia de viejos prejuicios¹⁴. No se debe olvidar que en la ciudad residía entonces Fray Francisco Alvarado, el Filósofo Rancio, el cual desde el púlpito y los libros clamaba contra las doctrinas y máximas perniciosas de los curas liberales, los masones y demás enemigos de la Religión y del Estado. En materia de cafés, Cádiz fue una ciudad precursora. Ya



LOS PRIMITIVOS CAFÉS

El académico y matemático don Benito Bails, en su *Diccionario de Arquitectura Civil*, publicado en 1802, al definir el término café, dice que es una «Especie de botillería donde concurren gentes a tomar café. Hoy en día se venden en los cafés todas las demás bebidas, como agua de limón, leche helada, etc. El primer café que ha habido en Europa se puso en Marsella, ciudad de Francia, en el año de 16». De cultura francesa, no podía faltar la alusión de Bails al café de Marsella como el primero de Europa²³. Poco importa su precisión. Lo que aquí ahora nos interesa es la importancia que tomó este tipo de establecimiento que todavía no figura en la tipología *Dell'Architettura*, de Francesco Milizia, el cual los incluye solamente entre los Waux-Hall o edificios ligeros construidos en parques y jardines con pabellones de pórticos y espacios cubiertos para salones de conciertos, juegos, gabinetes de conversación, lugar de espectáculos y tomar bebidas y refrescos²⁴.

Que el café desciende en línea recta de la botillería lo reconocen todos los historiadores que se han ocupado del tema. Fernández de los Ríos, en su *Guía de Madrid*, en 1876, al señalarlo indica, sin embargo, que la botillería «era lugar de mero paso»²⁵. Es cierto. El convertir el café en lugar de asiento de una tertulia cotidiana y permanente se lleva a cabo a partir de principios del siglo XIX. La invasión francesa y el nacimiento de las ideas liberales contribuyeron, en gran medida, a la consolidación de los cafés, a los que acudían muchas gentes para enterarse y tratar de las novedades, cada día más importantes. Centros de reunión y discusión, acaban convirtiéndose en verdaderos clubs con gran influencia en la opinión pública y en los gobiernos. Gran parte de los movimientos sediciosos contra el absolutismo se fraguaron en los cafés, a los que la policía tenía muy vigilados. La quiebra del poder de la monarquía, tal como la concebía Fernando VII, era un obsesión de los que acudían a los cafés. Benito Pérez Galdós retrata magistralmente ese ambiente en su novela *La Fontana de Oro*, cuya acción transcurre durante el periodo 1820-1823: la primera etapa absolutista del Deseado, el levantamiento del General Riego, el triunfo constitucionalista, su derrota a manos de los Cien Mil Hijos de San Luis y el retorno a la tiranía de Fernando VII. Época turbulenta y a la vez preñada de esperanzas, de milicianos y realistas, de masones y sectas ultramontanas, de la Trágala, fusilamientos y ejecuciones. El café, con sus reuniones clandestinas de conspiradores, fue el verdadero protagonista. Galdós nos hace la descripción detallada de este café y fonda:



pintadas de blanco con ráfagas de rosa y verde, destinadas a hacer creer que eran de jaspe. En los dos testers próximos a la entrada se colocaron espejos como de a vara; pero no enterizos por dos trozos de cristal unidos por una barra de hojadelata.

¹ Cortamos el párrafo para no cansar al auditorio. Pero Galdós continúa describiendo la forma de los quinqués de aceite que ardían con llama macilenta, humeante, triste y hendionda hasta más de media noche, que con su humo junto al de los cigarros y al vapor del café habían deteriorado el dorado de los espejos, el amarillo de los capiteles, los jaspes y el friso clásico además de las pinturas del techo «debidas al pincel del peor de los discípulos de Maella». Los muebles eran modestos. Las mesas eran de madera pintada, simulando caoba en la parte inferior y mármol en la parte superior. Había también «medio centenar de banquillos de ajusticiado, cubiertos con cojines de hule, cuya crín, por innumerable agujeros, se salía con mucho gusto de su encierro»²⁶. Detrás del mostrador había dos estantes con botellas, bollos, libras de chocolate y algunas naranjas. Pero quizás lo más notable era la tribuna que el dueño del café se vio en necesidad de construir para los oradores improvisados que, al principio, para dirigirse al público se subían sobre una mesa.

De la misma época era el Café de Lorencini, en la Puerta del Sol, contiguo a la iglesia de la Victoria, entre la calle Carretas y la entrada de la hoy calle de Espoz y Mina. Llamado más tarde Café de las Columnas, luego Londres, acabó siendo el café de Puerto Rico. Al Lorencini se

